
UNIVERSITAT · CAROL ·
LVX
LIBERTAS


LUX
LIBERTAS



Pio Baroja

Las mascaradas sangrientas



Editorial Caro Raggio · Madrid



LAS MASCARADAS SANGRIENTAS

IMPRENTA DE CARO RAGGIO: MENDIZÁBAL, 34, MADRID.

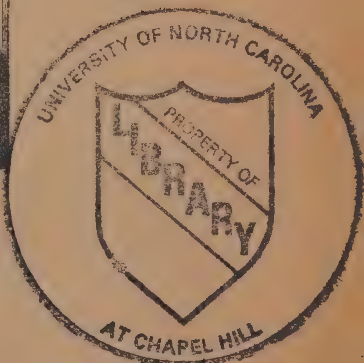
PIO BAROJA

MEMORIAS DE UN HOMBRE DE ACCION

LAS MASCARADAS SANGRIENTAS

NOVELA





EDITORIAL CARO RAGGIO
MENDIZÁBAL, 34, MADRID

PRÓLOGO UN TANTO CONCEPTUOSO Y ALAMBICADO A LA MANERA ANTIGUA

Había llegado el autor —don Pedro Leguía y Gaztelumendi— al comenzar este tomo de su obra, quizá más anti-histórica que histórica, a los primeros meses de 1839, a los preliminares del Convenio de Vergara.

Se encontraba nuestro amigo ante un mundo de intrigas, de contiendas, de obscuridades y de confusiones.

La atmósfera se hallaba cargada de nubes bajas, pesadas, amenazadoras, con resplandores tempestuosos; el país escindido en dos campos: el uno rural, tradicional, enamorado de lo viejo; el otro revolucionario, ciudadano, moderno al menos en sus intenciones.

En cada campo reinaba la división, la subdivisión, el parcelamiento, la anarquía, el odio,

el encono, la insidia y los horrores presididos por la Discordia, la diosa maléfica hija de la Noche.

En el campo carlista y rural, Maroto contra don Carlos, la corte y Cabrera contra Maroto, los realistas puros contra los reformistas, los militares contra los burócratas, los guerrilleros contra los *hojalateros,* los vascos contra los castellanos y los castellanos contra los vascos.

En el campo liberal y ciudadano, Narváez claramente contra Espartero, Espartero contra Cristina, los exaltados contra los moderados, los progresistas contra los conservadores y partidarios del despotismo ilustrado, los masones escoceses contra los demás hijos carnavalescos de Hiram y los románticos contra los clásicos, hartos de las tocatas viejas de Apolo y enamorados de las nuevas de Pan, aun con el riesgo de ver alargarse demasiado sus orejas.

En los dos bandos, los brutos contra los inteligentes; aquéllos siempre defendidos, éstos siempre sin defensa, cosa triste, pero comprensible y humana.

En este ambiente de rivalidades y disidencias, en medio de la desunión y del caos y de la embestida insidiosa y eterna de los partidarios del

dios orgiástico de Tracia contra el perfilado y repipiado hijo de Latona, la vieja España iba tropezando y desangrándose con las heridas al descubierto.

No había español que contemplara la partida con ojos de filósofo. Seguramente nadie pensaba, al ver el ciclo de los acontecimientos, en la vuelta eterna de las cosas, en el posible cambio de los tópicos del momento, ni en las tres aparatosas hipóstasis que, salidas de la cátedra de una universidad germánica, habían dado la vuelta por el orbe. La raza española entonces no pretendía ni podía ver a lo lejos. Todos asistían a la contienda deseando intervenir. Aviraneta también desde su rincón seguía la lucha con su mirada clara de fuina y aconsejaba a los suyos un movimiento de la torre o del alfil para dar el jaque pronto a los enemigos.

El autor pensaba seguir buceando y buscando en las tinieblas la huella de las maquinaciones, débiles y míseras, a pesar de su intensa perfidia; pensaba discriminarlas con más o menos arte, cuando apareció ante sus ojos un resplandor sangriento como una aurora boreal.

A la discriminación pensada quitaba valor de repente el fulgor del crimen. Era el zig-zag cárdeno del relámpago en medio de la noche

obscura, la luz súbita que da forma por un instante al paisaje exterior y al psicológico.

A la claridad de esta pasajera iluminación espectral, el autor siguió adelante, creyendo ya orientarse más fácilmente entre la sombra de la noche sin estrellas que reina en los dominios fúnebres del Orco...

Para muchos jóvenes *dandys* de la literatura académica y acaramelada, siempre gálica, naturalmente, de la vanguardia o de la retaguardia, ese disco rojo del crimen no puede servir más que para iluminar antros del folletín y del melodrama, antros quizá de cartón pintado. Nosotros, sin duda más ingenuos y menos apolínicos, sin gran temor al percance del rey Midas, del alargamiento de las orejas, no participamos de esa creencia y nos atrae la llama roja y siniestra que alumbra los rincones obscuros y sombríos del espíritu y que deja luego un halo siniestro alrededor de las figuras monstruosas, admirables a veces en su morfología teratológica. ¿Cómo rechazar ningún resplandor que pueda esclarecer la turbia condición de la naturaleza humana, su esencia y su metabolismo?

Es sugestiva la luz de la lámpara que brilla en las zonas inmaculadas donde nacen los pensamientos puros, inefables en su pureza, donde

moran las Madres del viejo Goethe; pero también es sugestivo el fulgor de la antorcha dostoievskiana, que ilumina el borde del abismo negro poblado por los dragones y las quimeras. Es admirable la llama del ara en el bosque sagrado; pero también lo es la claridad sospechosa en la ventana del garito o de la taberna vigilada por la policía. Está ilena de misterio la luz de Sirio en las noches limpias y estrelladas; mas también lo está la linterna del trapero en el callejón miserable de la gran urbe.

Todo lo que vive, se mueve, se agita, llevado por un ímpetu vital, por un apetito interior de poseer, sea bueno o sea malo, vicioso o virtuoso, delicado o grosero, alto o bajo, nos interesa a los hombres. Su clasificación, su jerarquía, su importancia académica, no nos importa; que se llame tragedia, folletín, melodrama o sainete, es cosa que nos deja fríos.

El autor, atraído como un niño por la claridad pasajera y siniestra que ha esclarecido su camino, ha ido dejando la penumbra apagada de la intriga, para entrar en la zona de la luz cruda del crimen; ha abandonado la contemplación de las figuras de cera animadas por el bermellón y el colorete, para contemplar la incolora y enigmática máscara de la Gorgona; ha ol-

vidado la vida marchita por la triunfante tanatología; ha dejado la curiosidad histórica y hegeliana por la ansiedad tumultuosa y pánica...

Como el guión en las bandadas de los pájaros emigrantes revolotea en la alta atmósfera para buscar su rumbo y, ya encontrado éste, se lanza con las alas desplegadas en una dirección fija e invariable —brújula viva—, sin vacilar un momento, así el autor, viejo y dilecto amigo nuestro, marcha en su libro planeando a la vista del crimen, con el corazón un poco ligero y la jovialidad honda del que sintió en otro tiempo, en las acciones algo peligrosas, la embriaguez plebeya y dionisíaca...

I

EL NARRADOR

Una mañana de otoño, poco después de la terminación de la guerra, Alvaro Sánchez de Mendoza iba a cobrar el alquiler de la casa del viejo Chipiteguy, en la calle de los Vascos, de Bayona, en donde aún vivían sus padres.

En la guardilla, ocupada en otro tiempo por Palassou, el zapatero sansimoniano, había un español enfermo. Era un hombre de unos veintitrés a veinticuatro años, flaco, moreno, la cara demacrada, los ojos negros y hundidos, el bigote corto y el pelo rizoso y abundante. A pesar de ser aún joven, tenía el aire cansado, las mejillas hundidas y una de ellas con la roseta malar, característica de los tuberculosos.

El joven español postrado en cama dijo a Alvaro rotundamente que no le podía pagar.

Alvarito recordaba su antigua miseria y no era hombre para exigir inflexiblemente el alquiler a un desdichado, y no solamente no se lo pidió, sino que le dejó de su bolsillo algún dinero.

La portera del hotel asistía sin gran puntualidad al español.

Era éste, por lo que dijo, un antiguo soldado carlista, herido con una herida mal cicatrizada y tísico.

Según la vieja portera, el enfermo carlista no hacía nada para curarse; no contaba tampoco con ningún protector y, en vez de comida, pedía aguardiente y lo bebía como si fuera agua.

En la segunda visita de Alvaro al enfermo le preguntó acerca de su vida y él la contó con toda clase de detalles.

PACO MALUENDA

Soy de una aldea de la provincia de Burgos —dijo— que se llama Quintanilla de Pienza, del término de Villasante, en el valle de Montija, en el partido de Villarcayo. ¿Usted no conoce aquella tierra? ¿No? Pues es un hermoso país, verde, fresco, con valles no tan estre-

chos como los del país vasco y sin esta monotonía de la llanura francesa. Yo no he visto mucha tierra, pero a mí me parece aquélla una de las mejores del mundo.

Me llamo Francisco Maluenda y soy de una casa de labradores bastante hacendada. Mi abuelo paterno creo que procedía de Fraga y había venido a la provincia de Burgos de molinero. Aunque nuestro apellido es Maluenda, como quien dice en singular, todos nos han llamado Maluendas y a mí siempre me han conocido por Paco Maluendas.

La infancia mía fué muy agradable; la pasé, parte en mi casa y parte en Villasana de Mena, donde vivían mis abuelos. Aquí es donde estaba más a gusto. Después de las faenas del campo, solíamos ir hacia la peña de la Magdalena y a la sierra de Ordunte, donde dejábamos el ganado; subíamos a los altos, al pico del Horcado y al pico del Fraile, y a veces, cuando se despeñaba alguna res, íbamos a recogerla. De chico fuí gran andarín; escalé la peña de Igaña y la de Oro y crucé varias veces los puertos de la Sia y el de Tornos, para pasar a la provincia de Santander.

En esto comenzó la guerra y tuve la desgracia de perder a mi madre. Mi padre, que era

un hombre caprichoso y que intentaba arreglar todos los negocios familiares y no familiares a trastazos, nos educó de muy mala manera. Sin embargo, yo tuve un buen maestro, un pobre hombre, excelente persona, aunque nosotros, los chicos, nos burlábamos de él, de sus consejos y de sus advertencias; así nos fué después.

Yo, a los diez y siete años, era un perdido, jugador, mujeriego y borracho. Anduve ganduleando por Villasante, Espinosa de los Monteros, Villarcayo y Burgos. Cuando heredé algún dinero de una tía mía, lo jugué, y después jugué también la poca hacienda de mis padres. Más tarde estuve de dependiente en una librería de Burgos, donde aprendí alguna cosa; pero no podía acostumbrarme a vivir tranquilo y sujeto, y dejé la librería y volví a las andadas. Durante los primeros años de la guerra, yo vivía hecho un granuja. Era una mala época ésta de la guerra: había siempre riñas, muertes, enredos en los pueblos.

El Valle de Mena era liberal; en cambio, todos los campos vecinos, carlistas. Con esta posición política cómo insular, siempre había disputas y luchas. Mi padre había sido también liberal; la mayoría de los del Valle de Mena lo eran, como he dicho. Mi padre había conocido

a Riego cuando joven, en la batalla de Espinosa contra los franceses, y esto le había hecho más liberal que los demás. Tan liberal era, que declaró la guerra a los aduaneros que pusieron los carlistas cuando dominaron el valle. Una vez supo que en uno de los pueblos estaban tres aduaneros escondidos. Marchó él a buscarlos, con ocho hombres, y no los encontró. Al salir de registrar el desván de una casa, uno de sus hombres dijo a mi padre, que se llamaba Francisco como yo: —Oye, Paco. Y contestó una voz de detrás de unas ramas: —¿Qué pasa? Resultaba que uno de los aduaneros escondidos se llamaba Paco y había creído que alguno de sus compañeros le quería advertir algo. Mi padre registró la guardilla, encontró a los tres hombres y a dos los fusiló a la puerta de la casa y al tercero lo llevó hasta un pueblo llamado Vivanco, de donde era, y delante de la abadía lo mandó ahorcar.

Cuando mandaban los liberales en mi tierra, los habitantes del valle lo pasaban bien; cuando entraban los carlistas, trataban a la gente de mala manera.

Una vez, al principio de la guerra, el cabecilla Castor exigió a Villasana mil quinientas raciones; otra, cuando los carlistas ocuparon el cas-

tillo del Pendo, una torre pequeña redonda, se dijo que tiraban al llano sobre todos los que veían en la carretera y que así hirieron a unos niños.

Me acostumbré a beber y a llevar una vida de perdulario, y cuando ya no tenía ningún recurso ni esperanza, ni tampoco amigos, me eché al campo con los carlistas. Yo me hubiera ido con los liberales; pero entre ellos había gente que me conocía, y preferí marcharme con los carlistas. No soy un convencido, ¿qué quiere usted? A mí lo mismo me dan los unos que los otros.

PIOJO BLANCO

Ya le he dicho a usted que he sido un hombre mal acostumbrado. Naturalmente, no era fácil que yo me enmendase o me corrigiese en un ejército como el carlista. Además, tuve mala suerte; no lo digo únicamente por disculparme. Ya, ¿para qué? Pero en realidad mi suerte fué muy mala. Yo no creo ser un hombre de un carácter natural atravesado y dificultoso; pienso que, si hubiese sido bien dirigido, hubiera llegado a ser un hombre razonable y cabal; pero

la educación que me dió mi padre, si es que aquello se podía llamar educación, y la adversa suerte, me impulsaron a seguir los malos caminos y a meterme en varias atrevidas aventuras, unas más desgraciadas que otras.

El refrán que dice: Da ventura a tu hijo y échalo al mar, es mucha verdad. Al contrario, se podría decir: Dale desventura, ponle en la mejor situación posible y él o su destino se encargarán de echarla a perder.

En la compañía carlista que yo estaba había un sargento de Soria que nos atropellaba bárbaramente. Por cualquier cosa, por la falta más insignificante, nos arrestaba, nos daba de palos o nos hacía estar de centinela horas y horas.

A este sargento rubio, pequeño, con la nariz picuda y los ojos pitarrosos, los soldados le decíamos en burla Piojo Blanco.

Yo tenía un amigo en la compañía que era murciano, hombre triste a quien llamábamos el Mochuelo.

—Pero, bueno, ¿qué te pasa para estar tan triste? —le preguntaba yo.

—Es de condición —decía él, meneando la cabeza melancólicamente.

A este murciano y a mí nos distinguía Piojo Blanco con su hostilidad; yo se lo advertí.

—Mire usted, mi sargento —le dije—, yo estoy un poco enfermo y no tengo la fuerza que los demás.

—Los enfermos, al hospital —contestó él con dureza—, y los que allí no marchen bien, al cementerio.

Un día Piojo Blanco me dió un culatazo en el pecho, y a consecuencia del golpe estuve echando sangre por la boca. Yo se la juré, y en un pequeño encuentro que tuvimos con los liberales en el puerto de Arrebatacapas, entre Frías y Pancorbo, en un momento que no tenía más testigos que tres soldados de la compañía, los tres hostiles al sargento, le apunté con el fusil, le pegué un tiro en la cabeza y lo dejé seco.

BERTACHE

Mis compañeros me guardaron el secreto porque odiaban a Piojo Blanco y estaban deseando deshacerse de él; pero hubo uno que se enteró de lo que yo había hecho, no sé cómo ni por qué conducto. Era un tal Bertache, subteniente del Quinto de Navarra.

—Le conozco —dijo Alvaro.

—Es decir, lo ha conocido usted.

—¿Por qué dice usted eso? ¿Es que ha muerto?

—Sí.

—No lo sabía.

Cai de manos de Piojo Blanco en las de Bertache. Bertache no me arrestaba ni me pegaba, como Piojo Blanco; pero me daba comisiones peligrosas, me obligaba a estar constantemente a su lado y me dominaba por el terror. Al principio yo no comprendía bien qué maniobras eran las de este hombre; pero luego supe que estaba metido en el espionaje y pagado por gente influyente del partido liberal, y que, además, había formado con otros sargentos y suboficiales una partida cuyo único objeto era robar y quedarse con todo lo que se pudiera.

La relación de Paco Maluenda, aclarada con los datos que tenía Alvaro, sirvió para llevar la luz a las intrigas de esta última época de la guerra.

II

LA MUERTE DE UN GENERAL

En la venta de una aldea del camino, cerca de Echarri Aranaz, se detuvieron al atardecer de un día de primavera varios soldados y oficiales carlistas, entre ellos García Orejón, Bertache, el sargento Zamarra y algunos más.

Por aquella aldea pasaban constantemente tropas carlistas, medio indisciplinadas, dispuestas a llevarse cuanto veían; la gente de los pueblos no sabía a qué atenerse.

Comenzaba el año 1839. Los ejércitos liberal y carlista estaban mejor organizados que nunca, y, sin embargo, la exaltación en los dos campos había disminuído. Maroto había fusilado hacía meses a cuatro generales carlistas en Estella y expulsado de la corte de don Carlos a los más perspicuos de los realistas, a los más señalados

de los apostólicos. Maroto se había vengado de sus enemigos, de aquellos a quienes aseguró que perseguiría debajo de la cama de su rey y señor, aunque éste luego lo mandara decapitar; había expulsado con gusto a Arias Teijeiro, de quien sospechaba tener amistades nefandas con don Carlos.

Maroto, Espartero y Cabrera eran los tres ases de la guerra. El éxito estaba vacilante entre ellos. Subían, bajaban, tenían alternativas de éxitos y fracasos. Carlistas y liberales se iban hartando de matar y de fusilar. ¿Hartar? La palabra quizá no es muy exacta, porque el hombre parece que no se harta nunca de ello.

Las intrigas eran constantes; María Cristina, el infante don Francisco, don Carlos, la princesa de Beira, los cortesanos y los palaciegos se pasaban la vida intrigando.

Ya nadie esperaba la victoria. A todas horas se hablaba de convenios, de transacciones; pero la solución tardaba.

Para llegar a conseguir la paz era indispensable que se rompiesen y desgajasen muchos intereses, grandes y pequeños, de los dos bandos.

En la cocina de la venta, negra por el humo, en donde habían descansado hacía meses en su viaje Alvarito y Manon, un grupo de carlistas

merendaba. La mayoría eran navarros y castellanos. Entre ellos estaban dos hermanos vascos. Se sentaron todos a comer un poco de pan, queso y vino. Los soldados hicieron corro alrededor de los oficiales. García Orejón, de pronto, preguntó a Bertache:

—¿Y tú, adónde vas ahora?

—Tengo que volver a Estella.

—¿No tienes miedo a Maroto?

—Ninguno —contestó Bertache con jactancia—. Y eso que tengo que declarar de nuevo en el asunto de la muerte del general Cabañas.

—¿Pero has declarado ya?

—Sí.

—¿Y qué has dicho?

—No he hecho más que contar la verdad.

—¡Demonio! ¿Y ante quién?

—Ante el auditor del ejército, don José Manuel de Arizaga, y el escribano don Casto Herrero.

—¿Y has dicho toda la verdad?

—Toda.

—¿Y a quién le has echado la culpa?

—¡A quién se la he de echar! Al coronel don Juan Bautista Aguirre, que fué quien nos mandó matar a Cabañas.

—¡Qué barbaridad!

—¡Barbaridad! ¿Por qué? ¿Qué le puede importar a él, si está en Francia y no le pueden coger? —replicó con indiferencia Bertache.

CÓMO LE ENCONTRARON A CABAÑAS

—Bueno; ¿y qué has dicho?

—Como te digo, la verdad.

—A ver, cuenta.

—En mayo del año pasado, tres días antes de salir de Estella para Lezaun el primer batallón de Navarra, fuí yo llamado por el coronel Aguirre a su alojamiento, que lo tenía en Cirauqui, por su ordenanza, Juan Bautista Almandoz; obedecí, marché a Cirauqui, entramos en casa del coronel y subimos a una sala alta. Se presentó Aguirre y me dijo que acababa de recibir una orden del general García, en la cual le mandaba que eligiese en el batallón cinco personas seguras que fuesen a matar al brigadier Cabañas, por constarle al general que Cabañas era traidor. Le dije yo que una muerte así nos desacreditaría, y Aguirre me contestó: —El general lo manda; hay que tener obediencia y

disciplina. El quitar los traidores de en medio es trabajar en beneficio del país.

—¿Y tú qué contestaste? —preguntó García Orejón.

—¿Yo qué le iba a contestar? Quien manda, manda, y cartuchera en el cañón. Yo le dije que no sabía si Cabañas era traidor o no; pero que, puesto que era necesario obrar así, había que contar con personas de confianza, y que él eligiese por sí mismo los soldados y el oficial. Aguirre me contestó que los soldados estaban ya elegidos y que yo iría con ellos. Nos avisaría a qué hora estaría el brigadier en su casa. Cabañas vivía en Soracoiz, muy cerca de Cirauqui. Unos minutos después nos reuníamos en casa de Aguirre el subteniente Saturnino Uzcariz y los soldados Domingo Salaverri, Esteban Santacilia, de la compañía de granaderos de su batallón, y Antonio Nuin, de la de tiradores. Todos juntos salimos de casa de Aguirre y nos dirigimos a Soracoiz, adonde llegamos ya obscurecido, a eso de las ocho u ocho y media de la noche. Un hombre nos dirigió a la casa en que estaba alojado Cabañas. Entramos en ella, vimos a los patrones, les pedimos un vaso de vino y éstos dijeron que no podían dárnoslo porque no lo tenían. Preguntamos por el brigadier Cabañas; el

patrón nos dijo que no se encontraba en casa; pero nosotros, sospechando que estaría escondido, subimos a un cuarto que tenía una cama alta y un armario.

—¡A ver si éste se ha dado cuenta de la cosa y se ha escapado! —me dijo el subteniente Uzcariz.

Estando esperando, entró Cabañas, que venía de casa del cura del pueblo. Le conocimos por las insignias que llevaba en las mangas de la levita. Al entrar y vernos, el brigadier quedó sorprendido y asustado.

—¿Qué se me quiere? —preguntó.

—El coronel Aguirre, por orden del general García, nos manda que entregue usted todos sus papeles y su dinero, porque si no lo pasará usted mal.

Al decir esto, uno de los soldados, Nuin, le amenazó poniéndole la punta de la bayoneta en el pecho.

—¿Es que si doy los papeles me dejarán la vida? —me preguntó Cabañas.

—Sí, señor.

—Si es así, voy a buscarlos.

El pobre hombre bajó a la cueva, seguido por todos nosotros, y enseñó en un rincón, al lado de un pesebre, un agujero en donde había enterrado una olla con dinero y con papeles.

—Vamos a ver lo que hay aquí —dijo Uzcariz, y cogió la olla y la subió al primer piso. Al llegar arriba, vació la olla sobre la mesa y salieron de dentro varios papeles y una bolsa pequeña con monedas de oro.

—¿Ahora me dejarán tranquilo? —preguntó Cabañas.

—No. Tenemos que llevarle preso —contestó Uzcariz.

Le ataron las manos y, como protestaba, uno de los soldados le dijo:

—Estese usted quieto, ¡rediós!, —y al mismo tiempo le dió un bayonetazo.

Entonces el general, aterrado, viendo que querían matarle, se acercó a la ventana, dispuesto a saltar por ella; pero cuando se hallaba decidido a esto, el subteniente Uzcariz le disparó un tiro; yo le tiré otro y, después, uno de los

soldados le empujó y le hizo caer por la ventana a un regato que había debajo de la casa. Esto sucedía en presencia de los patrones; los dos viejos estaban llorando. Al ver que el brigadier había caído a la huerta, salimos todos del caserío, volvimos a disparar sobre él y lo rematamos. El subteniente Uzcariz entró en la casa y, encarándose con el amo, le dijo:

—Ahora, usted tendrá buen cuidado de no hablar a nadie de lo que ha pasado hoy en esta casa.

—Sí, señor; no diré nada —afirmó el patrón.

—Y además nos dará cinco onzas, una para cada uno.

—Yo no las tengo.

—O las cinco onzas o salir por la ventana como Cabañas —repuso Uzcariz.

Hablaron la mujer y el hombre y sacaron de un armario las cinco monedas de oro. En seguida recogimos las ropas de Cabañas, que las dejamos en el cruce del camino, y un papel que decía: El brigadier Cabañas ha muerto por traidor a manos de los voluntarios. Encima de este papel pusimos una piedra para que no se lo llevara el viento. Uzcariz, no contento con esto, sujetó otro letrero en el aldabón de la puerta del caserío, que decía: Cabañas ha sido muerto

por traidor. Llegamos, entrada la noche, a Cirauqui y nos presentamos en casa de Aguirre; le llamamos, le entregamos las cartas y los papeles y le dijimos cómo habíamos cumplido su orden. Aguirre nos encargó que guardáramos silencio y repartió el dinero entre los soldados y dió el reloj de Cabañas a Nuin.

—¿Y cómo te has atrevido a contar todo esto? —preguntó García Orejón.

—Es lo más prudente que podía hacer. A veces, cuando uno está acostumbrado a mentir, no hay nada mejor para despistar que contar la verdad —replicó Bertache con cinismo—. El intendente Arizaga y el escribano Herrero tendían a creer que algunos soldados habíamos asesinado a Cabañas para robarle, sin orden alguna de jefe.

UNA PEQUEÑA NOVELA

—¿Y cómo, al cabo de tanto tiempo, se ha empezado a hablar de esto, y se ha hecho nueva sumaria, y se han tomado declaraciones? —preguntó Orejón.

—Esa es otra historia.

—Porque eso parecía haber quedado ya olvidado.

—Sí, había quedado olvidado, aunque los amos del caserío de Soracoiz habían hablado algo con vaguedades.

—¿Entonces, cómo se ha descubierto?

—Es una pequeña novela.

—A ver, cuéntala.

—Hay en Estella un propietario rico y partidario de Maroto. Este señor tiene una hija muy bonita, Rosario, que durante mucho tiempo ha asegurado que no quería casarse, sino ser monja. Esta muchacha se enamora del hijo de un guarnicionero de la vecindad, que era sargento y que había vuelto herido en una acción cerca de Abárzuza. El chico, Fermín, era de los realistas puros. Cuando se puso medio bueno de la herida, iba a casa de una vieja costurera, y la muchacha, la Rosario, iba también, y allí se veían y hablaban los dos. Un día, al parecer, en el taller de la vieja costurera entra uno de los antimarotistas amigo del subteniente Uzcariz y se pone a hablar con Fermín y le cuenta la muerte de Cabañas, y oye la relación la muchacha. Pocos días después, la Rosario riñe con Fermín y va y le cuenta la muerte de Cabañas a su padre tal como la había oído, y éste se la

cuenta a su vez al intendente Arizaga y comienza de nuevo la sumaria.

—Se habla siempre demasiado —murmuró convencido Orejón—. Y es lo que debéis tener presente.

—Yo, hasta que no se ha sabido todo, no he dicho una palabra —replicó Bertache—; pero ahora ya no hay más remedio. Los del caserío de Soracoiz tuvieron que declarar. Ya no queda otro recurso: o escapar o echar la culpa a los verdaderos inductores, que, por otra parte, como están en Francia, no pueden temer nada ni de Maroto ni de sus amigos.

—Sin embargo, yo no me fiaría mucho —dijo García Orejón.

—Yo, sí, porque sé que mis declaraciones les gustan a los amigos de Maroto. También he contado al auditor lo que me dijo Arias Teijeiro cuando le vi por última vez en Vera.

—Anda con cuidado; todo eso es muy peligroso —murmuró García Orejón.

BERTACHE Y OREJÓN

El auditorio había escuchado atentamente el relato de Bertache.

Bertache se pavoneaba al contar la muerte de Cabañas. Parecía querer decir : a mí no me asusta nada.

Bertache era de esos hombres para quien constituye una gran satisfacción el asombrar y despistar a la gente. Esto, sin duda, le parecía que había de darle más prestigio, más misterio; le gustaba mostrar un carácter contradictorio, lo que en parte hacía con malicia, pero en parte no, pues era ésta una consecuencia espontánea y natural, nacida de su temperamento.

Mucha de la curiosidad que producen hombres como Bertache viene de ser inesperados enigmáticos para sí mismos. Cierto que todos somos enigmáticos para nosotros mismos, unos más otros menos; pero algunos hombres, a fuerza de lógica y de sistema, se han hecho tan mecánicos, tan automáticos, que han dejado toda inconsciencia, para convertirse en esos caracteres sostenidos de la comedia, que parecen siluetas, sombras, planos de una arquitectura psicológica.

García Orejón no tenía las decisiones bruscas de Bertache. Era un hombre apático y hepático.

En Orejón las reacciones eran lentas y pesa-

das; en cambio, en Bertache eran rápidas e hirvientes.

Los dos hombres, al parecer, eran amigos y se entendían bien. Orejón, en algunas ocasiones, se dejaba llevar por Bertache; pero en otras sabía intervenir y hacerlo siempre con prudencia.

Como entre los dos hombres había negocios más o menos tenebrosos, los dos se completaban.

Después de charlar largo tiempo, Bertache y Orejón se levantaron.

—¿Vas a volver a Estella? —le preguntó Orejón.

—Sí; volveré dentro de unos días.

—¿Para los Carnavales?

—Probablemente después.

—Avisa dónde estás.

—Lo haré, no tengas cuidado.

—¿Qué hora es? ¿Cuánto tiempo llevamos aquí? —preguntó Orejón.

Uno de los navarros de la Ribera contestó:

—Todavía no hace dos horas que hemos llegado.

—Bueno; preparaos, porque tenemos que salir en seguida.

Los soldados ribereños y navarros y los dos

vascos se levantaron de sus asientos y salieron de la posada tras de Orejón y Bertache.

La tarde estaba desapacible: caía una lluvia menuda, los montes se mostraban de un verde obscuro y sombrío y la niebla se extendía a lo lejos, dominando el valle.

III

LA IDEA DEL CRIMEN

Durante la primera guerra civil, Arbea, pueblo estrecho, amurallado, obscuro, en el fondo de un embudo de montes, estaba ocupado por una guarnición numerosa de carlistas.

En general, y aun en tiempo de paz, Arbea era sitio triste, muy dominado por la clerecía y los jesuítas.

Algunos días, sin embargo, se notaba cierta animación.

Solía celebrarse un mercado todas las semanas en el cubierto de la calle de la Solana, arco próximo a la muralla, al cual acudían los labradores de los contornos a vender cerdos, corderos y toda clase de hortalizas.

EL CAFÉ DE SATORRA

En aquel cubierto había por entonces un café que solía estar por la tarde y, sobre todo, por la noche, casi siempre lleno de gente.

El tal café se llamaba el café de la Solana, aunque también era conocido por el café de Satorra.

El café, instalado bajo el arco, en una casa antigua y negruzca, se comunicaba por una puerta con un zaguán húmedo por donde se subía a la posada de Gorrischco. Al otro lado del zaguán había una taberna.

El zaguán, húmedo, olía constantemente a mohoso, a agrio, y con frecuencia a sardinas fritas.

El café tenía una muestra recién pintada, donde podía leerse con letras blancas sobre fondo negro el rótulo de: Café de la Solana. El café de la Solana había visto entre sus parroquianos muchas de las celebridades del partido carlista.

En este café había cantado, acompañado de la guitarra, algunas canciones vascas Iparraguirre,

el hijo del confitero de Villarreal, que entonces tenía diez y nueve años.

Iparraguirre había sido herido en una pierna en la batalla de Arrigorriaga, y, como inútil para el servicio activo, estaba en el cuerpo de alabarderos de don Carlos.

En el Café de la Solana, no sólo se servían mokas y licores falsificados a los parroquianos, sino que se jugaba también al monte. Éste era quizá su gran atractivo.

Desde que se había iniciado la decadencia del carlismo se comenzaba a jugar furiosamente en los pueblos en donde se hallaban acantonadas las tropas carlistas.

En la línea de Oñate a Vergara, de Tolosa a Echarri Aranaz y de Echarri Aranaz a Elizondo se jugaba lo mismo en casinos, cafés que tabernas.

El juego preferido por lo sencillo era el monte. Llevaba la banca en estos pueblos de guarnición carlista un tal Pedro Landeras, asturiano, secretario de Gómez durante su gran expedición del norte al oeste y a Gibraltar. A Landeras acompañaban el Majo de Estella y varios otros jugadores de oficio, la mayoría andaluces, castellanos y gallegos con apodos pintorescos.

Parecía que la gente al ver que el final de la

aventura carlista se acercaba, no pensaba más que en el medio de allegar dinero, por cualquier procedimiento y de cualquier manera.

El café de la Solana era angosto; de día no tenía más luz que la muy escasa que entraba desde el arco por la puerta de cristales. Dentro del establecimiento había unas cuantas mesas de mármol en dos filas y en el fondo estaba la sala del crimen, un cuarto ahogado, con dos quinqués en el techo, una mesa con tapete verde, una ventana que daba a un patio y una puerta.

El dueño de este café, apodado Satorra (el topo), era amigo de García Orejón, el picador; algunos pensaban si Orejón tendría participación en el establecimiento. Al parecer Orejón era socio con Satorra en otros obscuros negocios.

Satorra pasaba por hombre astuto y falso, capaz de engañar a todo el mundo.

Al final de la guerra se le acusó de espía; poco después el hombre dejó su café y desapareció.

Según la versión de algunos, entró de contratista en varios trazados de ferrocarriles y llegó a ser rico.

Satorra, que aparecía rara vez en el café, te-

nía cara de astucia, de picardía, que no desmentían sus hechos, sino que los confirmaban. Satorra era maestro en toda clase de artimañas y no podía hacer nada sin doblez y sin intriga. Tenía la cara larga, la nariz como algo colgante, la boca carnosa. Algunos decían que se parecía a Calomarde, comparación poco grata para carlistas y liberales, pues unos y otros tenían mala idea del antiguo ministro de Fernando VII.

DÍA TRISTE

Esta tarde de marzo hacía un tiempo lluvioso y frío en el pueblo. Desde la puerta del café de la Solana se veían las casas grandes y negras; la muralla más negra con sus plantas parásitas y a lo lejos los montes verdes. El suelo de la calle era un lodazal.

En el cubierto con arcos, aldeanos y aldeanas marchaban para sus casas ya de vuelta del mercado, con los paraguas gruesos bajo el brazo, llevando del ronzal a la vaca o arrastrando con una cuerda al cerdo atado por una pata. Las muchachas cruzaban el arroyo con herradas en la cabeza, pasando de vez en cuando la mano por el

borde de abajo de la herrada para que no se les mojase la falda con las gotas caídas.

En un rincón del café de Satorra se encontraba el subteniente Bertache, sentado a una mesa. Una lámpara de aceite daba apenas luz al café. Todavía no había empezado a acudir el público, ni comenzado la partida de noche. El café estaba desierto. Delante del cuarto angosto donde se jugaba casi siempre al monte, había un colgador y allí los jugadores dejaban las capas y las bufandas, y los militares, los capotes, las bayonetas y las pistolas.

Bertache había estado durante algún tiempo en una mesa del fondo escribiendo a la luz de una vela puesta en una palmatoria de latón; después cerró su carta y se levantó de la mesa. Bertache andaba muy elegante con su uniforme nuevo, la levita azul entallada, el cuello blanco y brillante, el pelo bien peinado y la boina puesta con coquetería. Bertache salió del café de la Solana al arco. Seguía lloviendo; el anochecer era sombrío y triste. Del arco entró en el zaguán próximo y subió por una escalera de madera torcida a la posada de Gorrichco y se metió en el pasillo de la casa y después en la cocina.

El pasillo era irregular; en unas partes más ancho que en otras, con el suelo de vigas ne-

gruzcas; en las paredes, pintadas de azul, se abrían varias puertas de alcobas y un comedor espacioso con una mesa larga en medio.

La cocina, grande, negra, ahumada, tenía una chimenea de campana volada y una recocina con los fregaderos y las herradas de aros brillantes.

En un extremo de la cocina había un grupo de campesinos vascongados que había comido al lado del fuego y estaba cantando canciones. En el otro extremo, unos cuantos soldados castellanos merendaban. Los dos grupos no se prestaban la menor atención. Uno de los soldados dijo, refiriéndose a los vascos, que entonaban sin parar sus melodías largas y melancólicas:

—Estos nos están cantando misa de difuntos.

Uno de los soldados castellanos explicaba una historia, que parecía un cuento de niños, de un animal fabuloso, al que llamaba el Ramplón, y que definía diciendo que era una especie de oso con alas de cigüeña. Sin duda, era hombre charlatán y absurdo, porque a continuación contó una historia de su aldea, de un perro al que llamaban Sansón, un gato al que le decían el Policíaco, que andaban detrás de una rata llamada Cenicera.

Un soldado manchego tenía una discusión con

otro sobre la riqueza de sus pueblos respectivos, y decía muy gravemente:

—En Villarrobledo hay muchos ricos.

—¡Bah! A mí eso me tiene sin cuidado —contestaba el otro—. Ahora, si fuera rico yo, me importaría más; pero que haya ricos en el pueblo no me importa nada.

Después los soldados castellanos se enfrascaron en una conversación que en ellos era habitual. Se quejaban de la guerra y estaban deseando que se acabara. Encontraban que habían hecho un mal negocio alistándose en las filas carlistas, pues ya, de exponer la pelleja, era mucho mejor y más práctico, según ellos, ir con los cristinos. Hablaban mal de los jefes, de los oficiales y hacían excepción de algunos, del teniente A, del capitán B, porque les habían saludado una vez o dado los buenos días, por motivos fútiles de cortesía, o por otras pequeñeces por el estilo.

Bertache se colocó en el extremo opuesto de la cocina al que estaban los soldados, y se sentó al lado del fuego. Una mujer se le acercó.

—Oiga usted —le dijo Bertache—, yo quisiera cenar aquí.

—Muy bien; ¿quiere usted cenar algo distinto o lo de todo el mundo?

—Cenaré como todo el mundo. Si se puede, al lado del fuego.

—Sí, señor; ¿porque no?

Bertache se puso a esperar la cena, calentándose los pies a la lumbre. La cocina, baja, tenía el hogar lleno de pucheros y de cazuelas. Había también unas manzanas puestas a asar al lado del fuego. De una cadena colgaba sobre el hogar un tambor de hierro lleno de castañas, que de cuando en cuando saltaban haciendo ruido.

Un viejo aldeano, hirsuto, con una cara afilada como un sable, estaba al lado de la lumbre con un palo blanco de espino, con cuya punta quemada removía las cenizas del hogar. A veces encendía una pipa pequeña de barro y daba dos o tres chupadas; luego quedaba dormitando.

Bertache estaba muy interesado con una muchacha gitana, venida de no se sabía donde, que servía de camarera en el café de Satorra y a quien llamaban María la Cañí.

Bertache andaba tras ella y ella coqueteaba con él como con los demás militares. Él hacía lo posible por verla a las horas en que no iba nadie, pero había otros muchos oficiales que andaban rondando a la gitana.

UNA CONVERSACIÓN INTERESANTE

Mientras Bertache esperaba la cena al lado del fuego, cantaban los vascos y hablaban los soldados castellanos, había en la recocina dos mujeres que conversaban o más bien reñían en vascuence. Bertache sabía el vasco, pero por táctica hacía que lo ignoraba. Este procedimiento le había dado resultado muchas veces.

De las dos mujeres, la una era alta, rubia, ágil, esbelta, de cara blanca; la otra, rechoncha, la cara incorrecta, los ojos negros, uno de ellos que bizqueaba; el color moreno obscuro y los labios gruesos. Esta era la cocinera de la casa de Gorrischco y atendía a la taberna de abajo.

Por sus palabras, las dos mujeres se echaban en cara antiguas ofensas; tenían viejos resquemores. Entre una y otra hermana había grandes rivalidades. La del caserío, la mujer guapa y campesina, la Veremunda, era al parecer la favorita de la madre; en cambio, la cocinera de la posada, la Tiburcia, llevaba el camino de ser desheredada.

Para las dos, sin duda, el ser dueñas del case-

río familiar, era una gran cosa; más que nada, por un sentimiento de orgullo y de categoría.

Las dos se echaban en cara y se acusaban de una porción de infamias. Según dijo la Veremunda a su hermana, ésta había tenido un hijo y lo había llevado a la inclusa; la Tiburcia acusó a la otra de lo mismo, de haber tenido también un hijo y de haberlo matado y enterrado. La Veremunda replicó diciendo que era una mentira, una calumnia que ella inventaba y que sabía que era falsa. Las acusaciones y los ataques de una a otra se proferían casi tranquilamente, como en una forma de conversación corriente. Unicamente un hombre como Bertache, que tenía un oído muy fino y sabía muy bien el vascuence, podía entenderlas.

La tabernera habló de que debían poner como árbitro en la cuestión a sus primos del caserío Iturmendi; la otra dijo:

—¿A mí qué me importan los primos de Iturmendi? Nuestros primos no han hecho más que explotarnos a mi madre y a mí; nos han quitado un helechal y lo han vendido a unos vecinos; son unos canallas.

La Veremunda aseguró que su madre y ella iban a tener para guardar la casa a un hombre joven que había estado en Francia y que sabría

defenderlas a las dos contra los primos explotadores. Ya verían entonces cómo ellos no podrían hacer lo que les diera la gana.

La tabernera, al oír esto del hombre joven, se puso roja de cólera, como si el proyecto le ofendiera profundamente.

BERTACHE OYE

Bertache escuchaba el relato con una atención concentrada.

En esto vinieron varios soldados y un sargento, el sargento Zamarra. El sargento se acercó a Bertache y le preguntó:

—¿Qué, ayer has jugado?

—Sí; jugué y gané.

—¿Mucho?

—Unos veinte duros.

—Yo salí perdiendo. Tiene uno mala suerte. Se dió diez veces la contraria. Tengo que intentar otra combinación.

—No hay combinación en el juego —dijo Bertache de una manera displicente.

—¿Tú crees?

—Claro que no. Ayer querían que les diera la

revancha. ¡Como si uno fuera tonto! En la revancha hubiera perdido los veinte duros ganados y otros veinte más.

—¡Qué suerte!

Zamarra se marchó de la cocina; Bertache había hablado con un acento exagerado de castellano. Su objeto era dar a entender a la gente de la cocina que era castellano y que no entendía el vascuence.

Trajo la Tiburcia la cena para Bertache, que mientras se dispuso a comer siguió escuchando atentamente la conversación de las dos mujeres que se amenazaban.

Poco después, una de ellas, la Veremunda, la más guapa, se marchó; la otra, la tabernera, la Tiburcia, salió de la cocina y llamó a dos hombres, que parecían hermanos, y los llevó a un rincón para hablarles. Eran los dos vascos que habían ido con Bertache a la venta próxima, a Echarri Aranaz. Se les conocía por el nombre de su caserío, Iturmendi.

—Seguramente ninguno de los dos cree que yo sé vascuence —pensó Bertache—. No he debido hablar nunca vascuence delante de ellos.

Los dos hermanos pasaron a la recocina, y la mujer de la taberna se puso a explicarles algo. No se oía más que algunas palabras sueltas.

Bertache, después de cenar, arrimó la silla a la recocina e hizo como que se quedaba dormido, con la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos en los bolsillos de los pantalones y se dispuso a escuchar la conversación.

LAS HISTORIAS DE LA TABERNERA

Los vascos cantores y los castellanos se habían marchado. No quedaba más que el viejo campesino de la pipa. Los de Iturmendi charlaban con la cocinera. Mientras que Bertache hacía como que dormía al lado del fuego, escuchaba con ansia la conversación de la Tiburcia con los de Iturmendi. Eran éstos de un caserío próximo al de las dos hermanas.

Hubiera sido muy difícil a cualquiera entender lo que hablaban, porque los interlocutores empleaban muchas reticencias y giros obscuros en su conversación.

Se aludía en ella a dos personas que eran ricas y roñosas y de mala índole.

Bertache supuso que la tabernera se refería a su madre y a su hermanastra. La Tiburcia decía que aquellas mujeres le habían arruinado

a ella y a sus primos; que a ella le habían quitado dinero y tierras, helechales, gallinas y corderos.

La tabernera aseguraba que su madre había empleado también conjuros y procedimientos misteriosos para estropear a los primos el maíz y el ganado. Era una mujer que daba el mal de ojo *(Gaitz emana)* sólo mirando.

Daba también enfermedades de languidez, metiendo en los colchones y en las almohadas figuras de serpientes, sapos, brazos y piernas, hechos de lana y de pluma. Ella, la Tiburcia, había visto uno de estos colchones embrujados, que hubo que quemar y que ardió con furia. Su madre tenía la mano de un ahorcado disecada y guardada y solía hacer filtros con la sangre de los sapos. Su madre había ido varias veces también con una gallina negra a una encrucijada de dos caminos, a media noche, para hacer sortilegios.

Durante mucho tiempo en el caserío había anidado una lechuza que su madre cuidaba y no quería matar.

Lo que decía la Tiburcia era falso, pues achacaba a su madre lo que contaban de una vieja loca, supuesta bruja, vecina de su caserío, maestra en maleficios y hechicerías, que vivía en una

casa arruinada, en la cual siempre había ruidos extraños, casa que al fin se derrumbó sin aplastar a la vieja, pues quedó ella a horcajadas en una viga en compañía de dos gallinas, quizá diabólicas.

La Tiburcia aseguraba que su madre guardaba una gran cantidad de dinero que le habían dado sus amantes y que lo debía tener escondido en el caserío. Se veía que la Tiburcia era de ese tipo de mujer perturbada, apasionada, neurósica, que inventa mentiras y luego cree en ellas.

Bertache notaba que algunas palabras y expresiones eran muy ambiguas. Los dos hermanos Iturmendi, el mayor y el menor cambiaban entre ellos en voz baja algunas observaciones. ¿Qué se decían? ¿Qué es lo que fraguaban? Bertache no lo comprendió claramente, pero supuso que los hermanos se disponían a hacer algo.

Ellos y la tabernera habían mirado varias veces desde la puerta de la recocina al oficial, que dormía entre las dos sillas, y al viejo aldeano de la pipa, convencidos de que no oían ni se enteraban absolutamente de nada de la charla sostenida por ellos.

A pesar de tener el aire de estar completa-

mente dormido, Bertache seguía la conversación de los tres con una atención intensa y sin perder palabra.

El que no se sabía si escuchaba o no era el viejo de la pipa.

La Tiburcia ahora le decía a Iturmendi el mayor que su hermanastra, la Veremunda, se hallaba dispuesta a estorbarle en su matrimonio. Sin duda Iturmendi el mayor estaba prometido con una muchacha de la vecindad del caserío.

Media hora después, Bertache hizo un movimiento brusco y estuvo a punto de caerse de la silla y fingió que se despertaba atolondrado.

Se levantó, llamó para pagar, dió las buenas noches y salió.

Tenía la convicción que los dos hermanos del caserío Iturmendi tramaban algo; bajó al zaguán, entró en el café, llamó a Maluenda y le habló.

Era indispensable que siguiera y espiara a los dos vascos y se enterara después de la vida de la mujer de la taberna y de su hermanastra.

Maluenda encontró el encargo difícil y arriesgado e intentó librarse de la comisión que le daba el oficial; pero Bertache le recordó foscamente que guardaba su secreto y que era capaz de de-

nunciarle si no cumplía estrictamente sus órdenes.

—Es necesario que a estos dos vascos les sigas los pasos estos días. Me temo que van a hacer alguna barbaridad.

—¿Y usted quiere que yo lo impida?

—No; yo me contento con que averigues lo que hacen, a quienes conocen y qué clase de gente son. No pretendo que intentes impedir nada, porque es muy posible que esto fuera muy difícil y quizá peligroso para ti.

Bertache le dió dinero para que pudiese hacer su espionaje.

—Toma lo que necesites —y le dió varias monedas de plata—. Si averiguas algo, te daré más. Yo no escatimo nada.

Maluenda se resignó y dijo que haría todo lo posible por averiguar la vida de los dos hombres, y de las gentes conocidas por ellos, y de enterarse de sus maniobras.

MARÍA LA CAÑÍ

Poco después entró en el café la chica que solía servir por las tardes y por las noches, Ma-

ría la Cañí, y Bertache, luego de haber despachado a Maluenda, se puso a hablar con la gitana con gran amartelamiento.

Esta chica, María la Cañí, era una muchacha morena, de ojos negros, pelo negro y piel obscura; era gitana o medio gitana; tenía un aire de erotismo y de suspicacia. Hablaba castellano y vascuence con facilidad y con gravedad. Tendría quince o diez y seis años y estaba ya desarrollada como una mujer.

María la Cañí era hija de un gitano, Mariano Conde, vendedor de mulas. La Cañí tenía una risa enigmática que mostraba su dentadura blanca.

Muy solicitada por todos los soldados y oficiales que iban al café, ella contestaba siempre de una manera llena de coquetería y de erotismo a las bromas que le daban. Disimulaba su natural estupidez tomando posturas estudiadas, riendo y mirando con picardía. Al parecer, defendía su honestidad con las manos y con las uñas.

Bertache, al conocerla, sintió por ella un gran entusiasmo.

Su novia, Gabriela, con su cara dura, su pelo de color de mazorca de maíz, y su aire gótico, le parecía insignificante al lado de aquella mu-

chacha, ágil, morena, que tenía un áurea sexual enloquecedora.

A pesar de su aspecto, la Cañí era completamente estúpida; fuera de sus andares, y de sus posturas, y de sus miradas enigmáticas, no le quedaba nada. Era como un animal lascivo, que sabía encender el instinto sexual de los hombres.

María la Cañí tenía un novio, llegado con ella al pueblo, un soldado carlista, también gitano, el Chicuelo. Este muchacho tenía la cabeza larga y alta, la expresión entre maliciosa y estúpida, los labios hinchados, la tez amarilla obscura, picada de viruelas, la cabellera muy negra, que cubría su frente, y los ojos verdes.

IV

EL TÍO CALENDARIO

Varias veces había encontrado Maluenda en el campo carlista a un librero de viejo, vendedor de calendarios, a quien llamaban el Rojo, Elías, el señor Elías y el tío Calendario.

Este tipo era un hombre activo, charlatán, que siempre aparecía con una mujer joven; hombre muy listo y muy ladino, Maluenda habló con él y le contó que había sido dependiente de librería. El tío Calendario le encargó algunas cosas y le hizo algunas confidencias. Maluenda se confió a él y el tío Calendario le dió buenos consejos.

Poco después de su conversación con Bertache, Maluenda se encontró de nuevo con Elías, el tío Calendario, una noche en el café de Sato-

rra. El tío Calendario, como era en él habitual, estaba en compañía de una mujer.

El librero convidó a Maluenda y Maluenda convidó a su vez al tío Calendario y a su pareja.

El señor Elías era hombre ya viejo, grande y pesado, que debía haber sido rubio; bizco y con la boca torcida y burlona.

El librero tenía el físico de un bárbaro, de un beocio; la cara redonda y rojiza, el pelo rojo, los labios abultados, una boca brutal, los ojos verdosos, las cejas como cerdas amarillas, el vientre abultado y las piernas como dos columnas. Todo hacía pensar que en él no había más que instintos materiales y brutales; sin embargo, el tío Calendario tenía un romanticismo puesto en las mujeres y en los libros; en las mujeres, que le engañaban invariablemente, y en los libros que vendía.

Los franceses, que suelen ser bastante afectados y amanerados, hablan con fruición de sus reyes galantes y enamoradizos, como si esto fuese un mérito y como si la mayoría de los hombres prefiriesen vivir solos y sin amores fáciles, a vivir acompañados y entre placeres, y como si estos amores y placeres procediesen únicamente de la voluntad y del temperamento, más que del dinero, de la posición y de los medios económi-

cos. No debe ser muy difícil ser conquistador desde el trono. Sancho Panza, desde su gobierno, tendría muchos éxitos. Don Quijote, en su casa, ninguno.

El tío Calendario tenía mérito en sus conquistas, si esto es un mérito; las hacía, viejo, feo, y con poco dinero, a fuerza de arte o de ciencia.

El señor Elías vestía mal, de una manera petulante; pero con su aire de trapero harapiento y su ojo desmantelado, era un conquistador.

El librero se manifestaba misterioso o, por lo menos, le gustaba aparentarlo.

—A mí me interesan únicamente dos cosas —decía como quien expone un dogma—: los libros y las mujeres.

El tío Calendario, a pesar de su carácter mujeriego y enamoradizo, no se acicalaba ni pretendía embellecerse; vestía como un espantapájaros; quizá sabía que todas sus conquistas, de una manera casi automática, le tenían que abandonar. Este conquistador de más de cincuenta años era indudablemente insinuante y convincente.

El tío Calendario tenía un aire cínico, atrevido, desvergonzado y audaz muy desagradable. Su especialidad era engañar a las mujeres, sa-

carlas de su casa, para que luego ellas le engañaran a él marchándose con cualquiera.

No se sabía si la caza del libro le había dado argucias para la caza de la mujer o al contrario. Este viejo Don Juan era verdugo y víctima del otro sexo.

El señor Elías solía vender entre los soldados calendarios, naipes, libros verdes y algunos opúsculos de magia, de quiromancia y de cartomancia, que, naturalmente, vendía más caro. Llevaba los Lunarios de Gerónimo Cortés, de Valencia; libros de exorcismos, como el Clypeus, impreso por Jacobi Mesnier, en Orihuela; el del padre Benito Remigio Noydens, y el Libro de conjuros sacados de los que escribió el doctor don Pedro Ximénez, beneficiado en las iglesias de Navarrete y Fuenmayor, e impreso en Burgos, en 1757. También tenía la Reprobación de las supersticiones y hechicerías del maestro Ciruelo.

El librero solía llevar en la maleta tratados misteriosos: El Enchiridion Leonis Papae, lleno de fórmulas místicas en latín y en francés; los Secretos maravillosos del Pequeño Alberto, El Dragón Rojo y el Verdadero Dragón Rojo, El Tesoro del viejo de las Pirámides con la Verdadera Ciencia de los Talismanes, La Lechuza

Negra, La Gallina Negra, los Secretos de la Reina Cleopatra, los Secretos de Artephius, y algunos más, que vendía caros.

El tío Calendario sabía bastante para conocer el valor de los libros viejos, y si encontraba algún incunable de Zaragoza o de Pamplona, o alguno impreso en Estella, en el siglo XVI, como el Manuale Pampilonense, lo compraba por tres o cuatro duros.

En los pueblos encontraba ejecutorias, árboles genealógicos, mapas viejos, pergaminos, nobiliarios, que adquiría por poco dinero y que algunos valían de verdad. Esta caza le interesaba mucho. A veces compraba una biblioteca entera por llevarse un incunable raro que sabía que había de vender bien.

Eso de comprar una liebre por el precio de un gato, como él decía, le encantaba.

Lo que llamaba la atención en aquel hombre era su expresión; en la que se advertía una mezcla de inteligencia, de sorna, de cinismo y de benevolencia.

El señor Elías tenía el hábito de meter su mano con los dedos extendidos como un peine y levantar sus cabellos, largos y alborotados, y subirlos en alto.

Constantemente tenía algo en la mano, lo pri-

mero que encontraba, y jugaba con ello; si era una moneda, una sortija o un tapón de botella, lo hacía bailar; si era un cuchillo o un tenedor, se entretenía en hacer con él equilibrios difíciles y complicados. Mientras hablaba parecía distraído mirando lo que tenía entre las manos. Cuando se excitaba, comenzaba su maniobra de enderezarse los pelos con la mano.

Era un tipo curioso el señor Elías. Gordo, bizco, cínico, burlón, conquistador y perseguidor de mujeres. Las encontraba, las conquistaba y se le escapaban. Hombre que hacía todo con facilidad; visitaba a un general o entraba en un convento o hablaba a un obispo y le proponía comprarle un cáliz; todo con una gran seguridad y precisión.

El tío Calendario le decía a Maluenda:

—Desde hace años voy marchando por un camino que se bifurca. A un lado veo un poste con un letrero que pone: Al robo; al otro, veo otra indicación: A la inmoralidad. Entonces, asustado, voy a volverme y veo un tercer letrero, que dice: A la m...

Había otro vicio que le dominaba por completo al tío Calendario: era el de la conversación. No podía guardar un secreto, necesitaba hablar. Muchas veces aseguraba: Esto no lo puedo de-

cir. Es un secreto. Sería un canalla si lo dijera. Y, después de afirmar una cosa así, contaba lo que sabía y hacía toda clase de comentarios, sin dejar uno. Se podía pensar que las mayores amenazas no le hubieran quitado este vicio de ser charlatán e indiscreto.

El tío Calendario mentía con un desparpajo terrible, pero no se avergonzaba de sus mentiras.

—Miente uno —decía—. ¿ Por qué no ? Todo el mundo miente ahora y yo como todo el mundo.

Maluenda le replicó :

—Sí, lo comprendo ; todo el mundo miente por interés ; pero yo empiezo a notar que usted miente por gusto.

—Eso es el arte.

La muchacha que aquella noche acompañaba al señor Elías era una chica muy graciosa que se timaba con todos los hombres que había en el café y que sonreía maliciosamente a Maluenda.

En un momento en que el tío Calendario se levantó y se asomó por curiosidad a la sala del crimen, Maluenda le preguntó a la chica :

—¿ Cómo es la gracia de usted ?

—Mi gracia. ¡ Ja ! ¡ Ja ! Me llamo Demetria.

—¿ Es usted vascongada ?

—Sí, soy de Lequeitio.

—Le llamarán la Demetri.

—Claro. ¿Usted no es vascongado?

—Yo, no. Soy burgalés.

La Demetri tenía los ojos brillantes, los pómulos acusados, y al reír, las comisuras de los labios se extendían hacia arriba, dándole un aire extraño y burlón de algunas antiguas figuras asiáticas.

La boca, contraída hacia arriba en las comisuras, parecía dispuesta fácilmente a la burla. Al reír, mostraba los caninos salientes. Todo esto le daba un aire de una bonita alimaña.

Maluenda la estuvo contemplando a su gusto, cosa que a la chica la hacía reír con una expresión de picardía y de malicia.

La Demetri era morena, con la cara cuadrada, los pómulos salientes, los ojos negros brillantes y un tanto torcidos, que le daban un aire un poco mongólico o sumeriano, que algunos han encontrado entre los vascos.

Al retornar el señor Elías a la mesa, la Demetri dijo que quería acostarse, y el tío Calendario, dándole una palmada en el hombro a Maluenda, le indicó:

—Vuelvo en seguida.

Efectivamente, volvió al poco rato y preguntó a su amigo:

—¿Qué le ha parecido a usted mi chica?

—Muy guapa. ¿Adónde la ha llevado usted?

—Aquí mismo, a la posada de Gorrischco.

—¡Ah! ¿Vive usted ahí?

—Sí; mi patrona, la cerora, la Joshepa Inashi, no me ha querido tomar; ha dicho que ésta no es mi mujer, ni mi pariente, y no me ha aceptado. —Pero, Joshepa Inashi, si es mi sobrina, le decía yo. —Sí, siempre está usted cambiando de sobrinas, me replicaba ella. —Joshepa Inashi, es usted muy escamona, le he dicho yo, y eso no está bien en una persona religiosa como usted. En fin, que me he tenido que trasladar a la posada de Gorrischco, y en casa de la cerora tengo mis libros y mi cuarto. Si quiere usted, se lo cedo por la mitad de precio; a mí me cuesta cuatro duros al mes, se lo doy en dos.

—Aceptado. Veremos si me recibe bien la cerora.

—Sí; a un soltero, sí. Mañana iremos a hablarle.

Bebieron de nuevo, y al día siguiente el señor Elías y Maluenda fueron a ver el cuarto.

La cerora, que cuidaba de la iglesia, era hija del sacristán. Vivía en una casa pequeña, que

perteneCía a la parroquia, entre la calle Oquerra y el callejón de la Iglesia. La casa era de piedra negra, con dos ventanas a la calle Oquerra y dos al callejón. Era obscura y tenía al lado un cobertizo con una cuadra.

La cerora apareció en su puerta. Ofrecía un aire de agudeza de rata, una mezcla de inocencia y de malicia, los ojos inocentes, los labios finos; estaba vestida de negro.

Escuchó la proposición del tío Calendario y la aceptó. Sin duda, Maluenda le pareció buen muchacho. Respecto a tener mujeres en su casa, fueran o no sobrinas, era irreductible.

—¡Pero, Joshepa Inashi! —decía el señor Elías, desgranando las palabras y extendiendo los brazos—. No sea usted maliciosa.

—Sí, sí, maliciosa —repitió ella—; como si no conociéramos a los hombres.

Al día siguiente, Maluenda se trasladó a la casa de la cerora.

Mientras la Demetri y el tío Calendario estuvieron en el pueblo, una porción de oficiales y de gente moza anduvo rondando la posada de Gorrischco.

La Demetri era caprichosa, burlona; se divertía en engañar al viejo en sus barbas, guiñando los ojos al que tuviera delante, riéndose del

librero, poniendo el pie a propósito cerca de los pies de algún galán. El tío Calendario aceptaba todo, quizá porque era su destino.

La Demetri engañaba al viejo por capricho, por gusto de amargarle la vida. Se reía al preparar sus citas como una mujer de un cuento de Bocaccio.

Maluenda fué uno de los favorecidos por la Demetri, y una tarde en que el señor Elías había ido a un pueblo próximo, entró en la posada de Gorrischco por un portal de una calle paralela, por donde, sin duda, pasaban a la casa los conquistadores.

V

EL CRIMEN: LAS FIGURAS

Maluenda, que no se había olvidado del encargo de Bertache, delegó la comisión en el tío Calendario, quien averiguó fácilmente qué clase de gente era la cocinera de la casa de Gorrischco y su hermana.

El tío Calendario se enteró en seguida. La Tiburcia era una mujer de historia.

El café de Satorra tenía, como se ha dicho, contigua a él una posada, la antigua posada de Gorrischco, y una taberna adyacente, negra y ahumada. La taberna, con las barricas puestas al lado de la pared, unos bancos y un mostrador, era muy profunda. Los días de labor no solía haber mucha gente en ella y en los días de mercado iba a servir una muchacha joven del pueblo. En la posada de Go-

rrischco había constantemente dos criadas, una de ellas la Tiburcia; la otra, una vieja, arrugada y esquelética.

Los huéspedes, en su mayoría eran oficiales y sargentos carlistas.

Esta posada no tenía buena fama en el pueblo. Se aseguraba que era una casa de citas. Algunas mujeres, que se decían hermanas y parientes de los oficiales, entraban de tapadillo en la casa, al obscurecer, a pasar la noche.

Se decía también que la casa tenía una comunicación por un portal de una calle próxima, y que por allí pasaban los galanes que tenían tratos con las damas que vivían en la posada.

La Tiburcia se entendía con estas damas y galanes porque sabía castellano y la vieja no lo sabía; algunas de ellas manifestaban a la criada de la posada su afecto o su miedo haciéndole regalos.

Esta Tiburcia tenía mucho remango y se mostraba simpática y afectuosa con algunos, aunque a otros les odiaba cordialmente. Se decía que era viuda, otros aseguraban que había tenido un hijo siendo soltera. La inseguridad de la guerra hacía que no se diera a estas cosas tanta importancia como en tiempo de paz.

La Tiburcia era una mujer de cuerpo entero,

y se comprendía su ascendiente entre los hombres. Tenía un aspecto decidido y osado. Era más bien baja que alta, gruesa, morena, de mal color, caderas abultadas y la nariz respingona. Sus ojos, brillantes, de lejos parecían negros; pero, mirándolos de cerca, se veía que eran verdes. La Tiburcia, de cuando en cuando, entornaba los ojos con una expresión erótica y extraña. Tenía un aire salvaje, de mujer de selva, un poderoso atractivo sexual y un movimiento lánguido y lascivo. Con frecuencia, cuando hablaba con un hombre guapo, se ruborizaba.

Así como en el café triunfaba con sus coqueterías estudiadas y ñoñas María la Cañí, en la posada mandaba la Tiburcia, con sus desgarros y sus caderas poderosas de yegua.

Los campesinos de los contornos no tenían gran afición a mezclarse con la gente armada, y casi siempre preferían, mejor que ir al café de Satorra, sentarse en la taberna o en la gran cocina de la posada de Gorrischco.

MALUENDA SIGUE LA PISTA

El cuarto que le había cedido a Maluenda el tío Calendario en la casa de la cerora estaba

en una calle estrecha y torcida que desembocaba en la plaza, cerca de la iglesia; una callejuela con casuchas llenas de rejas y ventanucos. En esta misma casa estaban alojados los dos hermanos del caserío Iturmendi.

Maluenda celebró la suerte que había tenido, pues no habiéndose ocupado para nada del asunto encargado por Bertache, parecía que se había ocupado con diligencia y con habilidad, puesto que estaba enterado de la vida de las dos hermanas y vivía pared por medio de los Iturmendis, a quienes tenía que vigilar.

Maluenda fué averiguando la vida de éstos. Por lo que le dijeron, Ignacio, el mayor, había estudiado varios años para cura, y entrado en la facción para defender sus intereses. Era muy religioso; estaba siempre en la iglesia, se confesaba y comulgaba a cada paso, lo que no le impedía ser un hombre atravesado.

Se decía que el mayor de Iturmendi, solapado e hipócrita, hacía muy buenos negocios con su padre, y que había dominado durante mucho tiempo a las dos mujeres del caserío próximo al suyo, a la madre y a la hermana de la Tiburcia, y que las tenía como cebo para sus amigos.

Los dos hermanos de Iturmendi tenían una herencia patológica. El padre era un intrigante,

un cacique del campo que se había mezclado en asuntos feos, entre ellos el de un incendio, al parecer misterioso; un tío había estado procesado por robo, la madre tenía varios parientes locos.

Los dos hermanos del caserío Iturmendi eran vulgares, morenos, juanetudos, tipos muy poco característicos del país. El mayor tenía aire de zorro: era pequeño, la frente deprimida con una marcada expresión de terquedad, el pelo negro ya con canas, los labios delgados, la barba rala, y la mirada baja. Este se llamaba Ignacio. El otro, Juan Martín, tenía una expresión de astucia muy desagradable, una sonrisa de terquedad y cazurrería y un aire puramente animal.

Las dos mujeres del caserío próximo, muy bravas, habían padecido la tiranía del pariente, pero se habían emancipado de la tutela de Ignacio, y por entonces pretendían vivir sin cuidarse para nada de él. El hermano menor del caserío de Iturmendi estaba dominado por el mayor y no hacía más que obedecerle.

Maluenda se enteró que el caserío de la Tiburcia había sido durante algún tiempo un verdadero lupanar, y que militares carlistas, y hasta clérigos, habían ido a aquella casa del monte dedicada al culto de Venus. Como era un sitio

lejano y apartado, no transcendió su fama al pueblo.

LA DAMA BLANCA DE OYAMBELTZ

La Veremunda y su madre vivían en un caserío lejano, apartado, en la ladera de un monte. Esta ladera se llamaba Oyambeltz (el Bosque Negro) y el caserío tenía el mismo nombre. Estaba en lo más hondo, en lo más recóndito del país vasco. El monte en que radicaba el caserío era un monte puntiagudo, casi todo él cubierto de robledades y de hayedos; en lo alto ostentaba una serie de peñas cortadas a pico, blancas, grisáceas, manchadas por matorrales y carrascas.

En la cumbre, por lo que se decía, había una cueva, y en esta cueva aparecía una Dama Blanca. La Dama Blanca de Oyambeltz tenía distintos nombres; algunos la llamaban Zuria (la Blanca), Sugarra (la Llama), Gaiztoa (la Mala), Gona Gorri (Falda Roja), y otros, sencillamente, María o Dama Mari.

Unos afirmaban que era soltera; otros decían que estaba casada y que tenía una hija que no

se dejaba ver más que en las mañanas de San Juan.

Unos se figuraban a la Dama Blanca muy guapa, muy rubia, peinándose los cabellos de oro con un peine de cristal; otros la consideraban roja, feroz, malhumorada, hilando delante de la caverna y cardando el lino con los cuernos de una cabeza de carnero.

Algunos se inclinaban a pensar que esta Dama Blanca sería una aparición *(arima errátia)*; otros, alguna bruja, a quien se conseguiría espantar mostrando la mano derecha con el pulgar metido entre el índice y el dedo del medio, y diciendo: *Sorguiña, pues, pues.*

Esta Dama Blanca daba grandes sustos a los pastores, que la vieron muchas veces en distintos sitios: tan pronto por el aire, brillando como un rayo, como sobre una nube, en el fulgor de la tempestad, o en medio de una torrentera, imóvil, agazapada y en forma de esqueleto, envuelta en un capuchón.

Tanta importancia tenía la Dama Blanca, que se decía que hasta hacía poco tiempo el cura de una aldea del valle subía a la montaña para conjurarla. Si el conjuro cogía a la Dama en su caverna, la región estaba libre del granizo por siete años; los vientos y las nubes de la tempestad

quedaban sujetos dentro. Por este motivo, los pastores y los labradores tenían antiguamente la costumbre de hacer una procesión a la cueva, cuando la Dama Blanca, enfurecida contra las aldeas, desencadenaba las tempestades y arrasaba los campos y las cosechas.

Las cosas que se contaban de la Dama Blanca de Oyambeltz hacían que los habitantes del valle y de la parte baja del monte no se arriesgaran a subir a la cumbre, por la que no andaban más que los pastores.

Todavía en los caseríos de la hondonada, cuando el gallo cantaba a primera hora de la noche, se echaba un puñado de sal en el fuego, de miedo a los espíritus congregados por la Dama Blanca, y a los niños de las casas de los alrededores se les ponía una *Cuthuna,* un paquetito de tela con una hoja escrita del Evangelio dentro, o una rama bendita de laurel.

LAS DOS HERMANAS

La Veremunda y la Tiburcia eran hermanastras; Maluenda averiguó que el odio de la Tiburcia por su madre y por su hermanastra procedía, principalmente, de los celos.

La Veremunda era alta, rubia, fuerte y bien plantada; en cambio, la Tiburcia era rechoncha, un poco chata y de ojos pequeños y brillantes. La Veremunda tomaba y dejaba a sus amantes según su capricho, pero no se prostituía. Al parecer, algún hombre le había hecho proposiciones indecorosas y ella le había echado a puñetazos y a puntapiés del caserío.

La Veremunda era buena, generosa, sin malicia, un poco diosa; muy ignorante, pues no sabía leer ni escribir. No tenía suspicacia, no comprendía los prejuicios sociales. Era valiente y hospitalaria y había cuidado heridos de la guerra.

De su valor se decía que en invierno unos cazadores habían ido a cazar jabalíes en las proximidades de Oyambeltz. Estaban ojeando uno que pasó cerca del caserío. La Veremunda, al verlo, cargó una escopeta, salió al campo, le pegó un tiro al animal, lo mató y lo remató de una cuchillada.

Varias veces parece que había dicho alguien:

—¿Cómo viven solas esas dos mujeres? Cualquiera les podría dar un susto.

Y otro le había contestado:

—¡Bah! No hay miedo. Lo que es a esas, ni un hombre solo, ni dos, les dan miedo.

La Veremunda era también una Dama Blanca, guapa y fuerte.

La Tiburcia era otra cosa, era la energía ya perturbada; fuerte, sensual, caprichosa, sádica, cruel, llena de rencores y al mismo tiempo de atrevimiento y de gracia, un alma tempestuosa. No dejaba de tener atractivo. Para Maluenda lo tenía, más que por su prestancia, por su expresión y su energía.

ODIOS DE FAMILIA

Maluenda conoció a la Veremunda y habló con ella. Era una mujer guapa, blanca, esbelta, con los ojos obscuros y el cabello rubio castaño.

Las dos hermanastras se sentían rivales, al parecer desde la más tierna infancia. La Tiburcia, la mayor, apasionada y vengativa, había odiado a su hermana menor desde niña; sobre todo, al comprobar los éxitos de la pequeña entre los mozos.

La madre y la hija del caserío de Oyambeltz

habían tenido amantes. Uno de ellos produjo la rivalidad exasperada de las dos hermanas. La Tiburcia quiso envenenar a la Veremunda y a su madre, espolvoreando un plato de manzanas asadas con polvos para matar ratones.

Los dos hermanos de Iturmendi, del caserío próximo a Oyambeltz, habían sido, según decían, amantes de las dos mujeres.

De la Tiburcia se aseguraba que tuvo un hijo y lo llevó a la inclusa. Ella, para contrarrestar estos rumores, echó a volar la noticia de que la Veremunda, no sólo tuvo hijos, sino que los mató y los enterró en el campo.

Lo cierto era que la Veremunda y su madre vivían en un caserío del monte, apartado del mundo y de sus vanidades, con una libertad sexual completa, como podrían vivir en tiempo del matriarcado.

VI

EL CRIMEN: PREPARATIVOS

Maluenda, engolosinado con el dinero de Bertache, que le permitió por unos días darse buena vida, beber y engalanarse y convidar a la Demetri, se dispuso a cumplir su misión de espía con la mayor perfección posible, siempre que no le diera mucho trabajo. Esta profesión de espía se parece indudablemente a la del cazador. Quizá es todavía más divertida, porque no hay ninguna caza tan grande como la caza del hombre, cuando éste tiene todas las agallas que puede tener. Entonces no hay fiera que esté a su altura, y el león, el elefante o el cocodrilo, parecen niños de teta a su lado.

En el cuarto de la cerora que le había prestado el tío Calendario, Maluenda vivía pared por

medio de los dos hermanos de Iturmendi. El tabique que les separaba era delgado. Varias veces les oyó a los dos hablar en vascuence. Él no les entendía, pero comprendía que tramaban algo.

El cuarto del tío Calendario era un cuarto bastante bueno; había sido primitivamente de un escribano; tenía dos ventanas, una a la calle Oquerra y otra a un callejón próximo a la plaza. Este cuarto estaba lleno de libros viejos y húmedos: tratados de religión y de derecho, dejados por el escribano. Había, además, los depósitos del tío Calendario. Maluenda había visto algunos de aquellos libros y sabía que eran solicitados, pero no le producían bastante curiosidad para leerlos.

Sin embargo, hojeó alguno. Uno de los que leyó en parte fué el Diccionario geográfico histórico de España, hecho por la Academia, y que comprende Navarra y las Vascongadas, publicado en Madrid, en 1802. Allí miró Maluenda lo que se refería al valle donde estaban la casa de los Iturmendis y Oyambeltz, y encontró algunos datos que le parecieron importantes.

Algún tiempo después del encargo que le dió Bertache, un domingo de Carnaval, estaba Maluenda, al amanecer, despierto en la cama. Había notado que los vecinos, los de Iturmendi, andaban por el cuarto; no quería perderles de vista en sus movimientos. Pronto a uno se le oyó bajar la escalera.

Maluenda se levantó y se asomó a la ventana que daba a la calle Oquerra, y vió que uno de los Iturmendi salió de la casa. Parecía el mayor. Deslizándose arrimado a la pared, entró en la iglesia. Maluenda se vistió rápidamente. Poco después salió el hermano menor.

Maluenda sacó la cabeza por la ventana que daba al callejón próximo a la plaza y vió al Iturmendi menor entrar en una tienda que estaban abriendo en aquel momento y salir con un paquete amarillo en la mano. Después se metió en la iglesia.

—¿Qué demonio habrá comprado este hombre? —se dijo Maluenda.

Instigado por la curiosidad, se acabó de ves-

tir, se puso las botas y una boina vieja, se metió la pistola en el bolsillo, se echó encima un capote y salió a la calle.

La mañana era lluviosa y triste. La pared de la iglesia, negruzca, chorreaba agua. Algunas viejas, de negro, marchaban a la primera misa; sonaba la campana de la torre de una manera aplastante en el aire brumoso de la mañana. Maluenda llegó a la plaza y entró en la misma tienda donde había estado el menor de Iturmendi, una tienda pequeña, uno de esos bazares de pueblo en que se vende todo lo imaginable.

Maluenda, hombre de recursos, dijo a la muchacha del mostrador:

—A ver, deme usted a mí también una de esas cosas que ha dado a Iturmendi.

—¿Quién es Iturmendi? ¿Éste que ha salido ahora? —preguntó la muchacha de la tienda, hablando con dificultad el castellano.

—Sí.

—Entonces, ¿quiere usted una careta?

—Sí; a ver cómo son.

La mujer de la tienda mostró tres o cuatro caretas de cartón; todas del mismo tipo: feas y bastas.

—No —dijo Maluenda—; yo hubiera que-

rido algo distinto, algo más caprichoso. Esto, la verdad, vale poco.

—Pues es lo único que tenemos.

—De todas maneras, démela usted —dijo Maluenda cambiando de opinión—, y deme también un poco de pan y de queso o un pedazo de chocolate.

—Lo que usted quiera.

—Pues las tres cosas: pan, queso y chocolate. Hágame usted un paquete.

—Ahí va.

Maluenda cogió la careta y el paquete, los pagó y salió del almacén.

Le había asaltado la idea de que la careta y la comida podían serle necesarios.

Los dos hermanos seguían en la iglesia. Sin duda, estaban oyendo misa. Maluenda entró en la iglesia y esperó. Al terminar la misa, vió que los dos hermanos tomaban por una puerta lateral que daba a una calle que salía al campo, y que iban entre un grupo de muchachos que alborotaban como las máscaras.

Maluenda no veía a los Iturmendi de frente; pero pensó que iban medio disfrazados: el uno con una capa corta, el otro con un capisayo de pastor; Maluenda supuso que llevaban puestas las caretas.

El uno enarbolaba un palo y el otro llevaba una escoba al hombro, y los dos iban cantando, alborotando. No comprendió Maluenda el por qué del disfraz y de la actitud. Al pensar que los dos hombres tenían que pasar por uno de los portales del pueblo, Maluenda se explicó la utilidad de la careta.

Él se la puso también y se ató el pañuelo en la cabeza, como un gorro; luego, avanzando, se metió en el mismo grupo de muchachos vestidos de máscara y con caretas, entre los que iban los de Iturmendi; entraron todos en un callejón estrecho y pasaron por la puerta de la muralla sin que el centinela les impidiera el paso.

En el pueblo no se podía salir ni entrar fácilmente. Los carlistas tenían guardia en los portales de la muralla; pero por las mañanas dejaban ir y venir a los habitantes de los caseríos próximos para que pudiesen asistir a la misa los domingos y días de fiesta. Aquél era domingo de Carnaval, y había aún, sin duda, más facilidades para pasar que de ordinario.

Los dos hermanos Iturmendi, después de salir del pueblo, siguieron el camino con la careta puesta, hasta llegar a una casa abandonada y quemada, donde se detuvieron. Seguramente estaban convencidos de que nadie les había visto.

Maluenda esperó algún tiempo y poco después vió salir a los dos hermanos. Entró él, miró en el suelo de la casucha por si habían dejado algo. No quedaban más que las cenizas del fuego encendido por algún vagabundo que se había refugiado allí de noche. Salió en seguida y siguió de nuevo de lejos a los dos hermanos.

Cruzaron una aldea pequeña y pasaron adelante.

SANTUCHO

Estaba lloviznando; el camino, mal cuidado, aparecía lleno de charcos. En esto Maluenda se encontró con una mujer cuya figura le sobrecogió. Era una mujer vieja, melancólica, huraña, haraposa, de pelo blanco, sin medias ni zapatos, que iba con una guadaña al hombro, seguida de un perro. Parecía la estampa de la muerte. Maluenda la contempló con un terror supersticioso; la siguió con la mirada, asustado, hasta que desapareció en un ribazo.

Al comenzar la tarde, comenzó a llover a chaparrón. El viento agitaba las ramas desnudas de los árboles con furor y venían las ráfagas de lluvia como descargas cerradas.

Los montes próximos, en medio de la niebla, se destacaban como masas grises verdosas, coronadas por bosques; los lejanos marcaban un contorno azul en el color ceniciento del ambiente.

A la hora de salir de la aldea, Maluenda se topó con una casa que se advertía vagamente entre la bruma. En esta casa se bifurcaba el camino. Era una casa pequeña, blanca, que tenía en la pared un santo en una hornacina, defendido por una reja tosca de láminas de hierro, cruzadas y pintadas de blanco. A estas casas suelen llamar en el país Santuchos.

Los dos hermanos de Iturmendi no pararon en ella, y tomaron un camino bordeado por hayas, robles y castaños. Maluenda siguió a los dos hombres desde lejos, ocultándose en las malezas y en los ribazos de las hondonadas. Seguía lloviendo.

LAPUR-VENTA
(la venta de los ladrones)

El tiempo iba empeorando; la niebla aumentaba. Los dos hombres llevaban un paso rápido. Maluenda ya no les veía y tenía que fijarse en

las huellas que iban dejando en el barro para poder seguirles.

Cruzaron un arroyo por encima de un puente; a la media hora de pasar por el Santucho, apareció un casa bastante grande, blanca, con una puerta en arco. Era ésta una casa de mala fama, tradicional en el país; se la llamaba Lapur-Venta, en vascuence la venta de los ladrones. Se decía que allí, durante mucho tiempo, había vivido una partida de ladrones. Se aseguraba, y era cierto, que cerca se abría un foso muy grande, donde se echaba a los que se robaba y se mataba, y que durante la guerra de la Independencia había habido infelices degollados y arrojados al pozo.

Como Maluenda no sabía si los Iturmendi habían seguido adelante o habian quedado allí, se acercó a la casa con cautela y miró por una ventana iluminada. Se veía una cocina y, a la luz de las llamas, una mujer, varios chicos, un hombre y un viejo de pelo cano y cara afilada. El viejo era el campesino de la pipa que dormía en casa de Gorrischco mientras Bertache escuchaba la conversación de la Tiburcia con la Veremunda y los Iturmendi. Maluenda lo conocía de verle en Arbea.

El joven era un tipo robusto, fornido, con

una mirada brillante y una cara brutal y monstruosa.

Maluenda, que vió que no estaban allí los Iturmendi, siguió el camino.

Desde Lapur-Venta partía una antigua calzada de piedras.

Esta calzada se hallaba medio deshecha, llena de agujeros. Al comenzar la tarde, la niebla se iba haciendo más espesa, se extendía por los valles y cubría los montes. Maluenda iba hundiendo los pies en los charcos. Seguía la huella de los Iturmendis en el camino. De pronto perdió la pista de los dos hombres. Se acabó la calzada y comenzó una cuesta arcillosa, para andar en la cual había que hacer prodigios de equilibrio.

El burgalés se resbaló varias veces y estuvo a punto de caerse; una de las veces, para no caer, se agarró con fuerza a una rama de espino y ésta se le clavó en la mano y le hizo una herida que comenzó a echar sangre.

Maluenda maldijo del país, del tiempo, y de esta inhumanidad e inclemencia de la primavera, que, bajo su nombre sonriente, es más dura y más abrumadora a veces que el mismo invierno.

VII

EL CRIMEN. EL LUGAR

Por instinto, Maluenda comprendió que si algo podía ocurrir, ocurriría en el caserío de la Tiburcia y de su hermana, y se dirigió hacia allá.

Le habían dicho el día anterior que el caserío de la Tiburcia estaba al final de la calzada de piedras que comenzaba en Lapur-Venta y seguía hasta Oyambeltz, en la parte alta del monte. Llegó sin pérdida alguna.

Durante un momento se le ocurrió la idea de acercarse y pedir hospedaje en el caserío; pero Bertache le había recomendado el que observase y no se mezclase en nada.

Sin embargo, pensó que si veía a la Veremunda en las proximidades de Oyambeltz, la hablaría y le contaría los conciliábulos miste-

riosos de la Tiburcia con los de Iturmendi, y la salida de éstos de la aldea con fines poco tranquilizadores.

Tanto como la idea de hacer un favor, le seducía el pensamiento de que quizá la Veremunda se manifestara hospitalaria con él.

La casualidad hizo que no viera a nadie en el caserío; sin duda, madre e hija no estaban, o quizá se hallaban metidas en casa y acostadas.

OYAMBELTZ

Al llegar Maluenda a Oyambeltz, cesó de llover y comenzó a despejarse la tarde. Las nieblas se iban replegando y subiendo en el aire, pegadas a los picachos.

Hacia levante, el cielo se llenaba de nubes rojas. Maluenda recordó que entre los vascos de su compañía se repetía este refrán:

Arratz gorri de Castilla
(anochecer rojo de Castilla)
Calentar te ha la costilla.

Y pensó que al día siguiente mejoraría el tiempo.

El lugar en donde estaba enclavado el caserío de Oyambeltz era salvaje y solitario como pocos; enfrente se levantaba el monte con las laderas cubiertas de árboles, y en lo alto una serie de peñas encrespadas de caliza amarillenta y gris.

A un lado y a otro, en las estribaciones del monte, se abrían barrancos y gargantas profundos, poblados por hayedos, robledales y carrascas y matorrales de aliagas y brezos. Cerca de Oyambeltz, por una torrentera, saltaba el agua con estruendo y seguía después por un regato.

El caserío parecía pobre; los campos, malos y de aire poco fértil. El sitio era siniestro y sombrío. El caserío parecía dormir en la soledad, como un animal refugiado en su cubil o como un mendigo, sórdido y miserable.

Al borde de un maizal se levantaban unos manzanos grandes, altos, viejos, con muchas ramas llenas de muérdago, entre zarzales y ortigas; algunos se hallaban derribados y desgajados por un ventarrón que había reinado días antes.

Cerca se abría una gran hondonada, profunda, llena de hayas todavía sin hojas.

Oyambeltz estaba al borde de un tajo y tenía una pared a este lado, sostenida por dos contra-

fuertes. Este tajo limitaba un abismo cortado a pico sobre el barranco, lleno de maleza y de hierbas parásitas. Una hiedra espesa y verde subía por el muro de piedra y trepaba por la casa; pero, sin duda cortada, había quedado seca y tenía un color pardo que cubría, como una mancha de sangre antigua, la pared del caserío. La casa tenía los muros de piedra gris, azulada, y estaba sin revocar; las ventanas, pequeñas, con maderas negras, sin pintura.

Delante de la fachada había un raso o plazoleta, con una fuente, a la que se oía murmurar; dos grandes montones de helecho seco, la carreta con la lanza en alto y varios aperos de labranza.

Cerca del caserío había un horno, en un altozano, un colmenar, hecho con varios trozos de árboles secos y de cortezas, y un montón de hierba seca.

En la media puerta de la cancela se veía una cruz pequeña de madera, clavada, y en la pared otra cruz roja, pintada con minio. A unos treinta o cuarenta metros del caserío, fuera del raso o plazoleta, había una tenada para las ovejas, con una puerta y unas saeteras.

No se advertía luz en las ventanas del caserío. Sin embargo, alguien debía estar, porque salía

de la chimenea, medio derruída, una ligera columna de humo.

Maluenda se acogió a la borda y esperó allí lo que pudiera ocurrir.

SOLEDAD

El caserío le había producido una sensación de tristeza y de horror.

¿Cómo se atrevían aquellas mujeres a vivir en esta soledad, en tanto desamparo, sin defensa alguna? No lo comprendía. En tiempo de paz, el lugar tenía que ser siniestro; en tiempo de guerra, siniestro y peligroso. El sitio sólo era para llevar el pánico al corazón más esforzado. El abismo, lleno de hierbas parásitas, donde quizá se habían cometido los infanticidios, horrorizaba.

Maluenda echó una última mirada al caserío. Aquellas ventanas como pupilas apagadas, la cruz, el ruido del viento y el de la fuente; todo le hizo estremecerse de terror. Aquel lugar, solitario y triste al anochecer, imponía. Maluenda lo contemplaba con inquietud, y si no hubiese estado cansado del viaje y hubiera podido volverse, lo hubiera hecho rápidamente.

VIII

EL CRIMEN: DE NOCHE

Comenzó de nuevo a llover; la vuelta al pueblo le daba espanto, y el burgalés se decidió a refugiarse en la borda del ganado, dispuesto a pasar allí la noche y a comer su trozo de pan, el queso y el chocolate. Comió, bebió en la fuente y se metió en la borda.

Se encontraba bastante cansado por la caminata y comenzó a prepararse una cama.

Maluenda arregló los helechos y la hierba seca en un plano inclinado, de manera que no tuvieran altos y bajos, ni bultos; hizo un montón para recostar la cabeza y se dispuso a dormir. Se quitó las botas, mojadas, y se secó los pies con la hierba. Luego pensó que estaría bien si pudiera fumar. Encender un cigarro era peligroso, pero tenía pipa. Llenó la pipa, sacó el es-

labón y el pedernal, hizo arder la yesca y se puso a fumar. Cuando acabó la pipa, echó montones de hierba sobre los pies, se tendió y, como se encontró caliente y bien, se quedó dormido.

Maluenda soñó con unas cataratas llenas de agua espumosa, y que andaba por unos arenales, entre las olas del mar.

Se despertó al oír pasos al lado de la borda. Entonces, asustado, se levantó, empuñó la pistola y miró con cuidado por el ventanillo de la borda. Era ya más de media noche. El cielo estaba limpio, sin una nube, cuajado de estrellas. La vía láctea resplandecía fosforescente y en el horizonte palpitaba Sirio con luces azuladas y rojas. La tierra parecía negra y silenciosa. No se veía apenas. De cuando en cuando se oía el mugido de los bueyes y el golpe que daban las vacas con los cuernos en el pesebre del caserío; luego, el viento y el rumor del regato.

Maluenda volvió a tenderse y se durmió. Se despertó de pronto intranquilo, prestó atención, nada. Se oyó un silbido suave. Pasó una media hora y cesó todo murmullo.

—Vamos; parece que no hay nadie —se dijo Maluenda. Pero acababa de decir esto, cuando se oyó un sonido de flauta, que tocaba un aire pastoril. Asombrado, se levantó y miró de nuevo

por el ventanillo. Se veían dos hombres que se acercaban a Oyambeltz. Uno de ellos con un farolillo en la mano. Había un cuarto de luna en el cielo que dibujaba levemente los contornos de los montes lejanos, de la silueta de la casa, de los montones de helecho y de heno, y de los árboles.

Maluenda sospechó si los dos hombres serían los dos hermanos de Iturmendi. De pronto, en medio del manzanal, vió una tercera figura. ¿Quién podría ser? Maluenda no la distinguía apenas. No era posible que los dos hombres no la viesen. Era sin duda un testigo o un colaborador.

Maluenda supuso que tenía delante a los dos Iturmendis, y creyó ver que llevaban la capa y el capisayo que habían sacado del pueblo.

Uno de los hombres tocaba la flauta.

Al acercarse a la puerta, el de la flauta tocó con más brío un aire alegre de fandango o de alborada.

Se oyó poco después de dentro una voz que preguntaba en vascuence:

—¿Quién es?

—Somos nosotros, que venimos a pasar aquí un rato.

Entonces Maluenda vió a la luz del farol que

se abría la mitad izquierda de la puerta cancela, y que una mujer, probablemente la Veremunda, se presentaba en ella. Los dos hombres se pusieron a hablar con la muchacha y a bromear. Uno de los hombres metió la mano y abrió por completo la puerta para pasar. El otro, entonces, entró en el zaguán y se acercó a la mujer como para abrazarla.

Maluenda no pudo darse cuenta de lo que ocurría con perfecta claridad. Le pareció que el hombre llevaba una careta puesta; ¿pero era verdad o ilusión? Desde la borda vió Maluenda el brillo de una hoja fina de acero como un rayo, y la mujer debió de caer al suelo, herida por la espalda, dando un grito agudo de dolor.

El matador, acercándose, asestó un segundo golpe a la mujer ya caída, mientras el otro alumbraba con el farolillo en la mano...

El corazón de Maluenda comenzó a palpitar con una fuerza inusitada; su mano temblaba, armada por la pistola. Estuvo a punto de disparar; pero, ¿ya qué remediaba? El mal estaba hecho.

Unos minutos más tarde se vió una luz en una de las ventanas e inmediatamente después los dos hombres salieron de Oyambeltz, saltando por encima de la mujer, probablemente muer-

ta, y se apostaron detrás de uno de los montones de helecho que había delante de la casa.

Maluenda pensó que los dos hombres habían matado probablemente a la hija, y que quedaba dentro del caserío alguna otra persona, que supuso sería la madre.

Diez minutos después, la otra persona, una mujer más baja, más pesada, vestida de negro, con pañuelo en la cabeza y un farol en la mano, se asomó a la puerta del caserío y quedó un momento inmóvil, sin duda horrorizada al ver el cuerpo de su hija tendido en un charco de sangre.

Maluenda le vió llevarse las manos a la cabeza con una expresión de terror; pero sin duda el instinto de conservación era mayor aún que su espanto, porque, cruzando el charco de sangre y saltando rápidamente por encima de la muerta, salió al raso de Oyambeltz y echó a correr, llevando el farol en la mano.

Al acercarse al manzanal vió, sin duda, aquella sombra misteriosa que se erguía en medio. Debió quedar vacilante un momento, aturdida, sin saber qué dirección tomar; pero, al volverse, vió la silueta de los dos hombres que la acechaban quizá, enmascarados; entonces dió un grito de espanto, se decidió a huir y marchó de prisa

por una vereda de hayedos, hasta que tropezó y cayó. Los dos hombres se abalanzaron sobre ella y entre los dos la acorralaron y la tumbaron a garrotazos y la remataron con un hachazo en la nuca.

Había quedado la mujer muerta sobre unas matas de argoma.

La silueta que aparecía en medio del manzanal desapareció.

Inmediatamente los dos hombres se acercaron al cadáver de la madre y debieron de estar contemplándolo, para cerciorarse de que había muerto; después el asesino se acercó al cuerpo de la Veremunda y arrancó el arma de la espalda y le hizo dar al cadáver media vuelta y dejarlo boca arriba; luego los dos penetraron en el caserío y Maluenda les vió internarse, llevando el farolillo que después fué iluminando con su luz las distintas ventanas de Oyambeltz.

Un momento más tarde, los dos hombres salieron y se acercaron a la fuente, donde se lavaron cuidadosamente, y, hecho esto, entraron de nuevo en el caserío y aparecieron cada uno con dos grandes fardos al hombro; saltaron uno después de otro por encima de la mujer muerta y desaparecieron en la obscuridad de la noche por la calzada.

IX

EL CRIMEN: POR LA MAÑANA

El burgalés esperó horas y horas y no apareció nadie en el caserío. Maluenda no sabía qué hacer; su primer impulso fué escapar; ¿pero, y si los dos hombres y el otro misterioso estaban en acecho? La obscuridad le atemorizaba; la luna brillaba en el cielo e iluminaba un monte puntiagudo y dejaba el campo lleno de luces y sombras. Decidió, aterrado y todo, quedarse.

La noche se le hizo eterna.

La luz del día comenzó a alumbrar el campo. Había despejado; el cielo estaba azul. Se presentaba una mañana clara, risueña. Los pájaros piaban alegremente en los árboles. A medida que la luz iba alumbrando el campo, se veía el cadáver de la Veremunda en la puerta del caserío, en medio de un charco de sangre, que re-

flejaba la claridad del cielo. El cuerpo de la madre aparecía como encogido entre unos matorrales.

El cadáver de la Veremunda tenía los ojos abiertos, ya vidriosos. Sin duda, la muerte rápida no había dejado ninguna de esas muecas horribles que se ven en los asesinados.

El burgalés se acercó.

Maluenda sintió una oleada nerviosa de terror. La muerta parecía sonreír con una sonrisa forzada, enseñando los dientes. Maluenda la miró despacio, con una curiosidad morbosa. De pronto se estremeció y se le erizaron los cabellos al oír una voz quejumbrosa. Era el balido de una oveja.

Al mirar a las dos mujeres, sentía el burgalés un temblor convulsivo. Se acercó a la puerta del caserío. Después se retiró hacia un robledal para ver si alguien venía por el camino. Estaba ya dispuesto a partir, cuando vió una mujer que se acercaba al caserío. Era la Tiburcia. Contempló a su hermanastra y a su madre, muertas, con una terrible serenidad, y después se fué a la borda, la abrió y pasó revista al ganado.

—Si llego a estar ahí, me sorprende —pensó Maluenda.

Luego salió la Tiburcia y subió al altozano

en donde se levantaba el colmenar y estuvo dando golpes con los nudillos en los troncos de árboles huecos que formaban las colmenas. Maluenda no sabía que en el país vasco había una porción de supersticiones relativas a la abejas.

Según la opinión popular, las abejas encontradas son mejor que las compradas.

El que se halle con un enjambre en el campo debe decir: Bertan María, Bertan María (aquí María), y hacer una cruz en el sitio en que lo ha encontrado. Hecho esto nadie le puede disputar la propiedad del enjambre.

Además, cuando se muere el amo de la casa, hay que avisar a las abejas golpeando la colmena y diciendo:

Erlechuac erlechuac
Eguí zute arguizaria.
Nagusia il da ta.
Bear da elizan arguia.

(Abejitas, abejitas, haced cera; el amo se ha muerto, y en la iglesia se necesita luz.)

Esta operación era sin duda la que estaba haciendo la Tiburcia.

Cuando concluyó su maniobra abandonó el caserío y se dirigió hacia el pueblo.

Maluenda le siguió por la calzada llena de piedras.

Al cabo de media hora la Tiburcia se desvió de la calzada pedregosa y tomó por un sendero el curso de un arroyo hasta un caserío. Maluenda sospechó que el caserío era Iturmendi, el de los dos hermanos. La casa debía ser espaciosa. Él la veía por la parte de atrás. En esta parte tenía como una montera que le producía un tejadillo y varias ventanas irregulares en una pared negra, que daban a la casa un aire semicaricaturesco, que parecía de lejos la cara de un hombre bizco y siniestro, con un ojo más alto que otro y la boca torcida.

El burgalés, por curiosidad, se escondió en un ribazo y siguió con la vista a la Tiburcia. Ésta rápidamente se acercó a un abrevadero. Junto a él había un hombre y una muchacha. Eran por el tipo de la misma familia de Iturmendi. Maluenda pensó que serían el padre y la hermana. Los dos reñían.

—¿Será éste el hombre que ha contemplado el crimen desde el manzanal? —se dijo Maluenda, y se estremeció con la idea de que fuera el padre de los asesinos.

La muchacha tenía unas blusas en la mano,

y lloraba. Al padre se le oía decir con voz iracunda:

—Es tu obligación. Es el mayorazgo.

El viejo, refunfuñando con aire malhumorado, entró en el caserío. La muchacha se decidió a lavar las blusas. En esto apareció la Tiburcia. La Tiburcia preguntó a la muchacha, sin duda, por los hermanos, y ella contestó, con la cara llena de lágrimas, que estaban durmiendo. Sin más, la Tiburcia se marchó.

Maluenda creyó ver que las blusas que lavaba la muchacha se hallaban manchadas de sangre.

El burgalés dió la vuelta al caserío. Por la fachada tenía éste un aspecto respetable, con su portalón en arco y una parra que subía por los balcones.

Maluenda esperó antes de seguir adelante para no infundir sospecha y por si alguien de la casa le veía y, pasada una hora, siguió por la calzada, rendido por las impresiones de la noche, escondiéndose entre las matas para que no le vieran. Como se volvía a cada paso para inspeccionar el camino, notó, antes de llegar a Lapur-Venta, que venía alguien de lejos detrás de él, y se escondió en un ribazo, esperó un momento y pasó un viejo pequeño con un aire de

zorro, de terquedad y suspicacia. Debía ser el padre de los Iturmendi. El burgalés siguió su camino, huyendo de los encuentros, y cuando quiso encontrar Lapur-Venta, no dió con ella. No sabía si estaba más adelante o si la había dejado atrás.

EL PASTORCITO

Al cabo de algún tiempo, Maluenda se perdió. Subió a un alto por si desde allá encontraba el camino y podía orientarse. No recordaba el lugar. Con la lluvia y el mal tiempo no había podido fijarse en los accidentes del paisaje. Al subir al alto veía sobre las montañas verdes un gran monte gris, una ola gigantesca de caliza blanquecina. No era el monte próximo a Arbea que él conocía. Algunas horas después vió otro monte gris, grave, ceñudo y triste; pero no pudo comprender si era el mismo o era otro.

Encontró un pastorcito y le preguntó si iba bien por allí a Arbea.

El pastor hizo con la cabeza señas negativas de que no entendía. Maluenda quiso explicarse, señalando aquí y allá, y diciendo nombres de

pueblos y direcciones; pero el muchacho estaba al parecer dispuesto a no entender, y Maluenda, desilusionado, se separó de él y tomó de nuevo el camino.

UN ERMITAÑO

Se hallaba decidido ya a no preguntar nada para no comprometerse. Al medio día vió una ermita al lado de un camino. Maluenda se asomó a ella por si podía descansar allí un momento; pero vió que en la ermita había dos hombres, y entonces retrocedió.

Estos dos hombres eran los que había visto la noche anterior en Lapur-Venta: el viejo hirsuto de la pipa y el joven de aire amenazador y terrible. Éste debía ser el ermitaño.

—¿Por qué se va usted? —le dijo el ermitaño en castellano—. Puede usted quedarse.

Maluenda vaciló y entró en la ermita.

El ermitaño era un hombre fornido, de una fealdad brutal y siniestra; tenía el aire un tanto monstruoso, la frente baja y deprimida, los ojos pequeños y socarrones, la nariz defectuosa, chata y rojiza; los labios abultados y los

dientes mellados; los brazos largos como los de un mono.

El viejo parecía un pajarraco de mal agüero.

—¿Qué anda usted por estos vericuetos? —le preguntó el ermitaño.

—Soy soldado carlista y me han enviado con una comisión.

—¿Con una comisión por estos montes? Es raro.

—Pues así es.

—¿Sabe usted vascuence?

—No.

—Pues poco habrá usted podido hacer. ¿Es usted castellano?

—Sí. ¿Y usted?

—Yo soy también de fuera.

—¿Pero usted sabe vascuence?

—Yo, sí.

—¿Y piensa usted vivir aquí siempre?

—No; cuando termine la guerra me marcharé.

El ermitaño y Maluenda se miraron los dos con gran curiosidad. Maluenda pensó que aquel hombre le suponía a él capaz de cualquier crimen.

¿Qué podía hacer allí? ¿Sería realmente ermitaño?

Era un hombre monstruoso; cuanto más se le miraba, daba mayor espanto. Si Maluenda hubiese leído el libro de las apariciones, del reverendo padre Dom Calmet, hubiera pensado que se trataba de un vampiro, de un brucolaco o de un timpanita, de algún ser maléfico terrible y feroz.

Maluenda, al contemplar aquel monstruo y verse solo con él y con el viejo siniestro, se asustó y se decidió a marchar inmediatamente de la ermita.

—¿Tiene usted prisa? —preguntó el ermitaño.

—Sí.

—¿Qué camino busca usted?

—El de la aldea.

—Por ahí podrá usted llegar más pronto. Hay que seguir la dirección de ese pico.

Maluenda tuvo un momento de terror; retrocedió, marchando de espaldas y con la mano en la pistola, y salió al campo.

ANOCHECER

Maluenda siguió andando en el sentido que le indicó el ermitaño. Al principio, mirando

constantemente para atrás, por si le seguía aquel hombre monstruoso y amenazador.

Cuando se vió solo perdió el miedo.

El burgalés marchaba presa de una terrible confusión.

¿No tendrían el viejo y el ermitaño algo que ver con el crimen de Oyambeltz?

Cuando quería poner un orden y una relación lógica en sus impresiones, no lo podía conseguir. No tenía seguridad ninguna de lo que había visto, cosa que le indignaba. Pretendía comprobar en la memoria detalle por detalle del crimen y tenía que reconocer que no le quedaba la certeza de nada. ¿Los dos asesinos eran los Iturmendis? No lo hubiera podido asegurar. Ahora pensaba si el matador no sería más robusto que el mayor de Iturmendi, si no tendría el aire del ermitaño. ¿Llevaba de verdad una careta? Tampoco estaba seguro. La visión había sido tan rápida, que todo se le convertía en duda. ¿Las blusas que había visto que lavaba la muchacha en el abrevadero estaban en realidad manchadas de sangre? Tampoco lo sabía.

El cansancio, y luego el hambre, le hicieron olvidar sus preocupaciones...

Caía la tarde. El crepúsculo era triste. Las nieblas blancas iban apoderándose del valle.

A lo lejos se divisaba una aldea. Las columnas de humo subían pesadamente en el aire y las campanadas del Angelus se extendían por el ambiente.

El valle melancólico que se veía a sus pies era húmedo, verde, apacible, con campos bien labrados y prados de esmeralda.

X

LA CASA HOSPITALARIA

Al caer de la tarde, Maluenda se acercó a la aldea, que veía abajo; tomó por un sendero y salió delante de una casa grande, con dos pisos y muchas ventanas. Era un caserón con un tejado apuntado, de un color amarillo verdoso; varias chimeneas de ladrillo y dos veletas. Tras de los cristales de las ventanas se veían cortinas, lo que hacía pensar que la casa no era de labradores, sino de una familia rica y pudiente. A un hombre que estaba a la puerta le preguntó dónde le darían posada. Era un hombre viejo, cano, con la cabeza blanca, rapada, nariz larga y aire de bondad.

—¿Dónde encontraría posada? —le preguntó Maluenda.

—Posada, ahora, no tendrá usted en el pueblo; aquí no viene nadie.

—¿No habrá sitio dónde dormir?

—No creo.

—¿No se podría echar uno en una cuadra o en un pajar?

—Espere usted.

Esperó Maluenda y, al cabo de algún tiempo, el hombre le hizo pasar a un hermoso zaguán embaldosado, con las paredes blanqueadas y cubiertas en parte de tapices; varias arcas y unos bancos. A un lado partía una hermosa escalera de roble. En la escalera aparecieron dos señoras y una muchachita. Una de las señoras tenía el pelo muy blanco y vestía de negro, con cierta coquetería. La otra era más joven, alta, distinguida, y con la cara aniñada. La muchachita tendría catorce años; era espigadita, rubia, sonrosada; tenía un aire de candor y de inocencia y una sonrisa maliciosa.

La señora del pelo blanco le preguntó a Maluenda qué le pasaba.

El burgalés dijo que estaba entre los carlistas, que le habían mandado a hacer una comisión y que se había perdido en el monte.

—Yo no quisiera más que entrar en un sitio donde tenderme —dijo humildemente—; estoy muy cansado.

—Pobre; aquí dormirá usted y cenará.

La señora joven mandó al criado que le diera de comer y luego le llevara a un cuarto a dormir.

Maluenda se lavó y comió en la cocina, al lado del fuego.

Preguntó al criado quiénes eran los amos de la casa, por tener el gusto, dijo, de recordar agradecido su nombre.

El criado tenía gana de hablar, y le habló de sus señores.

Allí vivían un señor anciano, retirado y medio loco, el marqués, sus dos hijas y su nieta. El marqués había sido uno de los liberales vascongados siempre perseguidos por sus ideas. Su hija mayor, viuda, se casó con un hombre que, al llegar la guerra de la Independencia, se lanzó al campo a luchar contra los franceses, y luego se hizo absolutista; y la segunda, la madre de la niña, tenía su marido, oficial del ejército de don Carlos, en la guerra.

Las dos señoras habían sufrido mucho en su juventud, teniendo que defender y ocultar a su padre, que era un liberal intransigente y fanático.

El año 1822, el amo, el marqués, estuvo preso por la partida del cura Gorostidi y fué llevado, primero, a Machiventa, y después al monte Mu-

rumendi, donde tuvo que pasar muchos días encerrado en una borda y tomando por todo alimento un poco de pan de maíz.

Las persecuciones le habían hecho al marqués más exaltado y frenético, y vivía retirado, sin querer ver a nadie.

De las dos señoras, la mayor tenía simpatía por las ideas liberales, que no podía ocultar; la pequeña, influída por su marido, se sentía más carlista.

Después de comer, el criado dijo a Maluenda que las señoras de la casa querían hablar con él.

Maluenda, detrás del criado, atravesó unos salones, un comedor con un aire sombrío, con grandes aparadores, cuadros obscuros y una mesa pesada en medio, y entró en un despacho o biblioteca, con armarios llenos de libros en las paredes.

Maluenda, que tenía alguna curiosidad por los libros, pudo notar que casi todos ellos eran del siglo XVIII.

Al lado del fuego, en la chimenea, estaban las dos señoras: la joven, que antes había visto con la niña, y la más vieja, de pelo blanco y traje negro. Ésta tenía la cara fatigada, arrugada; la expresión, noble y triste..

Las dos señoras hablaron a Maluenda con

bondad, le preguntaron si había descansado y comido bien, y como vieron un hombre amable, y bien criado, le invitaron a sentarse.

El burgalés, llevado por su cansancio y por su tristeza, habló mucho y explicó cómo y por qué había ido a la facción y, deslizándose y perdiendo toda prudencia, contó lo que había visto la noche anterior en el caserío de Oyambeltz.

Las dos señoras le oyeron horrorizadas.

Después de su narración, ya tarde, Maluenda se levantó y el criado le llevó a una alcoba. Había en ella una chimenea encendida, que no bastaba para templar la atmósfera del cuarto húmedo. La cama era grande, con cortinajes, y tenía una colcha de damasco rojo. Maluenda durmió con un sueño agitado, despertándose a cada paso con horribles pesadillas.

Por la madrugada se levantó. La alcoba donde estaba daba por un balcón a una terraza con un emparrado. La humedad, y quizá las hierbas parásitas, dejaron roñosos los hierros del emparrado.

Los años que llevaba el parque sin cuidar lo habían puesto tupido y lleno de hierbas y de maleza. Una fuente con su pilón estaba cegada. Todo ello daba al lugar un aire de abandono y de melancolía.

Aquella azotea tenía por un lado como una pared de enredaderas; el burgalés, por curiosidad, separó las hojas secas de las enredaderas y miró.

Maluenda, al asomarse a la terraza, vió que abajo había un patio cerrado con una caseta, donde dormía un perro.

Alrededor de las paredes se levantaba como una cortina aisladora de árboles. En este patio paseaba un viejo con un levitón grande, calzones cortos, medias negras y zapatos con hebillas.

El señor viejo se quedó mirando a Maluenda atentamente.

Era, sin duda, el marqués, el viejo marqués liberal, que vivía retirado y que decían que estaba loco.

El viejo contaría ya sus setenta años, o algo más, y estaba flaco y tembloroso. Tenía unos ojos claros y la barba blanca.

—¡Ah! ¿Está usted aquí? —le dijo a Maluenda.

—Sí, señor.

—¿Es usted conocido de la casa?

—No, señor; soy un soldado perdido en el campo, a quien le han dado alojamiento.

—¿Carlista?

—Sí.

—¿Cómo van los carlistas? ¿Mal? ¿Eh?

—No creo que vayan bien.

—Irán peor con el tiempo. Yo no sé nada de lo que pasa en el mundo. Me tienen como secuestrado.

—Pero es más por su bien, según parece.

—Sí es posible, es verdad; parece que yo soy un poco loco.

—Yo creo que todos lo somos.

—Tiene usted razón. De músico, poeta y loco, todos tenemos un poco. Pero los locos decimos a veces las verdades.

—Es cierto.

—Diga usted a sus amigos, los carlistas, que no sean tontos. El mundo no lo van a parar ellos. Eso no lo para nadie.

—Me figuro que no.

—El tiempo es como un péndulo de reloj, que va: tic-tac, tic-tac. Es como la guillotina. Es una guillotina que no se puede parar. Todo lo echará a abajo. No hay nada que le resista... tontería... Sépalo usted, ya que tiene usted la suerte de oírme... ja... ja... ja... lo que le voy a decir. Todo lo han inventado los hombres... Todo... Dios... el Diablo... la tierra... los árboles... las estrellas... Todo lo han inventado los hombres...

ja... ja... ja... Es lo cierto; les gusta decir que sus invenciones son anteriores a ellos... Es la malicia suya... Ahora se tragan sus descubrimientos... ¡Qué estupidez pensar que eso se va a parar! Digerirán lo mismo los reyes que las Constituciones. Lo único que quedará serán los hombres. Antes no había nada más que los hombres, y no quedarán más que los hombres. Es una mala raza... pero fuerte.

El viejo se paró para toser y luego siguió:

—Yo leo en los libros que las estrellas son así o asá. ¿Quién lo sabe? ¿Quién las ha visto? ¿Quién las ha tocado? ¿Es que verlas o tocarlas sería una prueba de que existen? Nada; no hay nada más que el hombre, malo, perverso, si se quiere... pero es lo único que hay. Mis hijas no quieren que hable con nadie. Tienen miedo de que me fusilen los carlistas, como fusilaron al médico Manzanares hace unos años en Escoriaza, porque no creía en la religión... Para eso dicen que estoy loco y que no digo más que insensateces. ¿Usted cree que no digo más que tonterías?

—No, no. Todo lo contrario.

—¿Es usted vascongado?

—No. Burgalés. Del valle de Mena.

—¿Y los de allá son carlistas?

—No; yo me he hecho carlista porque era un perdido.

—En mi tiempo, cuando yo era joven, hace cincuenta años, todos los jóvenes de aquí éramos liberales y leíamos a Voltaire y a Rousseau; ahora todos son carlistas. Creen que van a parar esa cosa que marcha. No lo crea usted.

—No, no; yo tampoco lo creo.

—¡Adiós! ¡Adiós! Retírese usted. No le vayan a ver.

Maluenda se metió en el cuarto.

Poco después, el criado entró y le dijo a Maluenda que las señoras habían mandado que le llevaran en un cochecito hasta Arbea.

El burgalés fué a despedirse y a dar las gracias a las dos señoras; les besó la mano y la muchachita rubia le dió una medalla para que la llevara en el cuello.

Todo lo que había de romántico y de apasionado en un hombre como Maluenda, libertino y borracho, se conmovió delante de la muchachita pálida y rubia, y al besarle la mano se le saltaron las lágrimas.

El criado dijo que el coche aguardaba, y Maluenda entró en él.

Durante el camino, el criado volvió a hablar del viejo marqués, que estaba empeñado en pen-

sar de distinta manera que el pueblo. El criado creía que era una prueba de extravagancia; pues para él era evidente que don Carlos era uno de los reyes más grandes que había habido en el mundo y que el partido carlista producía la admiración de toda Europa.

A las dos horas, Maluenda llegaba a Arbea y se dirigía en seguida al café de Satorra.

La sala del crimen debía estar llena; en el café, unos soldados carlistas jugaban al mús con unas cartas grasientas y otros miraban la partida. En un rincón, un soldado joven dormía con la cabeza apoyada en la pared y la boca abierta. María la Cañí iba y venía; cuando abría la puerta del cuarto del juego para llevar café o algunos licores, salía de allá un murmullo de voces.

Maluenda llamó a Bertache y le contó lo ocurrido.

XI

POLÍTICA DE BERTACHE

En la entrevista que tuvieron Bertache y Maluenda, Maluenda dió toda clase de informes de lo ocurrido en el caserío.

Bertache le hizo mil preguntas. Quería saber cómo se había cometido el crimen sin omitir detalle. El hecho excitaba su interés y su curiosidad.

¿Tenían cómplices? ¿Quiénes podían ser el viejo y el ermitaño? ¿Qué parte podían haber tomado en el crimen?

Cuando el burgalés terminó su relación, Bertache le dijo:

—Tú no digas nada de lo que ha ocurrido.

—No tenga usted cuidado; nada diré.

Al día siguiente, Bertache llamó a los dos hermanos de Iturmendi y tuvo con ellos una

entrevista. Bertache llevaba como compañía cinco soldados castellanos.

—Os tengo que hablar —les dijo en vascuence a los hermanos.

—Hable usted —le contestó Iturmendi el mayor.

—Os tengo que decir que sé quien ha sido el que ha matado a las dos mujeres de Oyambeltz.

—¿Y quién ha sido? —preguntó Iturmendi, haciéndose el extrañado.

—Vosotros y otros que conozco.

Los dos hombres quedaron apabullados cuando Bertache contó lo que había pasado en el caserío con toda clase de detalles.

Bertache se decidió a dar como cierto lo que Maluenda sospechaba y reconstruyó el crimen habilidosamente. Les dijo a los de Iturmendi cómo, después de hablar con la Tiburcia, habían discutido los dos varias noches en su casa y decidido el crimen; cómo la mañana del Domingo de Carnaval habían salido muy temprano y comprado unas caretas en la tienda de la plaza; cómo después fueron al caserío de Iturmendi y hablaron con su padre, y cogieron una lima afilada, un hacha y un farol, y después de matar a las dos mujeres, mientras

el cómplice les miraba por si había que dar la voz de alarma, llevaron las blusas suyas con manchas de sangre a que las lavara su hermana en el arroyo próximo al caserío.

Les dijo también cómo otros hombres, uno viejo y otro joven, les habían ayudado.

Los dos hermanos escucharon a Bertache aterrados. El mayor, ceñudo, sombrío, con un aire de furor contenido; el menor, con un gesto de terror en la boca.

Eran los dos pequeños, morenos, la cabeza piriforme, la oreja mal hecha, sin barba y las manos muy fuertes. El mayor tenía la cara juanetuda y el aire mongólico. Bertache afirmó que sabía con toda clase de detalles cómo se habían cometido las muertes, y les dijo también los motivos que tenían para matar a la madre y a la hija.

Los dos campesinos quisieron defenderse, pero no sabían. ¿Es que no tenían nada que decir en su favor? ¿Es que no se les ocurría contestar? ¿Quién lo podía saber?

Bertache les amenazó con fusilarles inmediatamente si no entregaban el dinero que habían robado en el caserío.

El hermano mayor, pesadamente, sacó algunas onzas de oro del bolsillo; pero Bertache

hizo que sus hombres le registrasen y le sacaran una bolsa llena de oro; los Iturmendis quedaron asombrados y espantados.

—Dentro de unos días —terminó diciendo Bertache— os explicaré a todos un proyecto que tengo para que podamos ganar dinero, y entonces llegaremos a ser amigos.

LA TIBURCIA

Bertache habló luego a la Tiburcia e hizo la misma maniobra de contarle lo ocurrido.

Ella quedó asombrada de que aquel hombre pudiera haber averiguado algo de cuanto había pasado.

—Este hombre es un brujo —dijo la tabernera varias veces.

Tal idea le producía, sin duda, más admiración y entusiasmo que terror. Quizá no comprendía la gravedad del hecho y no pensaba que inducir a un crimen podía ser tan criminal como ejecutarle; quizá no había llegado a inducir, y en su conversación con los Iturmendis no había hecho más que expresar un deseo.

Bertache era hombre guapo, y la Tiburcia

hizo pronto buenas amistades con él. Él la trató en seguida como presa y a ella le hizo gracia esto. Era muy frecuente en ella, cuando hablaba con un hombre que le agradaba, el ruborizarse, y en su explicación con Bertache se ruborizó muchas veces.

Bertache, después de la conversación, intimó con la Tiburcia. Al parecer se entendieron muy bien, aunque nadie pudo saber a ciencia cierta qué clase de inteligencia hubo entre ellos.

Al día siguiente, Bertache envió a varios hombres de su compañía, y entre ellos a los dos hermanos de Iturmendi a Echarri Aranaz, con la misión de buscar un refugio, un punto de parada, para la partida que estaba formando. A Maluenda le envió a Estella. No quería que los dos hermanos vascos se encontrasen ni hablasen con el burgalés.

XII

COMENTARIOS DEL PUEBLO

Por la noche, en el pueblo se conoció el crimen cometido en el caserío de Oyambeltz y se habló de las dos mujeres muertas.

Según le contaron a Bertache, se había encontrado a la Veremunda tendida en tierra, a la entrada del caserío, con dos heridas, una entre los omoplatos y otra muy profunda que había roto una costilla y había entrado por el pulmón hasta la aorta. Al parecer, las dos heridas se habían hecho con un instrumento punzante, como una lima afilada.

La madre había sido atacada por la espalda a garrotazos y después muerta por un hachazo en la nuca.

Estas dos mujeres, al parecer llevaban una vida desordenada y libre; la madre tenía algu-

na fama de hechicera. Esto bastó para que la mayoría de la gente distinguida de Arbea encontrara que no había sido ninguna gran desgracia su muerte.

Se decía que los aldeanos de los alrededores y los soldados carlistas solían ir con frecuencia al caserío de Oyambeltz y tener en él verdaderas orgías. Este detalle era suficiente para que los carlistas y las damas católicas consideraran menos abominable el crimen.

Se idearon en Arbea muchas versiones para explicarlo, y como pasaban constantemente por allí patrullas de soldados, se supuso que alguna de éstas habría matado a las dos mujeres.

Se pensó también si serían gitanos los asesinos, y se detuvo al padre de María la Cañí y a un compadre suyo; pero ellos pudieron demostrar que la noche del crimen no habían salido del pueblo. Los pastores y las gentes del campo cercano, que sabían día por día y hora por hora la gente que cruzaba por los contornos, afirmaron que los matadores eran de algún caserío próximo, y no forasteros. De ser forasteros, ellos, que no abandonaban el monte, los hubieran visto.

Se habló de los hermanos Iturmendi, pero se rechazó la idea: ¡Eran de una familia tan bue-

na, tan devota! ¡Estaban siempre en la iglesia! No podía sospecharse de ellos.

Es curioso el notar cómo la gente beata y religiosa, que podría ver en sí misma que no posee casi nunca virtud alguna y que tiene las mismas malas pasiones de los demás, cree que basta ser practicante de la religión para ser bueno.

Todos los vecinos de los alrededores de Oyambeltz declararon a favor de los Iturmendi; la mayoría probablemente por miedo. Uno de ellos, de un caserío próximo, amigo de los dos hermanos, aseguró que durante toda la noche del crimen estuvo ladrando el perro de casa, lo que les hizo pensar que andaba gente extraña por los alrededores. Al afirmar esto alejaba la sospecha de que los matadores fueran los de Iturmendi, pues a éstos les conocía el perro y no les hubiera ladrado.

En el pueblo, la tendencia fué el considerar que los asesinos debían de ser gente de paso.

Esto, naturalmente, satisfacía más el sentido popular.

Había como una confabulación tácita de carlistas y de clericales a favor de los de Iturmendi. Era un asunto del que no había que hablar.

Se dijo en el país que no eran los dos herma-

nos los que habían cometido el crimen, sino un pastor llegado de fuera y que había huído a América. ¿Pero, quién era este pastor? No lo conocía nadie. El pastor criminal tenía un aire de perfecta entelequia, de un personaje inventado con un fin muy comprensible.

No se hicieron grandes investigaciones para averiguar la muerte de las de Oyambeltz. Se detuvo a dos o tres por cumplir; pero éstos demostraron dónde habían estado la noche del crimen y se les soltó. Del viejo misterioso y del ermitaño no se habló nada.

Luego se aceptó buenamente la tesis del pastor que se había escapado a Francia o a América y no se volvió a tratar más del asunto.

Hubo también quien dijo que bien matadas estaban las dos mujeres, dada la inmoralidad de la vida que llevaban.

Bertache, días después, habló con los pastores de los montes próximos a Oyambeltz. Ellos creían firmemente que eran los de Iturmendi, ayudados por otros, los que habían cometido el crimen, y suponían también que había habido infanticidios en el caserío.

El viejo Iturmendi, según los pastores, era un hombre de cuidado, muy zorro, muy tenaz, de una gran habilidad y constancia.

Había hecho de su caserío un nido de buitres y había explotado siempre a las mujeres de Oyambeltz.

Bertache averiguó todos los detalles del crimen. Bertache supo que la hermana de los Iturmendi tenía un novio que era sargento. Éste parece que, al enterarse del papel que se decía que había tenido su novia en el crimen, riñó con ella y la dejó. Unos días después, Bertache fué a Estella a dar el parte que le habían encargado y volvió hacia Navarra, en donde se unió con la Tiburcia, con María la Cañí y con la gente de su partida.

MENTALIDAD DE LOS VASCOS

El vasco, como todos los hombres de los pueblos aislados, tiene gran orgullo y una excelente idea de sí mismo; ha heredado ese fanatismo intransigente que dan las religiones semíticas, que es más fuerte que en ninguna otra en el mahometismo y en el catolicismo.

En el campo, la vida aislada del caserío hace, y hacía más entonces, que el país viviera en la edad contemporánea como en plena Edad Me-

dia. El idioma de un período histórico, sencillo y puramente rural, aislaba por completo a los vascos y no llegaban hasta ellos las preocupaciones de la cultura. Nadie se enteraba de los hechos por los papeles escritos, las noticias eran de viva voz, y las supersticiones, viejas y poéticas, disimuladas por la religión y las prácticas del jesuitismo, quedaban grabadas en el fondo del alma.

La civilización, en último término, es como una piel muy fina sobre la animalidad humana; el menor movimiento rompe la piel y sale a flote la barbarie nativa.

En esta época había muchos crímenes y criminales en el campo, a los cuales no se les perseguía como en tiempos de paz. En vez de juzgarlos, se les llevaba a la cárcel.

Naturalmente, el que está a punto de perder la vida a cada paso, no presta gran atención a la vida de los demás, y los militares que mandaban en los pueblos no tenían tiempo de ocuparse de delitos comunes. Los jueces y magistrados, en territorio ocupado por los carlistas, no contaban tampoco con medios para esclarecer los hechos.

XIII

MORAL Y ETNOGRAFÍA

No cabe duda que la historia natural del hombre no está todavía hecha, ni aun siquiera comenzada. La división bíblica de los hijos de Sem, Cam y Jafet no representa gran cosa; si vale algo es para la clasificación de las lenguas, no para la clasificación de las razas.

Hay indudablemente muchas clases de hombres, como hay muchas clases de piedras, muchas clases de perros y de caballos.

La historia ha comenzado probablemente cuando ya las razas humanas llevaban camino de fundirse, y de mezclarse, perdiendo sus caracteres.

Los diez mil años de la historia significan muy poco para el millón de años que el hombre vive en el planeta.

Las presuntas síntesis de la historia del mundo de Grecia y de Israel hoy parecen una broma. La mayoría de las razas de formación prehistórica se han creado en miles de años, en que se ha dado seguramente un mismo período geológico y han sostenido su tipo después en contra de los cambios del ambiente.

En todos los países de Europa hay una superposición de tipos creados en diferentes épocas y después confundidos y mezclados.

En el pequeño país vasco la hay como en las demás regiones; hay como los dos polos étnicos de la estirpe blanca. La raza baja, pequeña, juanetuda, morena, mongoloide, de cabeza ancha, con los brazos largos, probablemente resto de una época paleolítica, y la raza alta, esbelta, aguileña, de cabeza más larga y ojos más claros, de un período neolítico.

La raza baja, pequeña, juanetuda, violenta, es fanática, musical, artista, partidaria de lo absoluto; la raza alta, esbelta, aguileña, es más comprensiva, más relativista, menos violenta, menos artista, pero más cientifica.

Los dos hermanos de Iturmendi pertenecían a esa raza pequeña, baja, morena y juanetuda; la Tiburcia era del mismo tipo: gente violenta, de pasiones fuertes. Los que conocían a la fami-

lia de Iturmendi aseguraban que había en ella una herencia de violencia y de crímenes.

En cambio, la Veremunda era de la otra raza más alta, más esbelta, más noble de tipo; probablemente menos violenta y apasionada.

ARIOS Y SEMITAS

Algunos se han explicado las diferencias morales y sentimentales de los hombres del Mediodía, considerando a unos como de raíz aria y a otros de raíz semítica; pero, al querer especificar los caracteres morales de los unos y de los otros, no han llegado a un acuerdo. Para unos los constructores, los fuertes, son los arios, para otros, los constructores, los fuertes, los autoritarios, son los semitas; para los unos, los imaginativos son los arios, para los otros, los semitas; para los unos, el elemento macho es el ario y el elemento femenino el semita, para los otros, lo contrario: para los unos, los optimistas son los arios, para los otros, los semitas. ¿Quién tiene razón? No lo sabemos. Sin embargo, da la impresión que lo dogmático, lo autoritario, lo que quiere ser absoluto,

es más bien semítico que ario. Todos los grandes conquistadores: Anibal, Mahoma, quizá el mismo Bonaparte, tienen un fondo semítico; todos los constructores de religiones lo tienen también.

El semita, si existe, es afirmativo, dogmático, teatral y pomposo. Tiene la tendencia al patriarcado; es decir, a la farsantería; el ario del pueblo de Europa es inquieto, desordenado y tiende al matriarcado. En esto, el pueblo vasco, en su pequeñez, parece tener un fondo más matriarcal que patriarcal, más ario que semítico.

LA MORAL

Es curiosa la moral del pueblo vasco. Naturalmente pueblo sensual, que considera por instinto la sensualidad como un desorden poco grave, llega, por influencia de la religión, a semitizarse de tal modo, que acaba por equiparar la sensualidad con el crimen. Esto da la impresión de que sobre sus instintos naturales ha caído una capa de dogmatismo extraño que ha llegado a borrar lo espontáneo, lo castizo. Así en el país vasco el campo es sexualmente inmoral; la ciu-

dad, moral; lo que quiere decir que la rigidez moral ha ido de fuera a dentro. Esto no es lo que pasa en el resto de España, en Andalucía y Levante. Allí el campo es moral; la ciudad, inmoral; es decir, que aquí la moralidad ha ido de dentro a fuera. Lo natural y lo espontáneo en el país vasco, desde el punto de vista sexual, es la inmoralidad.

El vasco actual ha sentido, si no de una manera clara, de un modo inconsciente, que sus instintos no tenían nada próximo al catolicismo y a su sentido unitario, y para olvidarlos y no encontrarse con ellos, se ha puesto de espaldas a su historia. Hay manifestaciones espirituales que durante siglos han sido genuinamente vascas: por ejemplo, la brujería; el vasco de hoy ignora esto, no quiere enterarse de ello.

Los vascos han sido maestros ancestrales en la brujería y en el arte de los augurios. Ninguna comarca de España se puede comparar en este sentido a la vasca. El Aquelarre es una palabra y un lugar vasco.

Las demás brujerías de España han sido sin originalidad y de segunda mano.

El historiador Michelet tuvo que hacer un capítulo en su libro *La Sorciere* sobre la bruja

vasca; no lo hizo, naturalmente, sobre la bruja gallega, la asturiana o la andaluza.

Contra la brujería, contra el paganismo innato y contra la libertad sexual del país vasco, el cura católico ha luchado a brazo partido, con energía, con honradez y con fanatismo.

Jehová y los cultos semíticos latinos han vencido a los dioses locales, la unidad dogmática y absoluta a la variedad y a la libertad.

Han vencido en toda la línea, es cierto; pero quizá al vencer han esterilizado para siempre lo bueno y original que podía haber en el país vasco.

XIV

LA BANDA NEGRA

Unos días más tarde de que Maluenda contara la historia del crimen de Oyambeltz, Alvarito Sánchez de Mendoza volvía a visitar en su guardilla al burgalés, que se encontraba muy enfermo. Maluenda, viviendo como vivía en una completa soledad y sin saber francés, sentía muchas ganas de hablar con alguien y explicó a Alvarito, no muy claramente, cómo se organizó la partida dirigida por Bertache y García Orejón, a la cual él también perteneció.

Al parecer, meses antes del Convenio de Vergara. Orejón había conferenciado con Bertache.

—La guerra marcha a su final —le dijo—; es necesario que nosotros salgamos de ella con algún dinero; si no estamos completamente perdidos.

García Orejón era hombre apático, desilusionado, sin esperanza en nada. Al que le hablaba le escuchaba como deseando que concluyese pronto, pues parecía tener la seguridad de que no le habían de decir nada nuevo ni interesante.

Este aventurero triste tenía como un sueño marchito y no realizado, que se reflejaba en su melancolía de buey cansado y en sus ojos de hepático, llenos de desilusión.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Bertache.

—Si no tomamos alguna decisión pronta, no haremos más que morirnos de hambre —contestó Orejón.

—Decide tú.

—Bueno; habla a tus amigos, yo llamaré a los míos —dijo Orejón—, y tendremos una conferencia.

REUNIÓN PREPARATORIA

Se reunieron en la venta de Echarri Aranaz varias personas, entre ellas un cura, un cabo del Quinto de Navarra, al que llamaban el Buho-

nero, el Santero, el Escribano; uno a quien decían el Postillón, Maluenda, los Iturmendis y alguno que otro más; entre todos, trece hombres.

Bertache, con cierto sentido de lo dramático, había elegido esta cifra deliberadamente: trece. Cada uno tendría su número.

Reunidos los trece hombres, Orejón explicó muy pausadamente cómo todo hacía creer que la guerra iba a terminar, y que ellos, si no inventaban algún recurso para vivir, quedarían entregados a la mayor miseria.

Consiguieron que cada uno de los reunidos se hiciera a sí mismo esta pregunta: ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué porvenir se nos va a presentar después de la guerra?

Ni Orejón ni Bertache confesaron a los demás que ellos guardaban dinero.

—Hay que prepararse —dijo Orejón—, si no lo vamos a pasar muy mal; porque alguno de nosotros tendrá su oficio, pero otros no lo tenemos. El cura podrá decir misa en algún pueblo de Francia.

—¡Buen recurso para morirse de hambre! ¡Rediós! —exclamó el aludido.

—El Buhonero volverá a vender carretes y

tijeras en las aldeas y en las casas de los caminos.

—También es un buen recurso para vivir con el estómago vacío —exclamó el Buhonero.

—Los labradores irán al campo.

—Sí, la cosa es ruda —exclamaron todos.

—No hay más remedio, si no se quiere caer en la miseria, que hacer la pacotilla —dijo García Orejón—. Imitar lo que están haciendo los generales y quedarse con todo lo que se pueda.

Bertache y Orejón tenían noticias, al parecer de buena tinta, de que el carlismo se desmoronaba y de que iba a ser necesario abandonar el país.

Todos los soldados reunidos comentaron y discutieron lo dicho por Orejón, y convinieron en que, efectivamente, había que hacer algo para no quedar después de la guerra completamente abandonados.

EL PROYECTO DE OREJÓN

Entonces Orejón habló de un proyecto suyo, que consistía en formar una partida o banda negra, que no tendría más objeto que el de que-

darse con todo lo que fuera de valor y que pudiera caer en sus manos, pagándolo poco o sencillamente llevándoselo.

A Orejón se le había ocurrido llamar a esta partida de latrocinio la Banda Negra, en cuyo nombre no había el menor recuerdo de las compañías de infantería que luchaban a sueldo en Italia y Francia, en los siglos XV y XVI.

Orejón sabía que durante la Restauración en Francia había compañías de especuladores que compraban propiedades antiguas, vendían los materiales, los bosques, y luego repartían las tierras y las iban vendiendo al detalle. A estas compañías, los artistas y los arqueólogos entusiastas de la historia y de lo pintoresco las llamaban bandas negras.

En la sociedad que él intentaba crear no había la menor idea de comprar; la compra sería substituída por el latrocinio, procedimiento más rápido y más simple, aunque más expuesto.

Alguno de los reunidos observó que la sociedad que se pensaba formar no se diferenciaba gran cosa de lo que se llama vulgarmente una compañía de bandidos. Orejón, sintiéndose parlamentario, dijo al querido amigo y compañero que estaba en el uso de la palabra que, en el fondo, tenía razón, y que, efectivamente, si el

término era odioso, el hecho, en cambio, le parecía natural y muy aceptable en sí.

Hubo entre los reunidos algunos que sintieron escrúpulos en pertenecer a esta banda; pero los demás les convencieron de que había que rechazar tales preocupaciones y que, puesto que los generales y los jefes hacían su agosto, ellos debían de seguir su táctica.

La organización de la partida fué bastante larga y difícil; al poco tiempo llegó a tener hasta cincuenta hombres de lo peorcito que podía haber en las tropas carlistas. Casi todos eran jóvenes, gente robusta y de buena salud. Excepto los jefes, ninguno tenía más de veinticinco años.

La alta dirección la llevaban Orejón y Bertache.

García Orejón estaba relacionado con un judío de Bayona que indicaba qué es lo que tenía más garantías de ser vendido en buenas condiciones. Con estos sabios consejos se podía robar sin peligro de ser miserablemente engañado por los dueños de las casas y de los caseríos.

Frechón formaba también parte de la sociedad la Banda Negra. Él conocía el negocio de la chatarra y de los metales; pero en las demás cosas estaba poco enterado y no sabía gran cosa.

Sin embargo, pertenecer a una sociedad así le encantaba, y exponía proyectos complicados que a él le parecían admirables, y que todos los demás consideraban como perfectas estupideces.

Satorra, el del café de Arbea, estaba también afiliado a la Banda; pero no quería exponerse, ni conocer a ninguno de los que la formaban. Él se consideraba únicamente comerciante.

Entre los hombres que formaban la partida había vascos, navarros, castellanos y algunos extranjeros, en su mayoría franceses.

Los dos jefes principales eran Orejón y Bertache; Orejón era el jefe administrativo, y Bertache, el militar. Orejón indicaba lo que había que hacer y Bertache lo ejecutaba.

García Orejón era hombre que sabía esperar; silencioso, poco hablador, despreciaba la crueldad y la palabrería de los demás. Hombre de mucha energía, calculador y metódico, pensaba, con su voluntad fuerte, que de aquel desorden y anarquía tenía que sacar él lo necesario para vivir tranquilo en la vejez.

Bertache, más bueno para jefe de bandoleros, valiente, audaz, repartía el botín de buena forma, tenía bromas alegres y feroces, le gustaba reír y hacer grandes farsas. Bertache era de estos hombres para quien en momentos de apa-

sionamiento no hay cálculos ni reflexiones, ni ninguna forma de inhibición corriente. Se lanzaba con furia sobre las cosas, hasta que las conseguía o se le escapaba lo que deseaba.

No había en él, alternando con la acción, la menor reflexión, y pasaba fácilmente de la ilusión al mayor abatimiento. Muy fatalista, muy supersticioso, muy jugador, creía en la estrella. El juego le apasionaba. Era, además, mujeriego y borracho. Bebía constantemente aguardiente y licores. Bertache tenía una sensibilidad rudimentaria; en muchas cosas había llegado a un grado de insensibilidad completa.

XV

TIPOS DE LA PARTIDA

Tipos muy diversos y de muy diferentes clases formaban la partida de Bertache.

Entre los españoles, uno de los principales era el Cura, hombre sombrío, malhumorado, de genio agrio y maldiciente. El cura Macorra era de Berberana, de la provincia de Burgos, de una barriada que desde hace tiempo se llama la Venta del Hambre.

Era hombre alto, fuerte, moreno, con la cara sombría, cetrina, aguileña, una cara tormentosa; alrededor de los ojos, brillantes y expresivos, dos sombras negruzcas, como manchas de carbón. Era jugador, muy ansioso para el dinero, y antes de estar en la guerra, como después, hacía mucho efecto entre las mujeres, a las que despreciaba profundamente.

El Cura era muy ergotista y definidor y creía tener el mundo encerrado entre definiciones y silogismos. Uno de los vascos de la partida, Perico Ferratzallia, un beocio, solía discutir con él y hablaba mal de los curas.

Los argumentos de Perico eran siempre los mismos:

—¿Si no hay que beber, ellos por qué beben? ¿Si no hay que tener queridas, ellos por qué las tienen? ¿Si no hay que matar, ellos por qué matan?

—Estos argumentos *ad hominem* no siempre tienen fuerza —replicaba el Cura.

El Cura era hombre despótico y atrabiliario. Decía en serio que era justo como Dios. El hombre tenía mucho odio a los obispos, sobre todo a los que andaban en las cortes de los reyes. Se mostraba bilioso, falso y vengativo.

Era bastante aficionado al vino, y solía decir que el vino lo lavaba todo. *Vinum lœtificatum.* El Cura disimulaba su manera de ser, afectando una franqueza brutal; así obscurecía su egoísmo insaciable, su rapacidad y sus malos instintos.

Otro de los afiliados a la banda era el Galonero, vendedor de oro y de galones, perito en los latrocinios. El Galonero había estado preso

en el penal de Ocaña y se escapó de la cárcel y, al escaparse, se rompió una pierna y cojeaba.

Dos puntos fuertes en la partida, los dos serranos de la provincia de Burgos, y que habían peleado con el cura Merino, eran el Leñador y el Santero.

El Leñador había vivido siempre con carreteros y arrieros, sirviendo de mozo en las posadas y en las ventas, con lo que le habían quedado marrullerías y artes de engaño.

El Santero era parásito de jugadores; había vivido durante largo tiempo llevando la demanda por los pueblos, oficio que le había hecho pícaro y vagabundo. Le llamaban también Santo Dios, porque ésta era su exclamación favorita.

El Buhonero parecía una ardilla: activo, charlatán, movedizo, amigo de intrigar y de murmurar, incapaz de nada serio; toda su actividad se empleaba en chismes y cuentos.

Estaba también en la partida otro a quien llamaban el Escribano, y algunos le decían en broma *Considerando,* porque comenzaba con mucha frecuencia sus explicaciones con este gerundio. Era pesado, pedantesco e intrigante.

Al final, formó parte de la banda un capitán que antiguamente había sido fraile en el con-

vento de Vera, el padre Gregorio. Este ex-fraile, cuando vió los procedimientos de la partida, dijo que iba a dejarla, pero luego no lo hizo. El padre Gregorio se sintió enemigo acérrimo del Cura; tenían uno para otro esas hostilidades de clérigo, rencorosas y duraderas.

De los peores y más sanguinarios de la cuadrilla era Bartolo, un navarro de la Ribera, a quien llamaban en broma *Mártolo.*

Hombre sombrío, chiquito, de mal color, con la voz opaca; tenía unos ojos de ratón que no estaban quietos nunca, y una boca que mostraba unos caninos de fiera. Era de los que hacían malas pasadas en el campo y en las aldeas por aviesa intención; pegaba fuego a los almiares, disparaba a los cerdos y a las vacas, abría los apriscos para que se escapara el ganado. Tenía un sentimiento de venganza cósmica.

Otro de los tipos mal intencionados era un castellano, llamado Cristóbal, a quien decían, por su estatura, *Cristobalón.* Cristobalón, cazurro y sombrío, había sido ventero y cantinero; vendió vino aguado y leña mojada al peso. Le poseía la manía de engañar y de robar casi más por afición que por utilidad. Alto, grueso, casi un gigante, con las piernas arqueadas, tenía la cara infantil, sin barba, la frente grande y una

caída afeminada en los ademanes. Prefería pasar tres días agitándose y moviéndose para estafar a alguien y quitarle unos pocos reales, que no trabajar. Sin embargo, para él debía ser fácil el trabajo, por su fuerza y su robustez; pero tenía una inclinación decidida por la vagancia.

El hombre de confianza de Bertache, además de Paco Maluenda, era un joven con un ojo torcido, el Bizco.

Este mozo salamanquino estaba completamente sugestionado por Bertache, y creía como en un artículo de fe que su jefe le iba a hacer rico rápidamente.

Un último tipo de la partida, de quien todo el mundo se reía, era el Pavo Real. Se le llamaba así, porque una vez cogió un pavo real, lo mató y se adornó el sombrero con varias plumas, creyendo que con eso era ya como un general o un ministro.

LOS FRANCESES

En la partida había varios franceses. Estos franceses tenían algo de la ferocidad de los chuanes, de los Cottereau, de los Mousqueton

y de los Pierna de Plata. Con ellos hacía buenas migas Frechón, a pesar de su republicanismo y de su anticlericalismo.

El principal de los franceses era uno a quien llamaban Campagnac, un gascón, de la parte de Bigorre. Este Campagnac, entrado en España perseguido por la policía, se había alistado en las tropas carlistas. Campagnac tuvo durante mucho tiempo una posada en la frontera española. Esta posada era la guarida de los pícaros de toda la región, de los escapados de las cárceles y presidios, de los contrabandistas y carlistas.

Algunos viajeros ricos que entraron en su casa no salieron, al decir de la gente. ¿Dónde habían ido a parar? Probablemente estaban muertos y enterrados en el patio. A otros se les emborrachó, se les dió láudano, se les metió en un cochecillo, y se les dejó, después de haberles robado, a cinco o seis leguas, en otra posada de un pueblo lejano.

La venta de Campagnac preocupó durante mucho tiempo a la policía francesa. En el país se la conocía con el nombre de la posada de los Contrabandistas o la posada de los Matadores. La policía hizo repetidos registros en ella, y

Campagnac, al último, decidió escaparse y meterse en España.

Otro francés de los amigos de Campagnac era un guarda campestre del Bearn. El guarda, a quien llamaban el Lebrel, de cara de viejo y ojos pequeños y chispeantes, tenía en su haber muchos robos, probablemente algún asesinato, y varias violaciones de niñas pequeñas. El Lebrel era el hombre de ingenio de la partida. La fama le venía de Francia. Durante largo tiempo le persiguieron los gendarmes y los carabineros. Según decían sus camaradas, les dió a éstos bromas muy crueles. Una vez inutilizó los fusiles y las pistolas de los gendarmes, que le perseguían; otra, llenó de vidrio machacado las orejas de los caballos, con lo cual quedaron enfermos.

Próspero el Albañil, otro de los franceses, era ágil como un mono; escalaba las paredes y las tapias; con un martillo y un hierro era capaz de abrir un agujero en una casa y hasta de echarla abajo.

Era también francés Trompeta, el bufón de la cuadrilla. Trompeta cantaba, recitaba e improvisaba; tenía una cara triste, roja y poco expresiva, y un bigote largo y lacio; todo el mundo le tenía por gracioso; él mismo se había conven-

cido de ello. Era tan borracho como malhumorado, y decía casi siempre insultos e impertinencias, que se tomaban como gracias. A pesar de su mal humor consideraba muchas veces, como obligación suya el divertir a la cuadrilla con sus payasadas.

Estos franceses, todos del Mediodía, hablaban en su patuá, mezclado de argot de los criminales, y era muy difícil entenderles. Sin embargo, Bertache les comprèndía y no se decía nada entre ellos sin que él no lo cogiera al vuelo.

Era evidente que los franceses no se fundían con la partida carlista española. Ellos tenían sus secretos, sus asuntos particulares, sus simpatías, sus odios y sus crímenes propios. Desconfiaban de los españoles; sentían un fondo de odio contra ellos, y si podían hacerles una mala partida se la hacían con mucho gusto.

Un semi-francés era el Postillón, un argelino que no pronunciaba dos palabras sin decir algo sucio y obsceno. Perezoso y holgazán, su única condición recomendable era la de buen cazador y la de tener una gran puntería. Hombre amarillento, con un color de membrillo, la cara más ancha que la frente, los ojos apagados y tristes,

y los dientes negros, su aspecto no era agradable.

A este hombre le gustaba matar y hacer daño, y prefería ver cómo caía un hombre con la cabeza abierta de un machetazo a cualquier otra cosa. La vista de la sangre excitaba su erotismo y su lascivia.

A las mujeres que violaba, si tenía ocasión, las marcaba, hiriéndolas en la cara o en el pecho.

Había también en la cuadrilla un alemán; le llamaban el viejo Fritz, y el Prusiano; le distinguía principalmente su afán de robar y quemar. Soldado durante algún tiempo en la legión extranjera, se escapó de ella por matar a un oficial austriaco que, en un momento de fuga, pretendió dominar el pánico que iba cundiendo en su compañía. El viejo Fritz era, sobre todo, ladrón; cuando entraba en una casa, lo primero que decía era:

—A ver, a ver el relojito. ¡Venga!

Estos extranjeros habían sido soldados muy malos, dispuestos a dejar el fusil y la cartuchera y echar a correr, y los primeros en propagar las malas noticias.

Al reunirse todos ellos para formar la Banda Negra, se comunicaron unos a otros sus odios, sus defectos y sus malas condiciones. Muchos de ellos quizá no eran naturalmente mal intencionados. Eran voraces, la voracidad y la necesidad les daban a veces aire de tigre. La disciplina rota y el verse en país extraño, les prestaba la ferocidad del animal hambriento.

Los dos jefes, Orejón y Bertache, principalmente Orejón, intentaron atar corto a sus partidarios, pero fué imposible. Todos los días tenían festines, orgías que acababan de una manera frenética, porque la guerra y la vista de la sangre producían una excitación erótica manifiesta.

Desde Echarri Aranaz hasta el Baztan, los hombres de la partida de Bertache, reunidos con la Tiburcia, María la Cañí y otras mujeres que se les agregaron, fueron en medio de una tropa, que comenzaba a ser indisciplinada y rebelde, haciendo un sin fin de fechorías. Al acercarse a las orillas del Bidasoa, se unieron a la partida

algunos extranjeros, entre ellos un amigo del alemán coleccionador de relojes, ladrón como él.

Los vascos de la partida, Perico Ferratzallia, Sosua y Muquizu, aficionados a comer y beber, tenían orgías de comida y de vino. Sosua y Muquizu cantaban a dúo con gran afinación. Únicamente los de Iturmendi eran peligrosos. Los dos hermanos vigilaban constantemente a Bertache, lo que a éste le hacía muchas veces ponerse en guardia.

Bertache no les creía hombres de agallas para atacarle a él; a pesar de esto, comprendía que en caso de peligro no podría fiarse de muchos de sus partidarios.

El principal de los vascos era Perico Ferratzallia.

Perico Ferratzallia, Perico el herrador, era un loco, borracho, jugador, amigo de no hacer nada.

Vivía siempre ideando farsas un poco brutales y groseras; era bufón, plebeyo, gordo. Se bebía veinte vasos de sidra seguidos; se comía un cordero él solo, y hacía siempre apuestas de comer y beber.

Perico Ferratzallia tenía la tendencia de manifestarse escéptico en cuestiones políticas. Lo mismo estaba dispuesto a gritar: ¡Viva Carlos!,

como: ¡Viva Cristina!, o como: ¡Viva la Pepa!

Perico quería demostrar muchas veces que la guerra era una broma y pensaba mixtificaciones. En una de sus mixtificaciones lo mataron.

Los castellanos robaban más que los vascos y había algunos que tenían la ilusión de guardar honradamente el dinero robado.

Los franceses eran también muy ladrones.

LAS MUJERES DE LA PARTIDA

Todas las mujeres que fueron reuniéndose a la partida, llevaban una vida irregular. Una existencia así vagabunda, no era propicia para conservar la fidelidad de las parejas. Los hombres no se ocupaban de ser fieles y las mujeres tampoco; vivían en plena promiscuidad y pasaban todas ellas de mano en mano. A Bertache, esta existencia le gustaba. A Orejón, no. Le molestaba. Aquellos hábitos que empezaban a llevar sus compañeros le repugnaban; las orgías, los cánticos, las carcajadas de las mujeres, el beber; todo ello le producía desagrado.

Entre las mujeres, María la Cañí fué la que resistió más a este género de vida, que parecía

más propio de su raza vagabunda; pero fué forzada y luego abandonada, y pronto pareció sucia, mugrienta y sin el menor atractivo.

Las mujeres excitaban a los hombres al robo y al pillaje.

Entre todas ellas, la que más se distinguía y la que se encontraba más a su gusto en la vida de bandidaje, era la Tiburcia. La Tiburcia se había decidido a vestirse de uniforme y con la levita y la boina, montada a caballo, estaba muy bien. Aquella mujer hubiera sido como la antigua Serrana de la Vera, que secuestraba a los hombres, los hacía sus amantes y luego los mataba.

La Tiburcia tenía gracia en todo: en sus actos y en su cara. Era una verdadera artista de la vida. Se manifestaba osada, servicial y resuelta; capaz de recorrer unas cuantas leguas a caballo, como de vendar a un herido o de coser unos pantalones para un soldado.

La Tiburcia se encontraba a su gusto con Bertache; se entendía muy bien con él, y dominaba a los dos hombres del caserío Iturmendi y a los demás vascos de la cuadrilla.

Entre las muchachas había también una chica agote, de Arizcun. Esta chica, rubia, de una raza perseguida, tenía una cara correcta, muy

triste; hablaba poco y seguía a los de la banda con completa humildad.

LOS REFUGIOS

Orejón y Bertache habían preparado varios refugios para la gente de la partida. Uno de ellos era una torre de Donamaria. Esta torre, alta, probablemente del siglo XIII, con el primer piso de piedra y el segundo de madera, era casi un castillo que podía defenderse en caso de ataque.

Otro de los depósitos lo tenían en el crucero de Echalar; el tercero era un caserío metido en un barranco, en la falda del monte Larrun, y el último de los refugios estaba ya en territorio francés, en el pueblo de Sara, en una borda apartada del barrio principal de esta aldea.

XVI

LA PRIMERA DESECHA

Chipiteguy estaba cada día más maniático y más desconfiado.

Quintín, el criado, se le marchó y se casó con una viuda que tenía una chatarrería en la calle del Pont Traversant.

Chipiteguy despidió a Claquemain y se quedó en la casa con el sargento Castegnaux. Su suspicacia aumentaba por momentos. Al ver a Alvarito de vuelta de su viaje a España, le dijo en seguida que tenía que ir a vivir con él. Luego le pidió que sacara de su casa las figuras de cera, pues le incomodaba el verlas.

—Estas figuras de cera me van a matar —decía con frecuencia.

Chipiteguy encargó a Alvarito la venta de todas las figuras. Alvarito se ocupó del asunto.

Los cereros y confiteros a quienes propuso la compra y que hacían cirios y velas para las iglesias, no las quisieron. Al parecer, la cera era muy mala, muy mezclada con yeso, con pintura y con paja, y no valía la pena de purificarla, porque hubiera costado casi más.

Alvarito se deshizo de las figuras con gran dificultad.

Algunas, como las de Fouché, Paganini y Fualdés, las vendió, aunque muy baratas; otras, como la de Marat, las dió regaladas. En general, tuvieron poco éxito y un fin un tanto desdichado.

La de Mirabeau fué a parar a casa de un frenólogo, que llenó la cabeza de rayas y de nombres absurdos, del sistema de Gall; la de Robespierre terminó en una peluquería; dos figuras de mujer fueron, después de cortarlas por debajo del pecho, a un escaparate de una tienda de corsés.

La única que se vendió bien fué la de Robinsón Crusoé, que un carlista entusiasta compró, creyendo que se trataba del retrato auténtico de Sagastibelza, por quien sin duda tenía gran admiración, quizá por lo pintoresco de su nombre.

Dos figuras de mujer, María Antonieta y Ma-

dama Roland, se las regaló Alvarito a su hermana, para que le sirvieran como maniquíes en su tienda.

Los que no tuvieron salida posible fueron los Asesinos, que siguieron en la cueva envueltos en sus fundas de tela de saco.

Chipiteguy preguntó varias veces a Alvarito si había vendido toda la colección, porque no la quería ya ver.

—A los Asesinos no los acepta nadie —le dijo Alvarito.

—Pues no los quiero tener en casa —replicó el viejo.

—Si le parece a usted —añadió Alvaro—, los echaremos al río, después de hacerlos pedazos o los quemaremos.

—Sí, eso será lo mejor.

El patrón estaba siempre tembloroso y asustado.

Tenía una parálisis agitante y movía constantemente la mano.

Miraba las paredes, los muebles, las cortinas, con un aire triste y desolado, y solía cantar las canciones que cantaba habitualmente Manon.

A veces le oyeron también entonar el prefacio de la misa: *Vere dignum et justum equum es salutare,* cosa que a la Andre Mari y a la To-

mascha les pareció de buen augurio, y síntoma de que Chipiteguy quería volver a frecuentar la iglesia.

La suspicacia y el miedo de Chipiteguy llegó a tanto, que vendió parte del género y cerró la tienda.

La puerta de la casa y la del patio estaban también constantemente cerradas.

Chipiteguy, la Andre Mari y Alvarito tenían cada uno su llave. El sargento Castegnaux seguía durmiendo en el piso bajo para vigilar.

—Tú sigues conmigo —le decía el viejo a Alvarito—; comerás y dormirás aquí.

Alvaro, solicitado por la madre de Rosa, volvió a trabajar en el Paraíso Terrenal.

Madama Lisagaray le trataba con tantas consideraciones como si fuera el amo de la casa.

XVII

LOS REALISTAS PUROS

A mediados de verano, Gabriela la Roncalesa estaba detenida en Bayona, esperando órdenes de Aviraneta.

Uno de los primeros días de julio, don Eugenio fué a buscarla a la fonda de Iturri y le dijo que convendría que regresara lo más pronto a Navarra.

—Muy bien —contestó Gabriela—; cuando usted me mande.

—Tienes que hablar con Bertache y García Orejón, y darles tres mil pesetas a cada uno para emplearlas en sobornar a los soldados y a la gente de tropa.

—Se hará.

—Les preguntarás a ellos dónde está don José Zabala, que es teniente carlista, del que no tengo noticias.

—Bueno.

—Y, cuando lo sepas, le darás este parte.

El parte que escribió Aviraneta y dió a la muchacha decía así:

"Va acercándose el momento de que se pronuncien los batallones navarros contra Maroto. Ahora o nunca. Puesto que están ustedes acampados en pueblos próximos, concéntrense en un punto y marchen decididamente a la sublevación. En seguida que puedan, pasarán la frontera, para ponerse al frente de las tropas sublevadas, el general don Basilio García, el cura Echeverría, el coronel Aguirre y otros militares expulsados por Maroto.

Ahora o nunca.—*A.*"

EL CORONEL AGUIRRE

Antes de que Gabriela partiera, don Eugenio le dictó una carta. La carta era para el coronel Aguirre, que se encontraba en San Juan de Pie de Puerto, y estaba como escrita por la misma Gabriela.

En la carta indicaba al coronel que salía, pro-

vista de dinero y de instrucciones de los antimarotistas, con el fin de promover el alzamiento de los batallones navarros.

Le aseguraba que todos los oficiales del Quinto Batallón, que Aguirre había mandado hasta que lo destituyera Maroto, consideraban conveniente que se trasladase a Bayona para reunirse con Echeverría y marchar después a la frontera, a casa del cura de Sara, a esperar el alzamiento de los antimarotistas.

Le indicaba la posada de Iturri, de la calle de los Vascos, como sitio seguro en Bayona, en cualquier trance de persecución de la policía francesa, y añadía que en esa posada encontraría una persona muy enterada, Domingo Echegaray, legitimista vasco-francés, que le informaría de cosas secretas que no se podían contar por escrito.

Aguirre, al recibir la carta de Gabriela, quiso ponerse en camino; pero no pudo salir de San Juan Pie de Puerto, por impedírselo la policía. A fuerza de ruegos y de recomendaciones de los legitimistas franceses, consiguió que le dieran el pase. Una semana más tarde, Aguirre marchó a Bayona, y en Bayona habló con Avinareta, en la posada de Iturri.

En la ciudad no estaba Echeverría. Le dije-

ron que había ido a Guethary a visitar al obispo de León.

EN GUETHARY

Marchó Aguirre a Guethary, y en casa del obispo encontró al canónigo Echeverría y a un tal Enciso, agente secreto de don Carlos. Este Enciso había salido de Tolosa con la misión de tratar con el obispo y preparar la entrada del cura Echeverría, del general don Basilio y de otros apostólicos en España, por el puesto de Vera, cuando llegara el momento oportuno de sublevar los batallones navarros contra Maroto.

Así, aquel pobre cretino de don Carlos, que entre rezo y rezo se dedicaba a la intriga, a la maquinación y, según sospecha de Maroto, al homosexualismo, labraba él mismo su propia ruina.

—Hace un momento —le dijo Echeverría a Aguirre al verle— hemos enviado un recado a San Juan Pie de Puerto para que se presentara usted en Bayona y pudiéramos hablar.

—Yo he recibido hace unos días —contestó

Aguirre— una carta de una muchacha llamada Gabriela la Roncalesa, emisaria de los oficiales del Quinto Batallón, invitándome a ir a Bayona, y he salido en seguida que he podido. He hablado con un señor amigo de Gabriela en la fonda de Iturri, llamado Domingo Echegaray, legitimista vasco-francés, el cual me ha dado muchos datos acerca de la traición que está tramando ese canalla de Maroto.

—La traición está ya conocida por todos nosotros —afirmó el cura—, y hay pruebas de ella.

—¿Cree usted?

—Sí, hombre.

—A mí, por lo que me ha dicho esa Gabriela, le han enviado a ella a Francia los oficiales del Quinto, con mucha prisa, alarmados por los rumores que circulan de la traición de Maroto, rumores que, por lo que afirma la Roncalesa, y sobre todo el legitimista Echegaray, se han visto confirmados por personas que están en el secreto de estas tramas.

—¿Y dónde está esa Roncalesa?

—La Roncalesa ha partido para Navarra, a reunirse con el subteniente Bertache, con el objeto de dar a los oficiales del Quinto Batallón los informes adquiridos en Bayona, y para sa-

ber, además, a punto fijo qué es lo que ellos piensan hacer.

En esto terció el obispo de León, enseñó al coronel Aguirre las copias de las tres cartas del Simancas y le dijo que aquellos originales diabólicos los había tenido él en sus manos y que se habían enviado con otros papeles al Real de don Carlos para que los examinara.

El obispo de León temía que la ceguera de los que rodeaban al rey impidiera a don Carlos ver claro.

El obispo de León no quería unión con los enemigos ni en el sepulcro; odiaba a los generales que pretendían saber; quería generales que no supiesen escribir. Nada de inteligencia. Nada de generales de compás y de escuadra, decía él. Devoción y sumisión. Así, don Carlos podría dedicarse a sus novenas, a cantar gozos a la Virgen, generalísima de su ejército, y a otras cosas igualmente trascendentales.

Convinieron Echeverría, el obispo de León, Enciso y Aguirre, en ir aquella noche a Bayona, a casa del abate Miñano y celebrar allí una junta para determinar qué se podía hacer en circunstancias tan críticas por la causa de don Carlos.

El canónigo Echeverría fué a anunciar a Mi-

ñano la reunión que se celebraría en su casa y los otros personajes marcharon en coche a Bayona.

Se celebró la junta en casa de Miñano, en la cual el abate representó su falso papel de absolutista con perfecta tranquilidad, y se decidió que el cura Echeverría, el general don Basilio, el coronel Aguirre, y dos jefes apostólicos más que estaban en Bayona, salieran por la noche siguiente vestidos como aldeanos vascos y fuesen a Sara, a casa del cura de este pueblo, y desde allí se pusieran en comunicación con el coronel Lanz, comandante del puesto de Vera. Éste, después de pulsar el estado de espíritu de las fuerzas carlistas y sus sentimientos de hostilidad contra Maroto, les avisaría el momento oportuno de entrar en España.

No teniendo absolutamente recursos, el cura Echeverría fué encargado por el obispo de León de allegarlos, poniendo a contribución el bolsillo de algunos carlistas pudientes.

Echeverría se avistó con el marqués de Lalande, con el hotelero Detroyac, con Michell, el periodista, y con otros legitimistas franceses, y reunió, con el concurso de unos y de otros, más de veinticinco mil francos.

Después de esta colecta se pusieron en mar-

cha los conjurados. Aguirre había preguntado al fondista Iturri quién podría guiarles, y el mismo fondista les acompañó en coche hasta San Juan de Luz y luego a pie al cruce del camino de Ascain con el de Sara. Llegados a Sara, el cura de esta aldea, advertido, salió a su encuentro y les llevó a una borda lejana, donde los cinco apostólicos se dispusieron a esperar los acontecimientos. El tiempo era bueno, caliente, y se podía dormir al aire libre.

Aviraneta había iniciado al cónsul de Bayona en el secreto de la maniobra, y le recomendó que influyera en la sub-prefectura para que diesen órdenes a la gendarmería de que no pusiera dificultades a los cinco jefes carlistas en su camino a la frontera de España.

NOTICIAS DE GABRIELA

Gabriela, por su parte, habló con los oficiales del Quinto de Navarra y entregó a su novio y a Orejón las pesetas que le había dado para ellos don Eugenio y las instrucciones para Zabala.

A Gabriela le dijeron que Bertache llevaba una vida relajada. Preguntó a García Orejón

qué había de verdad en esto. Orejón confirmó la noticia. Era, según él, consecuencia de la guerra; pero, pasado este período alborotado, el novio de Gabriela llegaría a formalizarse y a vivir decentemente.

Gabriela supo que Bertache tenía una verdadera partida de bandidos y que la Tiburcia, la antigua tabernera, mandaba en su antiguo novio. Respecto a María la Cañí, al parecer, contaba poco, porque había resultado medio tonta y pasaba ya con indiferencia de mano en mano.

Gabriela se indignó al saber que Bertache estaba enredado con la Tiburcia, y en una explicación que tuvo con su novio, riñó con él. Él quiso convencerla de que no era cierto, pero los indicios eran tan claros que no había duda posible.

—Pues mira, haz lo que quieras —concluyó diciendo él—; si no quieres seguir conmigo, déjalo.

Ella, indignada, le anunció que no volvería a verle, y se lo prometió y lo juró.

Bertache se rió, lleno de petulancia.

XVIII

EFECTOS DEL SIMANCAS

El Cuartel Real del Pretendiente se trasladó, el 1 de agosto, de Oñate a Tolosa.

Esta última villa la había elegido don Carlos como punto estratégico para llevar a cabo la revolución apostólica, que tendría como fin echar a Maroto y a su partido del poder, y elevar, en cambio, al gobierno a los absolutistas puros.

Roquet, que volvía al Real de don Carlos con los supuestos originales que demostraban la traición de Maroto y su filiación a la masonería, salió de Irún y fué por Vera hasta Santesteban, y luego de aquí, por Leiza, a Tolosa.

En Leiza se vistió de cura, disfraz que solía tomar con frecuencia, y llegó a Tolosa el día 5.

Fué en seguida a ver al ministro de Hacienda,

Marcó del Pont, que era entonces el hombre de confianza de don Carlos, y que vivía en la plaza Vieja, en casa de los Idiaquez.

Marcó del Pont le recibió con grandes extremos.

—¿Trae usted los papeles? —le preguntó con ansiedad.

—Sí.

—Sería conveniente que se hospedara usted aquí conmigo.

—Donde usted diga.

—En esta misma casa se le preparará el alojamiento.

—Muy bien.

—Yo desearía que no hablara usted a nadie de su misión.

—No tenga usted cuidado, no hablaré.

—Tanto su majestad como yo quisiéramos que este asunto se llevara con la mayor reserva, y, si no le molesta a usted, para evitar preguntas siempre impertinentes, convendría que no se viera usted en estos días con nadie.

—Pasaré encerrado el tiempo necesario hasta que ustedes me avisen.

Marcó del Pont estaba hospedado en la casa de Idiaquez, y tenía allí sus oficinas. Marcó le acompañó a Roquet hasta un cuarto alto, con unas arcadas y un balcón grande, que daba al río Oria y al puente de Navarra. Allí, Roquet se dispuso a matar el tiempo.

Pablo Roquet, llamado Juan Filotier, álias la Ardilla, álias la Dulzura, había pasado muchos años de su vida en la cárcel y estaba acostumbrado a la existencia sedentaria del presidio. Era perezoso y gran lector de novelas, llevaba en la maleta los ocho volúmenes de las Memorias del Diablo, de Federico Soulié, y pensó en entretenerse leyéndolas.

El 5 y el 6 de agosto, don Carlos y Marcó del Pont estuvieron reunidos. Leyeron atentamente los documentos llevados por Roquet y mandaron varios correos de gabinete a los jefes y oficiales del ejército carlista de Navarra, Alava, Guipúzcoa y Vizcaya.

Era, sin duda, el aviso que daban el Pretendiente y su secretario a los hombres de su con-

fianza, de que la traición de Maroto estaba plenamente confirmada y probada.

Durante aquellos días que estuvo encerrado Roquet en la casa de los Idiaquez, leyendo las Memorias del Diablo, hubo mucho movimiento en Tolosa y grandes conciliábulos, sobre todo entre los antimarotistas.

Aviraneta había hecho que un dependiente de Orbegozo fuera a Tolosa, para que siguiera los pasos a Roquet y viese si se notaba en el pueblo la acción ejercida por el francés.

El dependiente de Orbegozo mandó a su principal un parte, que éste comunicó a don Eugenio. Decía así: "Los días 5, 6 y 7 de agosto ha habido gran agitación en Tolosa, aunque no se ha sabido a punto fijo la causa; algunos aseguran que ha llegado un cura emisario, que está encerrado en casa de Idiaquez, con noticias muy graves de la traición de Maroto, y de sus generales. Se añade entre los carlistas que, afortunadamente, el rey conoce los manejos del general masón y de sus secuaces, y que ha podido a tiempo impedirlos e invalidarlos. Respecto a ese francés Roquet, no se le ha visto por aquí."

SUBLEVACIÓN

El 7 de agosto, por la noche, recibieron los comandantes Salaverri y don Leonardo Echeverría, del Quinto, y el capitán don José Suescum, de la compañía de tiradores del mismo, un confidente, enviado por don Carlos, para que sus batallones se pronunciasen contra Maroto. Del 8 al 9 comenzó la sublevación del Quinto de Navarra, en Etulain, a la que siguió la del Once y el Doce. El 8 de agosto se traladó el general Zaratiegui con sus fuerzas a Etulain y a Burutain, con el fin de dominar la rebelión que se anunciaba. Zaratiegui no hizo nada. Muchos supusieron que Zaratiegui, que era amigo de Maroto, sabía lo que pasaba y que dejó hacer.

A la media noche se sublevaba el Quinto de Navarra, y los oficiales Bertache, Orejón, Salaverri, Suescum y otros, puestos al frente, daban los gritos de: ¡Viva el rey! ¡Muera Maroto! ¡Abajo los traidores! ¡Abajo el Cuartel Real! ¡Fuera los *hojalateros!*

La compañía de tiradores que había llegado con Zaratiegui a Etulain, y que formaba la

guardia del general, se sublevó igualmente y marchó a reunirse con el Quinto de Navarra. Todas las tropas de Etulain y de Irurzun abandonaron sus posiciones.

Los sublevados se dirigieron al Baztan y ocuparon los pueblos de la línea de Bidasoa, hasta Vera, en actitud levantisca. A Zaratiegui no le molestaron, por ser del país y considerarle como hombre benévolo con los soldados y poco palaciego.

Se dijo entre los sublevados que el obispo de León, Gómez Pardo, Echeverría, Cabañas el padre y otros muchos apostólicos, volverían a formar una junta, que constituirían después un gobierno con los realistas y ascenderían a los suyos, expulsando a los marotistas.

Bertache escribió a Aviraneta desde Elizondo, contándole lo ocurrido, y envió también varias cartas para el coronel Aguirre y otros oficiales y capitanes del Quinto de Navarra, que estaban expulsados en Francia, diciéndoles que podían entrar en España para unirse y ponerse al frente de los rebeldes.

OPINIÓN DE EX PRESIDIARIO

Unos días después, Roquet volvió tranquilamente de Tolosa a Bayona y fué a visitar a Aviraneta, a quien contó muchas cosas interesantes de don Carlos y de su gente.

El señor Roquet espió por los rincones de la casa de Idiaquez, habló con empleados y con criadas y sacó de todo ello una historia bastante sucia de los acontecimientos, pero más humana de la que se daba como verdadera.

El francés, entre lectura y lectura de las Memorias del Diablo, de Soulié, había interrogado con habilidad a la gente de la casa Idiaquez, y se había enterado de muchas más cosas que si hubiera andado como un zarandillo por el pueblo. Naturalmente, el antiguo presidiario todo lo veía muy negro y muy tortuoso, y los móviles de las acciones de los unos y de los otros le parecían muy bajos. Para él los motivos ideológicos tenían poca importancia, y explicaba las acciones de los unos y de los otros por el odio, la codicia, la envidia, la intriga, la pasión y el homosexualismo.

VIAJE DE GABRIELA

Gabriela, a caballo, hizo presurosamente el viaje de Elizondo a Urdax, en cuyo pueblo fronterizo estaba de guarnición el Doce de Navarra, que se sublevó contra Maroto al saber la noticia que llevó la Roncalesa, de que todos los batallones vasco-navarros estaban pronunciados.

De Urdax, la muchacha se dirigió, por Zugarramurdi y Echalar, a Vera. Habló con el comandante Lanz, le contó lo ocurrido y el comandante reunió la guarnición, que constaba de una compañía del Once de Navarra y algunos soldados de otros regimientos. Se reunieron las tropas en la plaza. Lanz las arengó desde el balcón del Ayuntamiento, habló de la traición de Maroto y acabó vitoreando a don Carlos, a la Iglesia y a los fueros.

Los gritos se corearon con entusiasmo por las tropas y por el vecindario. Todos, al parecer, creían cándidamente que el sublevarse contra Maroto era como ganar la guerra.

Mientras en el pueblo se verificaban estas ma-

nifestaciones realistas, Gabriela marchaba a dormir a la posada la Corona de Oro. Llevaría un par de horas acostada, cuando el comandante Lanz la mandó llamar.

—Sé que desde hace varios días —le dijo— nuestra gente, don Basilio, el coronel Aguirre, el canónigo Echeverría y varios oficiales más del partido realista puro están en Sara esperando el momento de pasar la frontera.

—¿Y qué quiere usted que yo haga?

—Yo creo que sería conveniente que usted, que ha presenciado los sucesos de Navarra con sos propios ojos fuese a ver inmediatamente a esos jefes.

—¿Y qué les digo?

—Les dice usted que se presenten aquí en seguida y se pongan al frente de los rebeldes; yo tengo el temor de que la anarquía se va a desencadenar de una manera terrible.

—Bueno. Entonces, ahora mismo voy.

Lanz indicó a cuatro soldados y a un cabo para que acompañasen a Gabriela por el monte, hasta dejarla en la frontera.

Gabriela, en su mulo, salió de Vera con su escolta, llegó a Sara, preguntó por la rectoral, entró en ella, vió al cura y le contó lo que había visto. Le dijo cómo traía cartas de algunos ofi-

ciales sublevados y el recado del comandante Lanz para los generales apostólicos.

—Ahora iremos a verlos —dijo el presbítero.

Gabriela y el cura salieron de la rectoral y se acercaron a una borda en donde se hallaban los jefes realistas ocultos.

El cura de Sara les contó lo que ocurría, y después Gabriela explicó con detalle todo cuanto había sucedido en el campo carlista.

La noticia produjo gran entusiasmo en los apostólicos. Pensaron, sin duda, que dominaban la situación. Gabriela les explicó con detalles lo ocurrido en Etulain, en Elizondo, en Urdax y en Vera, y dijo cómo había dado tres mil pesetas a Bertache y otras tres mil a Orejón para el pronunciamiento de los soldados carlistas. Estuvo bastante hábil y no dijo que estas pesetas se las habían entregado a ella.

Don Basilio y Aguirre cogieron a Gabriela y la levantaron en alto, gritando:

—¡Vivan las mujeres valientes! ¡Viva la Roncalesa!

—Esta mujer ha salvado la situación —añadieron todos.

Después, el cura Echeverría sacó un bolso verde, de seda, contó tres mil pesetas en onzas,

se las entregó a Gabriela y le regaló otras mil.

—Esto, sin perjuicio —añadió el cura— de que el rey don Carlos te dé una pensión vitalicia cuando ocupe el trono de España, cosa de la cual no se olvidará, porque yo me encargaré constantemente de recordárselo.

EN LA FONDA DE ITURRI

Gabriela se despidió de los realistas, que la saludaron con entusiasmo, montó en su mulo, se dirigió camino de Bayona, fué a la fonda de Iturri, llamó a don Eugenio y le contó lo ocurrido.

—Yo te voy a dar otras mil pesetas —le dijo Aviraneta—, que, con las cuatro mil que has sacado en esta expedición, te servirán de dote para casarte con Bertache.

—Muchas gracias —murmuró ella—; pero mi matrimonio no lo veo claro.

—¿Pues por qué?

Gabriela explicó a don Eugenio cómo Bertache, su novio, estaba enredado con una tabernera y con una gitana.

—Ahora no hay que hacer mucho caso —di-

jo Aviraneta—; se cuentan cosas que no son siempre ciertas o, por lo menos, son exageradas.

—No, no; eso es verdad; hay otra cosa igualmente mala o peor.

—¿Qué?

—Que Bertache y Orejón, y otros, forman una partida de bandidos y están robando y matando por todas partes.

—Sí, no me choca. ¿Y esa noticia sobre Bertache de que está enredado con la tabernera y la gitana es cierta?

—Completamente cierta; el mismo Orejón me lo dijo.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Aviraneta.

—Con Bertache he acabado; ahora esperaré aquí. No tengo ganas de volver a mi pueblo.

El mismo día en que Gabriela llegó a Sara, pasaron la frontera los jefes apostólicos antimarotistas que habían estado allí refugiados. Unos se dirigieron a Vera; otros, a Elizondo; otros se quedaron en Urdax y en Zugarramurdi.

El propósito suyo de mantener y dirigir la rebelión salió completamente fallido.

DISOLUCIÓN

El ejército carlista en Navarra y en todo el país vasco se deshacía, se convertía en hordas, en una serie de partidas de ladrones y de forajidos.

Ya la rebelión triunfaba, y, como un río salido de madre, como una enorme avalancha, se desbordaba, arrastrando todo lo que encontraba a su paso; el contagio se extendía con la fuerza expansiva de una peste, y lo que había sido un ejército ordenado se transformaba en una serie de bandas de ladrones y asesinos, que comenzaban a asaltar las casas, a detener a los viajeros, a robarles y a matarles.

Entre estas bandas, la de Orejón y la de Bertache, como mejor organizadas, eran las que sacaban más producto a la situación.

A los pocos días de aquel movimiento, la disciplina estaba tan rota y relajada, que nadie obedecía a los jefes, y los más audaces, los más desvergonzados, eran los que mandaban.

Al principio, los sublevados de Vera gritaban: Vamos al Cuartel Real, y acabemos con

los infames marotistas, con los *hojalateros* y con la camarilla.

Luego, ya no tuvieron más planes que robar y llevarse todo lo posible.

Ninguno de los cabecillas que partieron de Sara para dirigir el movimiento apostólico fué capaz de contener la rebelión en unos límites políticos. El más hábil de todos, el más astuto, era quizá don Basilio, pero no tenía condiciones de vigor para imponerse.

Don Basilio Antonio García, ex colector de bulas de Logroño, hombre entonces de unos cincuenta años, había dirigido una de las expediciones carlistas que, como todas ellas, se distinguieron por su fracaso.

Don Basilio no gozaba fama de valiente; era hombre inculto, rapaz, se le achacaba ser un tanto envidioso e hipócrita, pero no cabía duda que se distinguía por su astucia y por su instinto de la intriga. Tenía también cierto sentido humorístico; se decía de él que cuando en alguna acción un jefe subalterno se quería lucir y echárselas de valiente, y se adelantaba del lugar en que estaba don Basilio, éste solía gritarle:

—¡Eh, usted, joven, más atrás! ¡A mi rabo! ¡A mi rabo!

Cuando don Basilio hizo la expedición en

compañía de Balmaseda, concluyeron los dos jefes insultándose violentamente, acusándose de intrigantes, ladrones y de farsantes.

Respecto a don Juan Echeverría, no era militar, sino canónigo. Cierto que se puede ser canónigo y militar, como el cura Merino era militar y cura, más militar que cura; pero Echeverría era más canónigo que hombre de guerra. Don Juan se había pasado la vida en el campo del pretendiente asistiendo a fiestas y a banquetes, echando discursos, furibundos y truculentos, en los campos y en los púlpitos; interviniendo en la secretaría, y hasta en la cocina, del Real de don Carlos; pero nunca había dirigido unas tropas ni tenía condiciones para ello.

Echeverría, al verse al frente de los sublevados, publicó una proclama que terminaba así: seis meses de obscuras intrigas y de incesantes ataques han conséguido, al fin, violentar la voluntad soberana, y desde aquel tiempo la guerra derrama, más que nunca, sus furores sobre nuestro territorio. A vosotros, vascongados y navarros, está reservada la gloria de salvar a nuestro rey, a su causa y a nuestro propio país. Un momento basta. Corred, y os acompañará en vuestra heroica empresa, Echeverría.

Zaratiegui publicó inmediatamente, para que

sirviese de correctivo a la del canónigo, otra alocución, dirigida a los baztaneses, firmada en Etulain, en la que decía que: algunos miserables voluntarios, seducidos por un cobarde, habían desertado de las filas de la lealtad y del campo de la gloria, para cubrirse con la ignominia y la vergüenza de los traidores.

Maroto, a su vez, contestó a la alocución de Echeverría, extrañándose de que el canónigo diera este golpe mortal al carlismo, y se insultaron el general y el cura, llamándole el uno al otro indigno sacerdote, y el otro calificándole de traidor e infame.

Respecto de Aguirre, era un impulsivo, inconsciente, alcohólico, un hombre algo parecido a Bertache, con menos talento, con muy poca energía y con un fondo vesánico, casi de loco. Aguirre no hizo nada más que beber y hablar.

Ninguno de los jefes que partieron de Sara para entrar en España llegó a restablecer la disciplina, y algunos estuvieron a punto de ser muertos por sus propios soldados.

XIX

AVIRANETA Y GAMBOA

La introducción de El Simancas en el Real de don Carlos fué el motivo último de la guerra a muerte de los dos bandos carlistas; el apostólico, furibundo, intransigente, instigado subterráneamente por don Carlos, y el marotista, con vagas tendencias liberales, dispuesto a pactar con los cristinos para huir de la violencia y del despotismo, de los realistas puros.

Cuando se supo en Bayona que los carlistas fanáticos se habían levantado en Etulain contra Maroto y ocupaban la línea del Bidasoa, desde Vera a Elizondo, se temió que iban a cometer grandes desmanes; pocos días después se dijo que la anarquía del ejército sublevado era horrorosa, habían matado ya un gran número de personas y estaban en plena rebelión.

Gamboa, al saberlo, llamó al Consulado a don Eugenio de Aviraneta. El cónsul tenía noticias incompletas y exageradas de cuanto ocurría.

Don Eugenio explicó su intervención y la de su agente Roquet en el asunto. El cónsul quedó asombrado. Se le notó la sorpresa y al mismo tiempo la molestia que le producía el ver la eficacia de las maniobras del conspirador.

Repuesto de su sorpresa, dijo a don Eugenio, fingiendo indiferencia:

—Está bien. Convendría que redactase usted una nota en la que hiciera un resumen de todo cuanto me ha dicho para enviársela al Gobierno.

EL GUBERNAMENTAL Y EL JACOBINO

Dos días después, las noticias que se recibieron de España eran tan exageradas y tan terribles, que Gamboa llamó de nuevo al Consulado a don Eugenio.

—¿Qué ha hecho usted? —le dijo al verle, de sopetón, con la cara fosca y la mirada iracunda—; esto es un crimen.

—Pues, ¿qué pasa?

—Pasa que, por su culpa, la sangre está co-

rriendo a torrentes por las provincias vascongadas y Navarra.

—¡Bah! No será tanto; déjeles usted que se maten —contestó sonriendo Aviraneta.

—No, no; eso es criminal. Los sentimientos humanitarios de Europa están alarmados con estos sucesos.

—Pues es la única manera posible de acabar la guerra.

—Es una manera cruel, infame y sanguinaria.

—Yo, hoy por hoy, no veo otra. ¿Es que cree usted que con paliativos va a acabar una guerra así? Dejémonos de hipocresías.

—Yo no soy un hipócrita; pero no puedo ver con serenidad que corran torrentes de sangre española, aunque sea de los enemigos de la libertad y del trono de Isabel II.

—¡Bah! Sobra sangre, señor Gamboa.

—Usted es un revolucionario, un anarquista, un hombre sin corazón —exclamó el cónsul.

—Ese es siempre el reproche de los tímidos y de los egoístas. Esta degollina, que nunca será demasiado grande, puede ser el mal menor, señor Gamboa.

—Un hombre que produce y atiza el incendio

que va a abrasar cuatro de las provincias mejores de España, es un desalmado.

—Esta sublevación no ensangrentará más nuestras provincias que lo que ha hecho ya la guerra civil.

—Es diferente —replicó Gamboa—. La guerra civil nadie la ha dispuesto. Ha surgido porque tenía que surgir. Era un hecho histórico que se venía preparando por el destino. Esto, no; esto es una invención maquiavélica de usted.

—Una invención que me honra.

—No siga usted en ese tono, porque estoy dispuesto a denunciarle a las autoridades francesas para que le expulsen de este territorio, y yo manifestaré al Gobierno de aquí, como al de España, que la expulsión de usted es completamente merecida y justa.

—Muy bien. Veo que tiene usted muchas simpatías por los carlistas, señor cónsul —dijo Aviraneta con sorna.

—Los miro como personas y como españoles.

—Yo les considero sencillamente como enemigos.

—No tanto como hacerles una guerra inhumana.

—Todas las guerras son inhumanas; ellos la han hecho lo mismo.

—No hay que contestar con la ley del talión.

—Usted, señor Gamboa, estuvo en América durante el reinado de Fernando VII, ¿no es cierto?

—Sí.

—Ya se conoce.

—¿Por qué?

—Si usted hubiera estado como yo, perseguido, acorralado por los absolutistas en diferentes épocas, no hablaría usted como habla.

—Nada legitima lo que usted ha hecho, Aviraneta.

—¿Cómo que nada legitima? Lo legitima todo. ¿Es que es usted, por ventura, carlista bajo el manto de empleado y servidor de la reina Isabel II?

—Todo el mundo sabe la firmeza de mis convicciones liberales. Yo siempre he sido fiel a mis ideas.

—Yo, no. Siempre he buscado, por el contrario, ser infiel a las ideas y a las personas. La fidelidad me ha parecido una estúpida virtud. Yo seré fiel a mi palabra, al compromiso que he jurado cumplir; ¿pero, a las ideas, por qué?

¿a las personas, por qué? Yo no me he comprometido con ellas. Las puedo seguir o no seguir; afirmar o negar, según me parezcan buenas o malas. Si hay motivo para ser infiel, está bien el serlo; si no lo hay, se comprende, por lo menos, la posibilidad y se la explica uno.

—Sus ideas me repugnan.

—Mis convicciones liberales son tan fuertes o más fuertes que las de usted.

—Yo no acepto en esto comparaciones.

—Usted me ha insultado gravemente, señor cónsul. Ese es el pago que recibo por los servicios que he prestado a la causa de la libertad. Dígame usted por escrito todo cuanto me ha dicho de palabra; a todo contestaré detalladamente; publicaremos la acusación y la defensa, y veremos a quién dan la razón los españoles liberales, si a usted o a mí.

—Usted es un terrorista, un jacobino, un hombre que no repara en medios.

—Usted es, en cambio, el eco del clamoreo de los carlistas de Bayona y de los legitimistas franceses, que ven que su tinglado se viene abajo. Son ellos los que comentan la alarma y exageran las noticias.

—¿Para qué?

—Porque tienen amigos y parientes en los

dos campos carlistas y quieren que el partido absolutista no se descomponga.

—Usted cree que todo el mundo es un intrigante como usted.

—Yo, lo que no tengo, es hipocresía. Quiero el fin y quiero los medios. Lo que he hecho yo, la intriga que he preparado para la escisión del carlismo, la he llevado a cabo con el conocimiento previo del Gobierno de la reina. El remedio es duro, pero no he visto otro.

—¡Qué dirá la historia de procedimientos así! —exclamó Gamboa.

—¡Pse! La historia no se enterará. ¡Además, hay tantas clases de historia! Hay la historia para uso del delfín, ad usum Delphini, y hay la historia pomposa y falsa para los reyes y la historia para los diplomáticos, que es casi siempre chismografía, y la historia para los lacayos y la historia para los políticos. Hay la historia elocuente de Tácito y Tito Livio y la historia humana de Herodoto, y la historia escandalosa, como la de Procopio, y la historia dinámica, como la de Maquiavelo, y las anécdotas para cortesanos, como la de Brantome, y la de soldados, como la de Bernal Díaz del Castillo, y las historietas como las de Tallemant de Reaux. ¿Sabe usted lo que han dicho los marotistas y Maroto

de la causa de su desprecio por Arias Teijeiro?

—¿Qué han dicho?

—Que lo despreciaban porque era el *mignon* del rey.

—No quiero oír cosas semejantes. No las quiero oír —y Gamboa paseó de arriba a abajo por la sala del Consulado.

EXPLICACIONES

Tras de un momento de silencio, Gamboa preguntó:

—¿Usted cree que las noticias que vienen de Navarra serán exageradas?

—Creo que sí. Pero, como le digo a usted, no sentiría que se degollasen.

—Con eso no se resolvería nada.

—Yo creo que se resolvería todo. Supongo que las noticias son exageradas. A todos los legitimistas de aquí, les duele que el partido carlista desaparezca; exageran el peligro, por ver si encuentran medios de salvarlo.

El cónsul debió reflexionar; paseó de nuevo de arriba abajo por su despacho y llegó a serenarse y a sonreír.

—No debe tomar usted al pie de la letra todo

lo que le he dicho en medio del acaloramiento que me han producido estas noticias. Es muy posible, como usted dice, que los sucesos se hayan exagerado. Por otra parte, me consta que es usted un buen liberal y un buen patriota.

Don Eugenio, considerándose victorioso, no quiso vengarse del cónsul devolviéndole insulto por insulto y acusación por acusación. Estuvo un momento dispuesto a echar en cara a Gamboa sus negocios obscuros de suministros al ejército, hechos en complicidad con los banqueros Lasala y Collado, pero se calló. Ya llegaría el tiempo en que pudiera hablar.

DISCUSIÓN

Aviraneta se sintió político y prudente; las circunstancias eran graves y había que marchar con astucia y seguir el plan trazado con serenidad y con tino, sin fijarse mucho en los detalles, ni en tiquis miquis de dignidad.

—Vamos, señor Gamboa, hablemos claro —dijo.

—Yo no oculto nada.

—Usted está en el grupo de los progresistas.

—Sí.

—Yo soy un liberal indefinido. Dígame usted con franqueza qué es lo que ustedes desean, qué clase de Gobierno pretenden para España. ¿Cómo quieren ustedes que acabe la guerra civil?

—Yo, por mi parte, hubiese querido el triunfo militar definitivo, completo, de las armas liberales, por su superioridad técnica —murmuró Gamboa.

—¡Ah, yo también! Pero eso no depende de la razón, sino de la fuerza.

—El Estado debía tener la superioridad técnica.

—Debía... pero no la tiene. La superioridad técnica sería admirable; ¿pero es que vamos a creer que el que tiene la razón tiene la fuerza? ¡Qué ilusión! Uno puede tener razón y buenos puños; puede tener razón y puños débiles; lo mismo sin razón se puede tener fuerza o no tenerla.

—No estoy conforme. Esos son casuismos.

—Cierto que los liberales tenemos la fuerza del Estado —siguió diciendo Aviraneta—; pero los carlistas tienen la fuerza del pueblo. Nuestra gente está en el campo desamparada, perdida, sin alojamiento, ni lumbre, ni pan; los carlistas tienen la protección del aldeano, de los curas, de

las mujeres y de los chicos. Les pasa, no tan en gran escala, como a nosotros, los guerrilleros, en tiempo de la guerra de la Independencia. Nosotros teníamos el país íntegro en nuestras manos; ellos lo tienen casi íntegro en las suyas. Contra ellos hay que luchar a traición, con todos los medios.

—No. Eso, no.

—Sería indudablemente muy bonito —siguió diciendo Aviraneta, como hablándose a sí mismo— poder mover el molino con aguas claras y limpias; pero no hay corriente bastante y hay que utilizar las aguas sucias y turbias. Yo acepto esta colaboración de la letrina; a lo que no llegaré nunca es a la hipocresía y a la mentira de afirmar que lo sucio es limpio y lo deletéreo puro.

—Le he dicho a usted que no soy hipócrita. Utilicemos sólo lo puro.

—Imposible. Seríamos derrotados. Somos la minoría; María Cristina nos traiciona y se entiende con don Carlos; la mayor parte de España está en contra nuestra; en casos así todos los procedimientos son buenos.

—Para mí no debe haber más procedimiento bueno que el que se ha seguido en esta última época: mejorar el ejército, depurarlo, hacer que

el pueblo liberal tenga confianza en sus generales y en sus jefes.

—Muy bien; pero no la tiene. Mire usted los versos que han corrido hace meses.

Aviraneta sacó un papel del bolsillo y leyó una décima que decía así:

Loor a los generales
Que a la batalla nos guían;
Sólo en España podrían
llevar el nombre de tales.
En riscos y matorrales
Ven la facción apostar,
Mándanos luego atacar
y ábrenos mil sepulturas
Por ganar unas alturas
Y volverlas a dejar.

—En todas partes hay descontentos. Eso no significa nada —dijo Gamboa.

—No significaría nada, es cierto, si fuera un síntoma aislado; pero no lo es. ¿Cree usted que a mí, liberal, no me hubiera gustado la victoria absoluta y completa de nuestras armas?... Pero hay que ver si la cosa es posible o no lo es. De ahí que se haya hecho camino la idea que

yo he lanzado el primero, la idea de un Convenio.

EL LIBERALISMO

—En último término, aceptaremos el Convenio siempre que deje íntegras las conquistas del liberalismo —murmuró Gamboa.

—¿Cuáles? ¿Estaremos todos conformes en eso? ¿Qué es para usted el liberalismo? —preguntó Aviraneta.

—Yo veo el liberalismo en el régimen constitucional y en el reinado de Isabel II.

—Bien. Ese es el liberalismo español actual, práctico; pero fuera de ese, hay otro liberalismo universal, más importante: la filosofía, la razón, el libre examen.

—Ese no se debate ahora.

—Ese se debate siempre. ¿Qué me importaría a mí de Isabel II si con su reinado no hubiera posibilidad de vivir con más libertad que con el reinado de ese estúpido Carlos? Mi liberalismo es libertad de pensar, libertad de movimientos, lucha contra la tradición que nos sofoca, lucha contra la Iglesia...

—Es usted un ateo.

—No sé... quizá. Aunque fuera uno deísta y creyera en Dios y en el Diablo; después de que hablara Dios, le diríamos al Diablo: Ahora, hable usted. Alguna vez podía tener razón.

—Usted no la tendría nunca con esas impiedades.

—Ustedes la tendrán. Yo supongo lo que pasará en España con los liberales de aquí. Conozco el país y a la gente.

—¿Qué pasará?

—¿Qué pasará? Que se pondrán todos a defender con entusiasmo las formas, lo que es accidental, lo que es accesorio: el parlamento, la democracia, técnicas y técnicas para que pueda farolear la clase media... Lo que es esencial, el espíritu, el humanismo, eso no lo defenderá nadie. Nuestros generales se movilizarán por ambición y pasaremos del despotismo burocrático de la monarquía absoluta a las dictaduras militares. Espartero me da miedo.

—¿Miedo?

—Es una manera de decir. A mí no me da miedo nada.

—¡Qué ridícula jactancia! —murmuró Gamboa.

—En esta situación, yo, por mi parte, lo que deseo es que se derrame la menos sangre posible —dijo de pronto Gamboa.

—¿Tendrá ese mismo deseo el general Espartero? —preguntó Aviraneta.

—Sí, seguramente.

—¡Hum! ¡Qué sé yo!

—¿Lo duda usted?

—Lo dudo. No conozco a Espartero más que por lo que me han hablado de él. Le tengo miedo, como le he dicho a usted antes. Parece que es un hombre a quien le gusta la guerra y la aventura. Es militar y jugador. Es difícil que desee la paz.

—Pues la desea fervientemente.

—Yo lo dudo. A él, como a todos los generales que le rodean le gustaría dar grandes batallas para lucirse. Desde hace algún tiempo no hay militar de alta graduación que no aspire a ser un Bonaparte.

—A pesar de ello, yo estoy convencido de que Espartero es un buen liberal, y que quiere que

acabe la lucha sangrienta, para ver si se puede hacer próspera la situación de España.

—¿Naturalmente por la dictadura?

—No lo creo.

—Todo gobierno revolucionario se tiene que convertir en seguida en dictatorial y en despótico de un modo casi automático. De la misma manera las masas tradicionalistas se hacen finalmente anárquicas. El Gobierno, sea el que sea, llama el despotismo, como la masa, sea la que sea, atrae la anarquía.

—No estoy conforme.

—Pero dejemos esto; es una digresión teórica. ¿Tiene usted bastante confianza con Espartero para proponerle un plan de campaña que en quince días concluya con la facción con la pérdida de poca gente?

—Confianza para proponerle el plan la tengo; ahora que lo acepte o no lo acepte, es otra cosa.

—¿Cuándo podría usted enviarle un correo?

—Mañana, por la mañana.

—¿A qué hora?

—A las ocho.

—¿A las siete puedo venir a leerle mi plan?

—Sí.

—Pues a las siete en punto estaré aquí.

—Muy bien; le esperaré.

Aviraneta fué a la fonda, se metió en su cuarto y estuvo largo tiempo dando vueltas arriba y abajo, pensando y cavilando.

—Espartero no aceptará mi plan —se dijo—. Si lo acepta, nadie querrá creer que yo lo haya preparado. Si se tratara de un hecho leído en una historia, y ocurrido hace doscientos años, les parecería natural y lógico; pero de una cosa actual dudarán. Pero esto es lo de menos. Vamos a trabajar, a poner en claro las ideas.

Aviraneta estuvo largo rato estudiando el mapa de Navarra y de Guipúzcoa; hizo dos o tres itinerarios, escribió varios borradores, explicando su plan, compulsando los datos, y se acostó, después de llamar al mozo y de encargarle que le despertara a las seis de la mañana.

Al levantarse se vistió, leyó sus borradores, hizo un rápido resumen y fué inmediatamente al Consulado. El plan no tenía más que una página. Se trataba del movimiento, que, según, Aviraneta, debía hacer el ejército liberal. Este movimiento consistía en un avance a marchas forzadas desde Tolosa y Vergara a la orilla del Bidasoa y al valle del Baztan por diferentes puntos.

Don Eugenio leyó su cuartilla al cónsul y explicó el movimiento militar que debía hacerse en

el mapa, calculando las distancias de pueblo a pueblo y las probabilidades de aprovisionamiento.

Gamboa oyó la explicación un tanto preocupado, asintiendo la mayoría de las veces.

—Indudablemente —parecía pensar por su expresión y su actitud— éste es un hombre de gran talento natural.

Al concluir sus explicaciones, Aviraneta dijo:

—Yo creo, amigo Gamboa, que usted, que ha podido comprobar cómo el Simancas ha encendido la guerra intestina entre los carlistas y ha presenciado otros hechos creados por mí, verá usted este plan como una cosa factible. Yo pienso que está bien concebido, que es el único que se puede emplear en este momento y que debe usted enviárselo al general Espartero para que lo examine.

—Se lo enviaré; no tenga usted cuidado.

—Estoy seguro de que si sigue mis indicaciones al pie de la letra, los resultados serán positivos y acertaré, como he acertado en el Simancas.

—¡Al pie de la letra! —exclamó Gamboa, profundamente molesto por la frase—. La petulancia y el orgullo le pierden.

Aviraneta estuvo largo rato en el Consulado

y vió cómo Gamboa enviaba el plan con un correo a España.

La sequedad de Gamboa con don Eugenio se convirtió durante los días sucesivos en amabilidad; y más cuando vió, con sorpresa, que Espartero, por coincidencia o por haber leído el plan que le habían mandado desde Bayona, siguió punto por punto las indicaciones de Aviraneta.

Gamboa dijo a don Eugenio que iba a mandar al Gobierno una comunicación especificando sus aciertos y sus méritos; pero luego la aplazó y, a lo último, no la hizo.

Pasados algunos meses, el decir que alguien había colaborado en el final de la guerra y en el Convenio de Vergara, era ofender al general Espartero y a sus amigos.

XX

LA ANARQUÍA EN EL CARLISMO

Cuando don Carlos vió que Navarra y las provincias vascas no se alzaban en masa contra Maroto, echó mano de un expediente digno de Fernando VII, su excelente hermano, y fué declarar traidores a los batallones sublevados por su instigación, entre ellos el Quinto de Navarra.

Mientras tanto, mandaba emisarios a Echeverría y a los demás realistas fanáticos para que persistieran en su actitud hasta el completo triunfo, les decía.

Después todo se realizó sin orden ni concierto. Maroto hizo lo que no quería, ni esperaba, arrastrado por los acontecimientos; a don Carlos le ocurrió algo parecido; los demás generales salieron del paso como pudieron.

La mayoría de las tropas estában deseando la paz, y era imposible devolverles el fervor y el entusiasmo perdido por la guerra.

La noticia del Convenio de Vergara se supo en Bayona muy pronto. Un oficial inglés, de la escuadra de lord John Hay, la comunicó en San Juan de Luz y corrió en seguida por el Mediodía de Francia.

Días antes de saberse el Convenio de Vergara, se habló de los terribles desmanes que ocurrían en la línea del Bidasoa, producidos por el Quinto de Navarra y los otros batallones, mandados por Aguirre, don Basilio, el cura Echeverría, Salaverri, Suescum, Bertache y los demás oficiales y sargentos.

A medida que se conocían detalles de la escisión y de la descomposición del carlismo, no se sabía ya quienes eran los amigos y quienes los enemigos. En Bayona, la confusión tomaba grandes proporciones.

Las insidias y las acusaciones eran constantes; de toda persona con algún relieve se decía que entraba en Francia con cajas y maletas llenas de onzas de oro. Se hablaba de carlistas, que iban a los Bancos a guardar sus fondos; de que muchos llevaban joyas y papeles, para realizarlos en el extranjero. Esta era la voz popular.

El periódico la *Moda* de París hizo una caricatura del Convenio de Vergara. Se llamaba *Grrran carga de los Cristinos,* y debajo decía: Maroto se ha rendido a las balas inglesas.

Los soldados de la reina, en la caricatura, con sus casacas y morriones, tenían al lado del cañón sacos llenos de dinero, en los cuales ponía un número y muchos ceros, y después *piastras,* porque los carlistas franceses y simpatizadores del carlismo no sabían siquiera la moneda que se empleaba en España, desconocimiento de las cosas españolas muy frecuente en Francia hasta en los hispanistas.

Desde que se vió la partida perdida, ya nadie tenía fe en don Carlos, en sus generales o en sus ministros.

Todo el mundo aseguraba que el pretendiente era un hombre estólido, inepto, cobarde, irresoluto, sólo hábil para la intriga; algunos llegaban a afirmar que era un imbécil. A los generales se les acusaba de obtusos, de poco comprensivos y hasta de traidores. La suspicacia aumentaba por momentos. Se desconfiaba de todo. No se podía fiar de nadie; las exageraciones eran sospechosas, las moderaciones no lo eran menos.

EL ARISTOCRATISMO CARLISTA

Algunos escritores españoles han creído, por pura imitación de la literatura y de la historia francesa, que el ejército carlista era una especie de Vendée aristocrática, y no había tal. En el carlismo los aristócratas tenían muy poca influencia. Menos que en el liberalismo. La aristocracia había perdido su prestigio por completo en España en la guerra de la Independencia, pues la mayoría de las grandes familias habían tomado partido por el rey intruso. Esto les había despopularizado.

El tradicionalismo español tenía un sello clerical y demagógico, más demagógico que el liberalismo, pero no aristocrático. El liberalismo español no se manifestaba muy liberal, era ordenancista, oficial, tendía al despotismo ilustrado.

El carlismo era la demagogía negra, la continuación de las turbas patrióticas de la guerra de la Independencia y de las hordas absolutistas de 1823. No hubo ningún caudillo aristócrata querido entre las masas carlistas. Zumalacárregui, Cabrera, Maroto, Villarreal, Merino, Gó-

mez, Balmaseda; todos eran de la burguesía o del pueblo. Los Eguía, los Urbistondo, los Elío, aunque de clase más acomodada, no eran tampoco de la aristocracia. En el ejército isabelino había muchos más condes y marqueses que en el carlista.

En el país vasco se dijo durante mucho tiempo que la guardia de don Carlos era un plantel de aristócratas. Pura leyenda. La Guardia Real tenía una sección de infantes y otra de jinetes. En la guardia de infantería había gente de poca categoría social: el hijo mayor del sacristán de Mondragón, el del maestro de Segura, y muchos hijos de oficinistas del Real, de empleados y de familias de menestrales, carpinteros, confiteros y labradores.

Entre los carlistas vascos era por entonces más frecuente que entre los liberales el firmar con el de, y esto, que nunca fué en el país señal de señorío, sino de procedencia, daba un leve matiz aristocrático a las listas de oficiales y soldados de don Carlos.

En la guardia real de caballería había mozos de familias más acomodadas que en la de infantería; pero tampoco abundaban en ella los títulos ni los nombres que hubiesen sonado en la historia.

Don Carlos quiso aplacar la insurrección de Vera y de los pueblos del Bidasoa, que él mismo había provocado. Fué a Lesaca, hizo que el cura de este pueblo llamara a Echeverría para conferenciar con él; pero Echeverría no le resolvió la cuestión, no tenía poder bastante en sus tropas, iba arrastrado por los soldados y no pudo hacer nada.

Terció Elío, hombre de prestigio entre los navarros, que envió a algunos oficiales y a varios frailes para que aplacaran a las tropas de Vera y de Lesaca. Intervinieron también el general Ilzarbe y los comandantes Aldave y Lanz.

Elío envió desde Arizcun a Vera al padre Guillermo, partidario de Maroto, aprovechando un momento en que no estaba Echeverría. El padre Guillermo, que era un fraile transigente y poco fanático, arengó a los sublevados del Quinto de Navarra, pero no consiguió lo más mínimo.

Elío lo hacía todo al revés. Un fraile furibundo y truculento hubiese quizá arrastrado a

aquella gente; pero un fraile racionalista y templado tenía todas las de perder.

Los sublevados, a los discursos y sermones de religiosos y laicos, contestaban con gritos de: "¡Abajo el Cuartel Real y Mueran los traidores!" Fué imposible salvar la situación.

Días después, Aldave, jefe de la línea de la frontera, previno al comandante Lanz, gobernador del puesto de Vera, que deseaba tener una conferencia con él para manifestarle las intenciones del general Elío, que había llegado a Lesaca.

Lanz pasó al punto de cita con dos oficiales del Quinto y Aldave le dijo que Elío le había encargado pusiese en su conocimiento que tenía ocho batallones navarros de infantería y caballería y cuatro más de vascos que estaban prontos a pronunciarse contra Maroto, a condición de que Navarra y las provincias vascas quedasen independientes de España. Lanz y sus compañeros, asombrados, no aceptaron la proposición.

Elío se mostró en el último período de la guerra como la quintaesencia del cambio y de la versatilidad. Unas semanas antes de entrar en Lesaca, Marcó del Pont tuvo una conferencia con él en Lecumberri y Elío le dijo que él

se comprometía con sus ocho batallones navarros a llevar a don Carlos hasta el ejército de Cabrera, en Aragón.

El pretendiente y sus consejeros estudiaron el proyecto, que les ilusionaba, y cuando pidieron un plan concreto a Elío, éste dijo que la cosa era difícil, porque los navarros no querían salir de su país.

Toda la clerigalla dirigida por el padre Cirilo estaba reunida en Santesteban, esperando la solución de la cuestión carlista, para quedarse en España o meterse en Francia.

Comenzaban los carlistas del interior a acercarse a la frontera para escapar a Francia. Los batallones sublevados contra Maroto no obedecían a los jefes. Los codiciosos veían que se acababa la guerra y querían agenciarse dinero de cualquier modo para vivir dentro o fuera de España.

El Quinto de Navarra, que hasta entonces había tenido fama de disciplinado y de incondicional, seguía cometiendo atropellos en Vera.

Los soldados se sentían presos de un encono furioso, y a los *hojalateros,* que iban buscando la salvación en la fuga, los trataban a baquetazos.

Los soldados carlistas en grupos, algunos con

caballos y con carros, iban acercándose a la frontera. Venían frenéticos, descontentos, dispuestos a vengarse en el país por donde pasaban de lo que les sucedía.

Todos estos hombres, partidarios oficialmente de las viejas costumbres, de los viejos hábitos, se lanzaban prácticamente a un anarquismo faunesco y pánico y golpeaban sobre lo establecido como un ariete sin el menor remordimiento.

El carlista amanerado y prudente, sabi-hondo y pedantesco, se ha inventado un dogma cerrado e invariable, y este dogma invariable, esta proyección falsa de su espíritu, le parece más cierta que su propio espíritu, oscilante y cambiante.

Este carlista no veía la realidad, no quería verla, sino un mundo de lugares comunes, espectrales, históricos y académicos, y, sin embargo, iba dejando realidades, la mayoría de las veces sangrientas, allá por donde pasaba.

Aquella gente que se echaba sobre la frontera, sin dinero, sin ropa, sin zapatos, tenía que vivir necesariamente sobre el país.

Estos rezadores de rosario se convertían en perros de una jauría furiosa y hambrienta, que tenía la nostalgia de dar dentelladas a derecha e izquierda.

El aire pánico iba corriendo por el país y enloqueciendo a los soldados.

Siguiendo por aquel camino hubieran eclipsado las fechorías y atrocidades que cuenta Lope García de Salazar de los banderizos vascos en su libro las *Bienandanzas e Fortunas,* y con un poco más hubieran llegado a un frenesí y a un horror de aquelarre o de sábado brujeril.

La partida de Orejón y de Bertache recorría el país de un extremo a otro, llevándose impunemente todo lo que encontraba.

El Once de Navarra avanzó desde Echalar a Vera para obrar en combinación con el Quinto, y se instaló en los caseríos del monte de Santa Bárbara, acechando el paso de los fugitivos. Los del Once destituyeron a su coronel, don Ciriaco Gil Caballero, por inútil, y mandaban los sargentos.

El Quinto de Guipúzcoa, que ocupaba la línea de Vera a Oyarzun, mandado por Ibero, se unió a la insurrección.

Don Basilio quiso obrar en ordenancista; al llegar a Vera, desde Sara, envió a un agustino, el padre Huertas, para que fuese al Real de don Carlos y le dijese que estaba a sus órdenes.

Don Carlos contestó de una manera ambigua,

y don Basilio fué, como todos, haciendo una porción de cosas que no quería. A lo último se unió con el general Guibelalde, y pensó que entre ambos podrían dominar la situación; pero, no sólo no la dominaron, sino que estuvieron ambos en un caserío de Vera a punto de ser fusilados.

Guibelalde y don Basilio quisieron aplacar con razones y después con amenazas a los rebeldes; sujetar a los Bertache y a los García Orejón; pero éstos se impusieron en seguida, dieron orden para que los dos generales fueran presos, y estuvieron en capilla, y los sacaron a la carretera para ser fusilados. Unos frailes que mandó Echeverría consiguieron su perdón a fuerza de ruegos, de súplicas y de promesas.

Don Basilio tuvo que pagar su rescate y dejar en las manos de los sublevados todo su dinero, que no era poco. Los rebeldes ya no hacían caso ni de curas ni de frailes. El terror era cada vez mayor en el país; en los pueblos, las gentes no salían de sus casas, y en los caseríos, los labradores se atrincheraban en los rincones del desván y allí estaban anhelantes, asustados, esperando que pasara la mala racha.

Nadie se decidía a viajar, y solamente en caso

de necesidad muy apremiante iban a sus visitas los médicos, los curas o los notarios.

La anarquía reinaba en los restos del ejército carlista. Entre Endarlaza y Biriatu, las personas que venían huyendo dijeron en Francia que habían visto varios cadáveres en el camino, entre ellos cuatro de mujeres, algunos de soldados carlistas y uno de un cura.

A un intendente llamado Riaza y a un oficial castellano los mataron a la entrada de Vera. Al carlista Aldasoro de Placencia le quitaron el dinero y le dieron una tanda de palos.

La viuda de Maturana, la poetisa, la autora del *Canto a la Luna,* tuvo que arrodillarse delante de los oficiales y sargentos, del cura Echeverría, y ofrecer todo su dinero y sus joyas para salvar a sus hijas, y a ella misma, que estuvieron a punto de ser violadas de una manera nada lunática.

Algunas compañías con tropas fieles se unieron a Elío en la línea del Bidasoa, y se acuartelaron en Arizcun; pero el general no pudo conseguir nada; su situación era muy difícil. Primero dijo que iba a atacar a los rebeldes; luego añadió:

—Si ataco a los sublevados, estamos perdidos; si no los ataco, también. Elío, Goñi y Zara-

tiegui no tenían prestigio. A unos se les consideraba marotistas. De Elío se decía que era fuerista, casi separatista.

Echeverría, siguiendo el ejemplo de los Bertache y García Orejón, quizá inducido por sus lugartenientes, se lanzó a robar como un capitán de bandidos, y todo carlista rico que pretendió pasar de Francia por Vera tuvo que inclinarse ante las horcas caudinas del canónigo y dejar su tributo en dinero o en especie.

Trescientas o cuatrocientas personas de las más influyentes en el carlismo, entre ellas una nube de curas y frailes, sin duda poco partidarios del martirio, pasaron como pudieron por Vera y sus alrededores, gateando por las regatas, marchando de noche por los senderos, poniendo a salvo la preciosa existencia y algunos cuartos.

Entre esta gente que ganó la frontera, estaban la viuda y los hijos de Zumalacárregui, la familia de Guibelalde, los O'Donnell carlistas, el duque de Granada, el marqués de Narros, el ex-ministro Cabañas, la marquesa de Santa Eulalia, el padre Gil, doña Pilar Fulgosio, los jesuítas de Loyola y otros muchos. Todos tuvieron que pagar su tributo y dejar algunos pelos en la gatera, porque los Bertache del Quinto y

el Once de Navarra no se andaban con bromas.

Algunas familias que tenían relaciones con los liberales salieron por Irún. La señorita de Arce, camarista de la princesa de Beira, y algunas amigas suyas, pasaron por Behobia.

Otros, enterados de cómo las gastaban los sublevados de Vera, tomaron por el camino de Velate y luego se dirigieron hacia Francia por el alto de Berdaraz a coger Urepel o los Alduides.

LOS CHAPELGORRIS

Al mismo tiempo que en la línea del Bidasoa, los carlistas se dedicaban a saquear y robar; las partidas de chapelgorris de Sainz, Elorrio, Zubeldia y Noain aparecían en Velate, e iban avanzando y fusilando a todo carlista que cogían con las armas en la mano.

Días después, el general Jáuregui aparecía en las proximidades de Vera, y el Quinto y el Once de Navarra se metían en Francia, en donde eran desarmados.

La sublevación de los batallones carlistas contra Maroto, seguida al poco tiempo del Conve-

nio de Vergara, produjo una gran confusión en el elemento director del partido en Bayona.

Se sospechó que todos los generales eran traidores y que estaban vendidos a los ingleses y a Espartero. Se dijo que un centinela carlista de la guardia real llegó a llamar traidora y falsa, cara a cara, a la princesa de Beira, mujer de don Carlos, a la salida de Vergara, y hasta amenazarla.

Se afirmaba que la de Beira era marotista. A pesar de que ella dijo repetidas veces que Maroto era enemigo acérrimo suyo, pues quería que su marido y ella abdicasen en su hijo, nadie lo creyó.

A esta princesa le aconsejaron que fuese a Vera para buscar la protección de los antimarotistas, y ella dijo que no, porque temía que la asesinaran.

El señor Velasco, marido de doña Jacinta de Soñanes (álias la Obispa), fué al Cuartel Real, que por entonces estaba en Lecumberri, donde defendió calurosamente, en presencia de don Carlos, al cura Echeverría y a don Basilio, por haberse sublevado contra Maroto. Al parecer, los del Cuartel Real insultaban y ponían como un trapo a los realistas puros.

Se enzarzó la discusión entre los que rodea-

ban al pretendiente, y terció don Bruno Villarreal, que amenazó con fusilar al marido de la Obispa, a pesar de ser éste hombre de tan gran cabeza. Todos los días se exponía un proyecto distinto y casi siempre disparatado, que, naturalmente, no se realizaba. El pretendiente tenía uno; su mujer, otro; el infante don Sebastián, otro, y, además, tenían proyectos Elío, los realistas, los fueristas, los sargentos y los soldados.

El viejo general Eguía, que estaba dispuesto a aceptar el Convenio, recibió de mala manera a varios soldados y oficiales de los batallones de Castilla, que, después de desarmados en Vergara, fueron a Elizondo y pidieron incorporarse de nuevo a las filas carlistas.

Eguía les trató de desertores, de hombres sin palabra y sin honor, les amenazó con el bastón y añadió que a todo oficial convenido en Vergara que se pronunciase contra Maroto, lo mandaría fusilar. Era don Nazario Eguía un ordenancista furioso, y siempre había considerado el fusilamiento como el mejor medio para implantar la disciplina y hacer marchar a la gente derecha.

Todos los perspicuos del partido, el padre Cirilo, Valdespina, don Juan Bautista Erro, Otal, Ramírez de la Piscina, el brigadier Mon-

tenegro, cuando vieron el mal cariz de los acontecimientos, se metieron en Francia sin despedirse de su amado don Carlos.

A la salida de Urdax para internarse en Francia, se dijo que Elío y el infante don Sebastián tuvieron algunas palabras agrias. Se afirmó que Elío jugaba con dos barajas. Era, indudablemente, el general navarro un hombre frío, apático, poco efusivo, arbitrario. Se dijo también que Villarreal, que tenía un gran odio contra la guardia de don Carlos, la mandó colocar cerca de la frontera, en sitio donde los cristinos la pudieran diezmar fácilmente.

Desde Elizondo, el brigadier Real, y no como dijeron Zabala, fué a pedir permiso para que don Carlos pudiese entrar en Francia.

Al general Espartero no le pareció bien aprovecharse de las circunstancias, y en este trozo corto de Urdax a la frontera francesa no quiso atacar a los carlistas y dejó que salieran las tropas enemigas sin castigarlas.

Harispe, el mariscal francés, se lo hizo notar al verse con él.

—¿Qué quiere usted? —le contestó Espartero—. Eran españoles como los míos, ¿para qué matarlos?

XXI

EL AVANCE DE LOS LIBERALES

El general Espartero se apresuró de motu proprio, o influído por el plan que desde Bayona le había enviado el cónsul Gamboa, a avanzar rápidamente; hizo una marcha forzada hacia Tolosa, mientras que don Diego León se internaba por la Borunda, camino de la frontera.

Los carlistas, que tenían en Tolosa sus almacenes de víveres y pertrechos de guerra, y que no esperaban un avance tan rápido de los liberales, se encontraron desde aquel momento perdidos.

Al mismo tiempo se supo que las tropas carlistas de las líneas de Andoain y de Hernani se sublevaban. Este movimiento a favor de la paz fué producido por la instigación de los agentes de Aviraneta.

Don Carlos, al saber que Espartero llegaba a Oscoz, ya cerca del valle de Ulzama, y que allí se entrevistaba con don Diego León para marchar los dos paralelamente, decidió su retirada a Urdax.

Espartero siguió avanzando hacia el Norte con rapidez; gracias a esto, no se verificó el encuentro que se esperaba entre marotistas y apostólicos, que hubiera terminado probablemente con una terrible matanza.

Espartero tomó para su vanguardia algunas partidas de chapelgorris, entre ellas la del sargento Elorrio, que conocía muy bien el terreno y tenía un gran fervor liberal.

Elorrio se metió rápidamente en la cuenca del Bidasoa, antes de que los carlistas pudieran prepararse para resistir, y desde Vera mandó un recado a Aviraneta, pidiéndole instrucciones. Aviraneta le contestó que fuera al día siguiente a Irún, a la fonda de Echeandía, donde podrían verse y hablarse.

Elorrio fué y hablaron largamente.

Tanto Aviraneta como Elorrio sospechaban que Espartero no iba a hacer ningún esfuerzo para coger al pretendiente, y que no sólo no iba a hacer esfuerzo alguno, sino que le iba a dejar escapar.

Entre Aviraneta y el sargento idearon un plan para prender a don Carlos.

LA FRONTERA

La mayoría de los carlistas que estaban en Elizondo dispuestos a pasar la frontera no conocían la topografía del puerto de Otsondo, que comunica Elizondo con Añoa, por el caserío de Dancharinea. Pensaban, sin duda, que la frontera estaría a un paso, y hay sus cuatro horas largas de camino.

Se sale de Elizondo, se pasa el barrio de Elvetea, se deja a la derecha Arizcun, con su antigua torre de Ursúa, y el barrio de Bozate, poblado por la raza misteriosa de los agotes; se pasa por Maya, al pie del monte Gorramendi, por delante del punto en donde defendieron los navarros su independencia contra Felipe II, y se comienza a bordear el pico de Alcorrunz y el alto de Otsondo. Se dan vueltas y más vueltas a los montes por un camino en espiral, durante mucho tiempo, hasta que de pronto se llega al puerto y se ve el mar, la costa francesa y algunos pueblos, como Ezpeleta, Añoa, y San Juan de Luz.

Después de llegar al alto, hay que bajar todavía algún trecho para llegar a la frontera; es necesario acercarse al arroyo Ugarona, o Ugarana, que entra en Francia y se une a la Nivelle. Ya en el valle, hundido, de cara al territorio francés, en el repliegue de los montes se ve Urdax, con su iglesia y las ruinas del antiguo monasterio de San Salvador, y después algunas casas de Zugarramurdi. A un lado del camino, en la misma frontera, hay una pequeña barriada, la aduana de Dancharinea.

Desde el puerto de Otsondo se ven tres montes hacia el lado del mar; el más dentro de tierra, Peñaplata, de silueta informe, con dos o tres picachos altos; después, en medio, Labiaga, y luego, más lejos, Larrun, con una forma de monte más clásica. Hacia el interior se ven el Arsamendi, el Idusquimendi y el pico de Mondarraín, que da hacia la parte de Cambó.

Elorrio y Aviraneta decidieron que los chapelgorris prepararan una emboscada a don Carlos en el camino que va desde Urdax a la frontera. Este camino era el más indicado para apoderarse del pretendiente.

Elorrio puso su gente en el sitio estratégico; pero, a pesar de la diligencia de los chapelgorris, la emboscada no dió resultado.

Cuando a las dos de la tarde se presentaron los cristinos en las alturas que dominan a Urdax, comenzó un fuego muy vivo contra ellos el Regimiento Cántabro. Zabala había avisado al pretendiente, y don Carlos y la familia real comenzaron a marchar hacia la frontera, en medio de una compañía. Como la guardia real pretendió acompañarla, Elío la mandó que se volviera hacia donde se oía el fuego y respondiera; el infante don Sebastián se opuso y triunfó Elío.

Villarreal mandó estar formada a la guardia en Dancharinea, hasta que pasaron todas las fuerzas a Francia. Se dijo que Villarreal tenía mucho odio a la guardia, porque los que la constituían presumían de ser aristócratas, y que la dejó allí a propósito para que Espartero la fusilara a mansalva.

Se dijo también que Villarreal estaba ofendido y molesto porque alguien de la guardia había asegurado que los Villarreal eran judíos.

Elorrio y los suyos, al comprender que en medio de la compañía iba don Carlos, se echaron sobre ella y la desbarataron. Un parecido extraordinario de don Carlos con un oficinista del Real, la confusión del momento y la necesidad de obrar con rapidez, hicieron que, en vez de

prender al pretendiente, un chapelgorri de Elorrio cogiera preso a un oficinista del Real, a quien soltó en seguida que comprendió el error.

Días después Espartero nombró a Elorrio teniente de Infantería, pero Elorrio no quedó muy satisfecho; esperaba que la prisión de don Carlos le hubiera dado más importancia.

Aquel estólido Borbón, frío, antipático, sin la menor simpatía humana, pudo atravesar la frontera sin tropiezo. Iba disgustado, ofendido, creyendo que ninguno de sus partidarios y sus soldados había cumplido, y que él, en cambio, se había sacrificado por el país, porque había rezado a la Virgen y le había nombrado capitana generala de su ejército.

XXII

EL FINAL DE BERTACHE Y DE SU PARTIDA

Alvarito fué varias veces a visitar a Paco Maluenda, que estaba muriéndose en la guardilla de la calle de los Vascos. El enfermo hablaba constantemente de la partida de Bertache y de los últimos sucesos de la guerra.

No había que esperar en sus palabras un gran orden y concierto, porque la tisis y el alcohol habían debilitado su cerebro, y sus narraciones eran siempre descosidas y contradictorias.

Maluenda repitió algunas de las noticias que había dado antes a Alvaro y añadió otras nuevas.

La idea de aprovechar la terminación de la guerra apoderándose, por compra o por robo, de todo lo que tuviera algún valor para vender-

lo en Francia, se le ocurrió primeramente a García Orejón.

Orejón habló de antemano con algunos anticuarios de Bayona. Orejón pensaba utilizar las circunstancias y robar descaradamente; pero Bertache se hallaba dispuesto, no sólo a robar, sino también a matar para enriquecerse pronto.

Según Maluenda, la Banda Negra debió de ensancharse, porque algunos oficiales y sargentos se hicieron cargo de lo que se trataba y pidieron parte en el botín.

Probablemente la banda se dividió y se subdividió. Entre los que anduvieron con Maluenda había varios castellanos. Marianito, Paquillo el Tuerto, el Greñudo, el Mangas y el Cura.

Entre los navarros estaban el padre Gregorio Zorrarain, Marzana, Ezquerra, Chori, y entre los vascos, los dos del caserío de Iturmendi, Sosua, Muquizu, Charandaca y otros. Había también dos hermanos de uno de los refugios de cerca del monte Larrun, que vivían en el caserío Zarrateco-Borda, que se unieron a la partida sin más objeto que comer.

Estos dos hermanos eran dos solitarios; a uno le llamaban Tricu (el erizo) y al otro Azaparra (la garra).

El caserío Zarrateco-Borda, muy abandonado

y destrozado, estaba en un barranco obscuro. Los amos eran dos hermanos y una hermana, los tres solterones y los tres reñidos. A la hermana le llamaban en broma Mando Beltza (la mula negra). Era mujer decidida y valiente, la persona más enérgica de la casa; ella se quedaba con el dinero y no daba de comer a sus hermanos. Estos tenían que manejárselas a su modo y buscar la pitanza como pudieran.

El mayor de ellos, Tricu (el erizo), tipo de antiguo siervo, vestía siempre con harapos. Flaco, desastrado, tenía la cara sonriente y burlona, los ojos de un verde pálido. Sacaba algún dinero llevando leña; tenía algunas otras pequeñas industrias para ir tirando. Él y su hermano hacían una vida casi de animales: sin comer apenas, durmiendo sobre la hierba. El menor, Azaparra, era un vagabundo; tenía un perro maravilloso que le cazaba y le robaba gallinas en los caseríos. Los dos hermanos se unieron a la partida para poder comer.

LA PARTIDA SE DIVIDE

Orejón había pensado en establecer depósitos para reunir lo robado por la banda. Ya amon-

tonados los objetos, y en algún carro, iban las cosas cogidas a la torre de Donamaria, de aquí a las del crucero de Echalar, luego al caserío del monte Larrun, y de este último se llevaban en mulas a la casa de Sara, donde ya todos los objetos estaban en seguridad.

Orejón fué el encargado de ir transportando de una parte a otra todo lo cogido y de clasificar y tasar con el judío de Bayona las telas, muebles y relojes, para irlos vendiendo más tarde.

Sin duda, la clasificación y la tasación no fueron muy del gusto de Bertache, porque al poco tiempo Orejón y él se manifestaron enemigos y tuvieron una hostilidad furiosa. La lucha entre García Orejón y Bertache fué enconada y violenta. Se insultaron en frío y se prometían una guerra a muerte. Fué una lucha parecida a la que se puede dar entre el pompilo y el alguacilillo, o a la de esa araña negra de las cuevas, que los naturalistas llaman la *segestria pérfida,* con el alacrán.

Orejón no era de los que ceden, y trataba desdeñosamente a Bertache, como a un farsantuelo, como a un comiquillo que quería darse aires de hombre terrible.

En sus discusiones terció el Cura, y entonces Orejón cedió.

La segestria, que ataca valientemente a grandes y feroces insectos, como las avispas, tiembla cuando en su agujero entra una hormiga y huye entonces inmediatamente a otro refugio.

Orejón hizo lo mismo cuando terció el Cura.

García Orejón había escogido un papel pasivo, porque tenía miedo a comprometerse; en cambio, Bertache se sentía a sus anchas y engañaba a los suyos, y todo lo que fuera moneda u objeto de oro, pensaba reservárselo para él solo, sin dar participación a la Banda Negra.

Con la separación de Orejón muchos de los amigos de éste piratearon por su cuenta y se formaron pequeños grupos con sus jefes.

La partida de Bertache evolucionaba rápidamente, asimilaba nuevos elementos, expulsaba otros, tenía los cambios de un organismo vivo, su metabolismo, como hubiera dicho un biólogo.

Los que formaban la cuadrilla de Bertache procedían completamente como bandoleros, y como bandoleros forajidos y desalmados, asaltaban las casas por las puertas y las ventanas, forzaban a las mujeres, y, al entrar en los caseríos, se ponían máscaras o se pintaban la cara con corcho quemado para que no les conocieran.

Martín Trampa, el hermano de Bertache,

agregado a la partida, y un criado suyo, Malhombre, enfermo desde los palos que le dió Oilarra en el monte, registraban en las casas hasta los últimos rincones.

El botín de la banda llegó a ser muy grande; pero como la codicia del capitán no quedaba saciada, aún quería más. Había en la cuadrilla un comerciante al por menor, el Buhonero de Miranda.

Este hombre era muy entendido en el valor de algunas cosas y Bertache le prometió hacer entre los dos un arreglo si el Buhonero trabajaba exclusivamente para él.

Los dos hermanos del caserío de Iturmendi reclamaron varias veces su parte; pero Bertache les daba largas, y a lo último se rió de ellos y les dijo por toda contestación:

—Acordaos del Carnaval y del caserío Oyambeltz; no habléis demasiado, si no queréis ir a la horca.

El capitán de la cuadrilla pensaba a veces que no tenía gente de confianza alrededor; que le convendría rodearse de algunos incondicionales y formar una guardia negra; comprendía que la iba a necesitar en aquellas circunstancias.

La Tiburcia andaba muy a gusto de capitana de bandidos; tenía arrestos y genialidad para mandar.

La Tiburcia sentía gran odio por las demás mujeres de la partida, sobre todo por María la Cañí, a quien pegó varias palizas terribles.

Como si el final de la guerra fuera el final del mundo y de la moral, la Tiburcia se entregó a todos los hombres que encontró al paso. Después de Bertache, el preferido fué Maluenda; luego un castellano y, al parecer, alternaba estos amores pasajeros con el mozo mayor de Iturmendi. Al último fueron todos. El olor de la sangre parecía habérsele subido a la cabeza y trastornarle por completo. La sed de acción y de erotismo la había convertido en una bacante, en una furia. Era una Mesalina insaciable.

Bertache se cansó pronto de la Tiburcia y hasta le tomó asco, y no se anduvo con escrúpulos: la apartó y no la quiso llevar en sus excursiones. Si le hubiera estorbado mucho, hubiera sido ca-

paz de matarla. Entonces ella, según aseguró luego, le dió un bebedizo al capitán y se las arregló para que lo tomase.

Este bebedizo lo preparó con una fórmula aprendida de una vieja amiga de su madre que tenía fama de bruja en el contorno. La droga estaba compuesta de polvos de polipodio seco, raspaduras de cráneo humano, recortadura de uñas de persona y muérdago de roble, cocido todo a la luz de la luna en menguante.

Ella estaba convencida de que el bebedizo haría en Bertache un efecto terrible, y el efecto llegó, si no producido por el bebedizo, por la casualidad.

LA CASA DE ZUBIETA

La partida de Bertache había desvalijado varias casas, violado muchas mujeres y atacado a hombres indefensos en medio del campo.

Llegaban como una banda de salvajes, entraban en las casas, abrían las puertas a tiros, descerrajaban los armarios y los cajones e iban metiendo en sacos todo cuanto veían.

A veces no se contentaban con robar, sino que

hacían daño por gusto; dejaban abiertas las barricas de sidra o de vino, disparaban a las vacas o a los cerdos y, a lo último, pegaban fuego a la hierba seca o a la paja de maíz en los desvanes.

Mataron también a algunos soldados extranjeros para robarles, entre ellos a un oficial polaco.

Un día, poco después del Convenio de Vergara, al amanecer, la partida de Bertache avanzó hasta Zubieta. Se decía que había en el pueblo dos ricos tildados de liberales en cuya casa guardaban dinero.

Zubieta es una aldea metida entre montes, con un caserío alrededor de la iglesia, cerca de un arroyo, el Ezcurra. Los de la partida registraron las viviendas de aquellos señores, que eran de las principales de la aldea.

Uno de ellos había escapado del pueblo y vivía en Pamplona. Por lo que se enteró Bertache, corría la voz de que éste había metido sus papeles y su dinero en un bote grande de porcelana y lo había enterrado en el jardín.

Bertache se presentó en la casa y se encontró con que no había en ella más que una vieja, muy vieja, que tenía ochenta y tantos años, seca, como hecha de esparto, sin dientes; tan fuerte,

que iba y venía y trabajaba como un hombre; y andaba seis o siete leguas en un día sin cansarse.

Bertache se presentó a la vieja y le explicó en vascuence que era indispensable que le dijera dónde su amo guardaba el dinero y los papeles. La vieja, al oírle, se echó a reír.

—Yo no sé —repuso— dónde mi amo ha guardado el dinero.

—Pues en el pueblo se dice que lo tiene en el jardín.

—Pues yo, como digo, no lo sé, y, además, si lo supiera, no lo diría.

Bertache y su gente quisieron obligar a la vieja a que confesara dónde estaba enterrado el dinero; la amenazaron, pero la vieja se rió de sus amenazas como si no le asustaran lo más mínimo.

—Yo soy muy vieja —dijo—, y no me importa nada morir.

En el registro de la casa, Maluenda e Iturmendi dieron un trastazo a un espejo pequeño y lo hicieron pedazos.

—Es de mala suerte; vámonos —murmuró Bertache.

Bertache comprendió que nada podría contra la energía de la vieja que guardaba la casa, y no

se ocupó de ella; mandó que sus hombres comenzaran a registrar el jardín y a cavar en él para ver si por casualidad encontraban el sitio en donde estaba enterrado el dinero.

No lo encontraron.

LOS FUGITIVOS

Mientras unos registraban la casa, dos hombres subieron a la torre de la iglesia para otear desde allí si aparecían tropas, y otros dos se quedaron en el puente del Ezcurra.

Estos últimos vieron, por el camino próximo al río, en dirección de Ituren, cuatro jinetes que iban al parecer huídos. Se avisó inmediatamente al capitán.

Bertache y su gente abandonaron con rapidez la casa de la vieja, en la que ya no había probabilidades de encontrar nada, y, al galope, se acercaron a los cuatro hombres.

Iban éstos a caballo y eran jefes carlistas, a juzgar por sus flamantes uniformes. Venían de la parte de Basaburúa menor. Se les dió el alto. Los carlistas supusieron, sin duda, que la partida de Bertache era una partida liberal y, viéndose cercados, se entregaron.

Bertache les mandó bajarse de los caballos; después se les registró y se les quitó los uniformes. Para que no quedaran desnudos, Bertache les dió los trajes sucios y raídos de sus partidarios. De los jefes, el más viejo se resistió a desnudarse y se puso a luchar con dos de la partida. Uno de ellos, Mártolo, le agarró brutalmente por el pelo, que lo llevaba largo. Otro, el Bizco, sacó la pistola, se la puso en la sien y disparó. El jefe carlista cayó al suelo. Como se retorcía, le remataron, dándole en la cabeza un culatazo, y lo tiraron al arroyo. Los otros tres oficiales carlistas, despojados, huyeron por el monte a campo traviesa.

Hacía un día de verano, caliente, de viento Sur, pesado, con el cielo azul y el sol que ardía.

EL ROBO DE LA ERMITA

Bertache y sus lugartenientes se vistieron con las levitas vistosas de los desvalijados y montaron en sus caballos. Así pasaron por Ituren, con su iglesia en un alto, y Elgorriaga, con sus montañas rojas. Desde Elgorriaga tomaron a campo traviesa, porque pensaban que quizá en Santesteban estarían los liberales. Pasaron por

la falda del monte Mendaur, y en una ermita que estaba abierta entró Bertache. Era una ermita pequeña, con una reja de madera y dos santos muy feos. Uno de ellos tenía un nimbo, al parecer, de plata. Bertache agarró el nimbo, lo torció con violencia y lo arrancó, y mandó que lo metieran en el saco donde se guardaban las rapiñas.

—Lo han de coger los liberales —dijo con jactancia.

Al mismo tiempo de decir esto se sintió preocupado. De pronto le pareció que el santo a quien había quitado la corona le miraba, e instantáneamente desapareció su valor.

—¡A ver si este robo me va a dar mala suerte! —se dijo.

Hubiera sacado la corona del saco y la hubiese vuelto a poner sobre el feo y monstruoso santo de madera; pero, ¿qué hubiera dicho la gente? Hubiera sido para él un desprestigio.

El padre Gregorio, el ex-fraile, acostumbrado a una guerra ordenada, quería, sin duda, protestar de aquellos actos de bandidaje anti-religioso, pero no se atrevía.

Avanzó la tropa de Bertache hasta acercarse a la parte de Sumbilla, que está a la orilla izquierda del Bidasoa.

Sumbilla es una aldea que tiene dos barrios a ambos lados del río, unidos por un puente. El barrio de la orilla derecha es una calle en el camino real; el de la izquierda lo forman varias casas, la iglesia, el juego de pelota y el cementerio. De este barrio, en donde estaban Bertache y su partida, pensaron pasar al de enfrente, cruzando el río.

Lo hicieron así y, al salir al otro lado, encontraron un cochecito, en el cual iban dos señoras y un cura. Bertache les mandó parar, y comenzó a registrarles. Estaban haciendo el registro, cuando de una regata apareció un grupo de chapelgorris, con la boina roja y sin uniforme, y otro de peseteros de a caballo, que vestían pantalón amarillento y chaqueta gris.

—¡Los negros, vienen los negros! —gritaron los de la partida y los vecinos de las casas, asomados a las puertas y ventanas.

Eran los auténticos negros, porque al principio a los peseteros que llevaban el uniforme muy obscuro era a los que llamaban los negros.

Bertache y su gente se dispusieron a huir, y los liberales les soltaron una descarga cerrada.

La gente de Bertache sabía que tenía enfrente malos enemigos. Los peseteros, y sobre todo

los chapelgorris, se batían siempre contra los carlistas con un gran entusiasmo y no cejaban en la pelea.

Uno de los de Bertache, el Bizco, se metió en una casa de Sumbilla. Estaba allí agazapado en el desván, cuando vió a los chapelgorris acercarse a registrarlo. Creyéndose descubierto, disparó. Entonces los chapelgorris hundieron la puerta y lo cazaron al Bizco, hasta dejarle agujereado como una criba a bayonetazos.

La persecución comenzó muy encarnizada. Los que iban a pie pudieron librarse mejor, escondiéndose en los bosques del camino; pero los que marchaban a caballo, como Bertache, y llevaban uniformes flamantes, fueron el blanco de los tiros de los liberales.

—El robo de la ermita me ha dado mala suerte —se dijo Bertache, sintiendo que estaba herido, primero ligeramente en la cabeza, y luego en el muslo.

LA MALA SUERTE

En el camino notó que iba desangrándose; puso el caballo al galope, y en la iglesia, medio derruída, de San Tiburcio, se bajó. La herida

de la cabeza no tenía importancia. La bala le había rozado el cuero cabelludo por encima de la frente, y le había cegado un poco la sangre, metiéndosele en los ojos.

La cabellera de Bertache se había empapado de sangre y formado una costra. La herida del muslo debía ser profunda. Se sentó a descansar. Eran las dos de la tarde. Soplaba el viento Sur, caliente y pesado. El sol estaba en el cenit y venían ráfagas de aire abrasador.

Iba a curarse el muslo, cuando salió de una casa próxima un perrazo negro que se echó sobre él, le destrozó la ropa y le mordió en un brazo. A Bertache le entró un sudor frío; pudo sacar una pistola, apuntar y disparar a la cabeza del animal. El perro dió un salto y retrocedió, mostrándole los dientes. Bertache sacó otra pistola, disparó y le dió en el pecho. El perro se puso a gruñir y a mostrarle los dientes; Bertache, furioso por su mala suerte, cogió una piedra grande, se la tiró a la cabeza y dejó al perro muerto. Luego, tembloroso, se vendó el muslo como pudo, con un pañuelo grande de hierbas y montó con esfuerzo a caballo.

Primero el espejo roto, luego el robo de la ermita, las heridas y el perro. Tenía una racha de mala suerte.

Al paso, llegó a un caserón que había a la derecha del camino, cerca del crucero de Echalar. Se detuvo, porque no podía más.

La casa, grande, de piedra sin revestir, con ventanas y dos puertas en arco, era uno de los puntos de depósito de la banda.

La mujer del caserío le recibió con suspicacia y no le acogió amablemente.

Bertache le dijo que era amigo de la casa, y que él, con otros, tenía allí un depósito de muebles.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Estoy herido —dijo Bertache—; deme usted un cuarto en donde pueda encerrarme. Con estas cosas de la guerra tiene uno tanto miedo a los amigos como a los enemigos.

La mujer le llevó a una habitación grande. Era una sala blanqueada, con vigas en el techo, con muebles amontonados, mesas largas talladas, arcas y sillones de cuero. Esta estancia tenía una puerta vieja y una ventana sin cristales que daba al camino. Ni la puerta ni la ventana cerraban bien.

Bertache preguntó a la mujer si no tenía algún rincón seguro.

—En el desván hay un cuarto.

—Bueno; vamos al desván.

Bertache subió renqueando las escaleras, suspirando y quejándose.

El cuarto que había en el desván estaba limitado por una pared nueva, hecha de escoria y mortero y tenía una puerta fuerte y una tranca. No había en él cielo raso y se veían las vigas y las tablillas donde se sostenían las tejas.

La ventana alta daba a un maizal. Bertache diputó el cuarto como seguro. El suelo era de madera de roble vieja y apolillada. Bertache pidió agua a la mujer, se lavó la sangre y la herida y se vendó como pudo. Luego se encerró en el cuarto y echó la tranca.

Pensó en esconder su tesoro en un agujero del suelo, y también sobre una viga transversal. Allí no irían a cogerlo; pero, ¿y si comían las ratas los papeles? Decidió guardarlo todo entre los jergones.

Se quitó un cinturón lleno de monedas, de relojes, anillos y cadenas de oro; sacó de un bolsillo interior una cartera con billetes de banco, franceses y españoles, y fué escondiéndolo todo entre la paja de maíz. Luego se tendió en la cama.

—¿Por qué habré robado en esa ermita? —exclamó varias veces con angustia—; eso me ha traído la mala suerte.

Al día siguiente, en medio de la fiebre, Bertache oyó que preguntaban por él. Era la voz del hermano mayor del caserío Iturmendi. Bertache, con gran suspicacia, pensó que no sería por amistad, sino probablemente por registrarle la ropa y sacarle el dinero que les había quitado a ellos.

La segunda noche estaba Bertache en la cama, quejándose y lamentándose, con una lamparilla al lado, encendida en una mesa, cuando notó que alguien empujaba la puerta e intentaba meter la mano por el resquicio, quitar la tranca y abrir. Bertache amartilló la pistola y arrastrándose y apoyándose en las paredes, se acercó a la puerta y por el hueco vió en la sombra a Ignacio el de Iturmendi, armado con un hacha y con una máscara en la cara.

Al grito terrible que dió acudió la patrona y el de Iturmendi, o su sombra, echó a correr. No pudo comprender Bertache si lo que había visto era la realidad o la visión de su cerebro debilitado y enfermo; pero el recuerdo de la figura del hombre de Iturmendi con el hacha en la mano le sobrecogió durante largo tiempo.

La patrona le quiso tranquilizar y en parte lo consiguió.

Al volver a la cama, el herido tocó en el jer-

gón para ver si estaba su bolsa y su cartera en su sitio. Allá estaban. Más tranquilo, volvió a tenderse.

Durante el día la fiebre solía bajar, y entonces la falta de agua, el calor, la sed que le devoraba y las moscas le hacían lamentarse tristemente a Bertache.

Muchas veces pensaba si le habrían hecho algún maleficio.

De pronto su suerte cambiaba y todo le salía de una manera adversa, todo era misterioso y tenía un aire de algo determinado y fatal.

El miedo no era en él ya vago, sino positivo, inmediato, y una oleada de terror pasaba por sus nervios; la fiebre no cesaba, la herida estaba cada vez peor, los escalofríos eran cada vez más fuertes.

Sus ideas se iban haciendo confusas, pesadas y absurdas; si intentaba ponerse en pie, las piernas no le sostenían bien, y tenía la cabeza caliente, sobre todo, alrededor de los ojos y le zumbaban horriblemente los oídos.

Solía tener constantemente sueños horribles. Uno de los más frecuentes era éste. Se encontraba en una taberna en donde había una porción de hombres, la mayoría soldados y campesinos, hablando y jugando, cuando notaba que

un perro obscuro andaba por entre las piernas de los parroquianos.

—No quiero bromas —gritaba él—. ¿De quién es ese perro?

La gente de la taberna le miraba sin comprenderle, y el perro pasaba de un lado a otro, con la cola entre piernas y los ojos brillantes.

Todas las noches, en el delirio, a Bertache se le aparecían visiones. Los amigos, las mujeres, y principalmente los muertos, se le presentaban en rondas a mirarle o a sonreírle. Tales rondas iban capitaneadas casi siempre por el brigadier Cabañas, que venía muy pulcro, con su uniforme de general, y le contemplaba con una amable sonrisa.

Entre los recuerdos de personas vivas, solía aparecer casi siempre la imagen inexpresiva del santo a quien había robado el nimbo en la ermita de Sumbilla. Veía al santo de madera delante de él, que le hacía reflexiones vulgares, con una voz suave. Entonces el herido se tapaba la cara con la sábana y el santo se transformaba y le hablaba con voz tonante.

No era remordimiento lo que sentía Bertache, sino miedo, terror; la idea de que había entrado en una vena de mala suerte, que le llevaría tan lejos que le haría perder la vida.

ABANDONADO

Por la misma casa del crucero de Echalar, mientras Bertache estaba encerrado y herido, pasaron María la Cañí y su padre. El padre había robado unos caballos y algún dinero, y pensaba escapar a Francia acompañado de su hija y del Chicuelo, el novio de María la Cañí.

Tres días enteros pasó Bertache solo y sin que nadie le acompañara en el cuartucho del desván, abandonado, con el delirio que le llenaba el cerebro de visiones y de fantasmas. Desde allí avisó al pueblo de Almandoz a su hermano, pero éste no llegó; Martín Trampa había ido a Francia; Malhombre tampoco pudo acudir, estaba muriéndose en la aldea.

La familia de Bertache había tenido que dejar Almandoz al entrar en la aldea las tropas de los chapelgorris; Bertache no tenía a nadie a quien recurrir y se veía rodeado de enemigos. El Bizco, su único amigo, pensaba que lo habían matado en Sumbilla. Los que pasaban a verle le oyeron a Bertache hablar en su delirio de un santo que le miraba constantemente y llo-

rar y gemir y pedir perdón. Por las mañanas estaba todavía algo despejado, pero por las tardes y por las noches perdía el conocimiento.

LOS FRAILES

Al quinto día de estancia allí se presentaron varios oficiales carlistas que volvían a Vera. Uno de los oficiales aconsejó a Bertache el que se hiciera trasladar hasta Vera, en donde podría asistirle algún cirujano. Ellos irían con él.

Bertache aceptó y pagó a cuatro soldados para que le transportaran en una camilla. Guardó su dinero y sus riquezas en el pecho. Los camilleros tardaron más de dos horas en llevar a Bertache hasta Vera y le condujeron a una casa cerca del puente de San Miguel. Bertache llegó desangrándose, con una fiebre altísima, medio muerto.

La dueña de la casa hizo que le llevasen a una alcoba pequeña que daba al río, y dijo al oficial que recomendó a Bertache que cuando pasara el cirujano le llamara para que viese al herido.

El cirujano no apareció; únicamente fué a verle un fraile capuchino que tenía la preten-

sión de saber medicina; pero, al ver que el herido tenía el muslo inflamado y una fiebre espantosa, no se atrevió a hacer nada.

En la casa próxima al puente de San Miguel, donde quedó Bertache, había alojados varios frailes capuchinos y unos oficiales. Los capuchinos eran del convento de Vera, y pensaban que, acabada la guerra, podrían volver a él. Estos viejos capuchinos habían visto el convento suyo sin tejado y con señales de incendio, y se lamentaban de que les hubiesen destruído la biblioteca y los manuscritos.

Por lo que algunos contaron, les habían dicho que quizá en un caserío próximo, llamado Botinea, quedarían los libros. Uno de los frailes había ido a la cuadra y al desván del caserío y había visto sus queridos libros de teología y de mística rotos, hechos pedazos, manchados por el estiércol de las vacas y la suciedad de las gallinas.

Los oficiales que estaban en la casa pensaban entrar en Francia pocos días después, y pasaron la noche, unos jugando a las cartas y otros cantando y tocando la guitarra. Un sargento, al salir de la sala donde jugaban, llegó por curiosidad al cuarto que daba al río, en el que se encontraba Bertache, y, al verle muerto, le regis-

tró y le quitó la cartera y la bolsa, y salió escapado.

EQUIVOCACIÓN MACABRA

Al día siguiente, uno de los oficiales preguntó a la patrona:

—¿Y el herido?

—Ya se murió.

Vieron el cadáver en el camastro y se marcharon a la calle.

—Éste era Bertache —dijo uno.

—¡Ah, sí! Un punto fuerte del Quinto de Navarra —añadió otro—. Uno de los que asesinaron al brigadier Cabañas.

—¿Así, que era hombre de peligro?

—Un canalla.

Esta fué toda la oración fúnebre que le dedicaron.

Uno de los oficiales, al salir a la carretera, vió a un capuchino del convento y se acercó a él.

—Oiga usted, padre —le dijo—. Aquí tenemos un compañero muerto; si quisiera usted venir a rezar por él.

—Iré dentro de un momento —contestó el

fraile—, porque me han llamado a otra parte donde hay un moribundo.

El fraile se presentó en la casa próxima al puente al anochecer; entró en el cuarto donde estaba Bertache, se arrodilló y se puso a rezar.

Los oficiales, en la sala próxima, jugaban a las cartas. Serían las cuatro de la mañana cuando el fraile comenzó a dar gritos.

—¿Qué pasa? —preguntaron los oficiales.

—Este hombre no está muerto. Se mueve —exclamó el capuchino.

Los oficiales, extrañados, se miraron unos a otros con asombro. Uno de ellos, más decidido, levantó el paño negro que cubría el cuerpo y, en vez de encontrar el cadáver de Bertache, se vió un sargento francés carlista, con una cara redonda y roja y unos bigotes rubios, que se les quedó mirando con ojos soñolientos.

—¿Eh, qué pasa? —preguntó.

—¿Qué hace usted aquí? —le dijeron los oficiales.

—¿Cómo, qué hago? Estoy durmiendo. ¿Es que no se puede dormir?

Por la tarde, poco después de salir los oficiales, se había presentado un cirujano y, al ver al muerto, ordenó que le sacaran de allí y lo llevaran a enterrar.

Al comenzar la noche, llegó el sargento francés de la parte de Echarri Aranaz, cansado de la fuga. El hombre tomó un vaso de aguardiente y se le subió a la cabeza. Vió la cama vacía, se echó en ella y quedó profundamente dormido.

La dueña de la casa, no enterada de que habían sacado el cadáver, se acercó a la cama y echó encima del cuerpo del francés, creyendo que era el de Bertache, una tela negra.

Aclarado el caso y, a pesar de su carácter macabro, produjo risa en todo el mundo.

LA TIBURCIA Y GABRIELA

Dos días después, Gabriela, a quien habían escrito la muerte de su novio, se presentó en Vera y quiso recoger el cadáver y enterrarlo. Le contaron en la casa próxima al puente cómo sacaron el cuerpo de Bertache al amanecer y le llevaron en un carro hacia Endarlaza. Gabriela fué a Endarlaza, un pequeño barrio sombrío en un desfiladero, con un puente, un fortín y dos o tres casas, en donde se alojaba por entonces una compañía de chapelgorris. El teniente dijo a Gabriela que hacia el alto de Montoya

llevaban enterrados algunos muertos carlistas.

En el sitio en que el Bidasoa se estrecha, Gabriela vió agujeros cavados en la tierra.

Al parecer, después se removieron de nuevo y se veían huesos al descubierto. Un campesino dijo a Gabriela que los perros vagabundos desenterraban los muertos para comérselos. A medida que había muertos en el campo, los perros vagabundos iban haciéndose antropófagos. Se decía, aunque quizá era mentira, que con este canibalismo los perros eran mucho más feroces.

Gabriela sacó la deducción de que el cadáver de su antiguo novio había sido comido por los perros.

Al volver a Vera, Gabriela se encontró con la Tiburcia y los dos hermanos del caserío Iturmendi. A la Tiburcia le habían salido manchas rojas y granos en la cara y en la frente, que le daban un aire repulsivo y feroz. Aquella mujer, roja y pustulosa, parecía un verdadero aborto del infierno. La Gabriela y la Tiburcia se encontraron. Hablaron las dos y discutieron y riñeron; la una, seca, dogmática, orgullosa, valiente, atrevida, con una manera de ser hombruna; la otra, procaz, insultadora y salvaje.

Al saber la Tiburcia que la Gabriela era la

antigua novia de Bertache, comenzó a insultarla y a burlarse de ella.

—¿Así, que eres tú la que quería casarse con Bertache? ¡Ay, qué risa! —gritó la Tiburcia, dándose una palmada en el muslo.

—¡Sucia! ¡Puerca! Te debían ahorcar —gritó Gabriela.

—Ven tú a ahorcarme, con tu pelo rojo. Yo sí que te voy a estrangular a ti.

—¡Asquerosa!, ¡vieja!, ¡podrida!

—Sí, sí; pero Bertache ha sido mi querido. Ahora vete a buscarlo. Se lo han comido los perros. Yo le di un bebedizo para que se muriera y tuviera mala suerte.

Gabriela estaba dispuesta a echarse sobre la Tiburcia; pero ésta sacó unas tijeras, y hubiera atacado a su rival a no ser por García Orejón, que estaba presente en la riña, y que le dió un garrotazo en la mano, que la inutilizó.

Gabriela se marchó inmediatamente a Francia; estuvo en Bayona algún tiempo, y luego, meses después, según se dijo, se casó con un indiano y fué a vivir a California.

Al anochecer de aquel día, una porción de gente que había pertenecido a la partida de Bertache, entre ellos los dos hermanos del caserío Iturmendi, el cura Macorra, Maluenda y otros muchos, entraron juntos en Francia.

El mayor de Iturmendi, que sospechaba desde hacía tiempo que Maluenda le había espiado la noche del crimen de Oyambeltz y denunciado a Bertache, se sintió presa de una gran cólera hacia él, y, al verse en la frontera, le atacó y le dió un bayonetazo en la espalda. Le curaron al herido como pudieron y le dejaron en una casa de Urruña.

Unos días más tarde, a Iturmendi el mayor le dió un ataque de locura furiosa y hubo que llevarle al hospital de Bayona.

El hermano menor avisó a su familia y luego se escapó a América. El viejo de Iturmendi y su hija fueron a Bayona.

La muchacha pensaba que lo que ocurría a su hermano era un castigo de Dios por el crimen cometido en Oyambeltz. Horrorizada y ame-

drentada, fué a confesarse con un cura carlista de Elizondo, emigrado en Bayona, y le contó todo.

El cura le convenció de que ella debía sacrificarse y sufrir por los pecados de sus hermanos y le indujo a que entrara monja. Él conocía al capellán de un convento de Arizcun y le escribiría.

Efectivamente, escribió; poco después le contestaron, y el viejo de Iturmendi llevó al convento a su hija.

MUERTE LENTA

Hay en Arizcun, aldea del valle del Baztan, un convento bajo la advocación de Nuestra Señora de los Angeles, fundado por el ilustrísimo señor don Juan Bautista Iturralde, marqués de Murillo, gobernador del Consejo de Hacienda, y de la señora doña Manuela Munarriz.

Este convento de monjas franciscanas recoletas ocupa el lugar mismo del palacio de los fundadores, que se derribó para erigir la iglesia.

Este convento, que no deja de tener cierta

magnificencia, es de los más tristes y sombríos que pueden verse. En las junturas de las piedras de la fachada nacen los líquenes y los musgos. Todo da impresión allá de soledad, de ruina y de muerte.

A este convento triste fué a enterrar la juventud y a consumir su vida la hija del caserío Iturmendi.

XXIII

LA VERDAD DE DON FRANCISCO SÁNCHEZ DE MENDOZA

Don Francisco Xavier Sánchez de Mendoza llevaba, al terminar la guerra, desde que sus hijos trabajaban y ganaban dinero en abundancia, una vida espléndida en Bayona.

Don Francisco Xavier comía bien, fumaba abundantemente, iba a tomar café al Pequeño Suizo y se encontraba en Jauja; pero le faltaba la comidilla constante de la guerra. Se estaba haciendo preocupado y distraído. No tenía ideales con que llenar su vieja cabeza hueca de hidalgo español, en donde las palabras sonaban como los grandes caracoles vacíos. Comenzaba a hablar solo y a hacer reflexiones sobre la vanidad de las cosas humanas. Tanta vanidad le sorprendía.

UN HÉROE DE LA GUERRA

Uno de los amigos de don Francisco Xavier, el brigadier carlista García, había ido a vivir a Bayona, después del Convenio de Vergara.

Don Policarpo García, hombre de unos sesenta años, alto, esbelto, de pelo blanco, con los ojos claros y la cara rojiza, había sido sargento en América, en tiempo del mando de Rodil, y no sabía explicar claramente por qué, al volver a España, había tomado partido por los carlistas. Don Policarpo hablaba con un aire sentencioso y doctoral. Al perorar, levantaba la cabeza y cerraba los ojos, de unos párpados finos como de piel de rana, y con los ojos cerrados estaba largo tiempo.

Don Policarpo era aficionado a los refranes. Estas máximas de sabiduría popular que, cuando no son vulgaridades, son extravagancias, producidas por la fuerza del consonante, le encantaban. Cuanto más absurdos los proverbios, le gustaban más. Así decía con entusiasmo: Por dinero baila el can, y por pan, si se lo dan. No hay sábado sin sol, ni moza sin amor, ni vieja

sin dolor. La mujer y la gaviota, cuanto más vieja más loca. Si alguno le preguntaba si había visto bailar por dinero a algún perro, o no había visto algún sábado completamente obscuro y lluvioso, o si sabía que las gaviotas enloquecían al hacerse viejas, don Policarpo no se tomaba el trabajo de contestar.

Don Francisco Xavier, siempre respetuoso con todos los prestigios, cuando conoció al brigadier García, le sirvió de cicerone en Bayona. Juntos solían ir al Pequeño Suizo, y después a alguna tienda de la calle de España a charlar con los compatriotas.

Don Policarpo inspiraba en seguida confianza, y, a poco de conocerle, la gente le llamaba familiarmente don Poli.

Don Policarpo tenía muchas medallas y cruces; pero, como hombre sencillo e ingenuo, confesaba que se las habían dado por amistad o por recomendación.

Las narraciones de don Policarpo eran casi siempre de este estilo:

—El día 4 de abril de 1836 salimos por la mañana de Estella, con el batallón de Burgos, y llegamos al otro día, por la tarde, a Viana. Descansamos allí, estuvimos quince días, y salimos para Peñacerrada, en donde pasamos dos

meses y medio. De Peñacerrada volvimos a Estella y de aquí fuimos a Oñate.

Don Policarpo había estado también en América, en el Perú; pero tampoco llegó a ver en la guerra americana más que eso: que se salía de un pueblo y se entraba en otro. Unas veces a pie, otras a caballo o en coche y a veces en barco.

—¿Y las batallas? —se preguntaba don Francisco Xavier con angustia—. ¿Y las batallas, o es que en las guerras no habrá batallas?

Para don Poli en la guerra no pasaba nada; donde ocurrían cosas extraordinarias era en plena paz.

—Aquí, en Bayona, hay muchos masones —le dijo una vez a don Francisco Xavier.

—¡Oh, sí, muchísimos! Dígamelo usted a mí, que los conozco muy bien.

—¿Sabe usted lo que me pasó a mí el otro día?

—No. ¿Qué le pasó?

—Pues, nada: que compré un queso en una tienda y, al ir a partirlo, vi que tenía grabado un triángulo. Era un queso masónico. No cabe duda. Bueno; pues mi asistente ha visto el mismo triángulo en un panecillo. Estamos minados por la masonería.

—Es evidente.

—Aquí va a pasar algo muy gordo el mejor día.

Y don Policarpo cerraba los ojos y profetizaba siempre catástrofes, pero no decía nada en concreto. Se limitaba a afirmar vagamente:

—Esto está muy mal. No sabemos adónde vamos a parar. La sociedad se deshace. Vivimos sobre un volcán. Aquí viene algo muy gordo.

Esta constante vaguedad de los pronósticos siniestros llegó a fastidiar a don Francisco Xavier, que hubiera deseado que su dilecto amigo especificara algo más. Como don Poli no especificaba, don Francisco Xavier empezó a sentir un poco de desdén por su heroico compañero, el brigadier García.

ENFERMEDAD

Un día de otoño, don Francisco Xavier, al salir de noche del Pequeño Suizo, donde había divagado, con mayor o menor amenidad, con su amigo don Policarpo, al dirigirse a su casa, se sintió sofocado, se quitó la capa y, con ella bajo el brazo, estuvo largo tiempo sentado en

el pretil, contemplando el río con sus aguas mansas y negras.

Al entrar en su casa sintió escalofríos y, por la mañana, un dolor de costado lancinante.

Pasó el día y la segunda noche sin dormir, con fiebre, tos y dolor de cabeza, y estuvo muchos días inquieto y delirando.

Don Francisco Xavier creía tener grandes conocimientos de medicina; pensaba que las flores de malva y otras hierbas por el estilo eran de gran eficacia; así, que él mismo decía a su mujer la dosis de cocimiento que le convenía en cada instante.

En vista de que no se curaba, se llamó al médico, y éste dijo que el enfermo se encontraba muy grave y en peligro de muerte. Ni la mujer ni los hijos de don Francisco Xavier habían sospechado la gravedad del mal.

En los días y en las noches, bien largos y tristes, que pasó Sánchez de Mendoza en la cama, no hizo más que hablar confusamente de escudos, de blasones, de su árbol genealógico, de sus amigos encopetados en el campo de la política y de la aristocracia, entre ellos el obispo de León, el señor de Corpas, el marqués de Lalande, el marqués de Hautpoul y el príncipe de Lichnovsky. El mismo don Policarpo tenía

sin duda poca categoría, al lado de aquellos señores, en la memoria de don Francisco Xavier.

CONFESIÓN

De pronto, al agravarse más en su dolencia, Sánchez de Mendoza se puso huraño y sombrío. Afirmó, más que nunca, la existencia de la humana vanidad; pasó una mañana y una tarde mirando a los dibujos ridículos del papel de la pared del cuarto sin decir palabra y, al anochecer, llamó a su hijo y le pidió que se sentara a su lado.

A Alvaro le chocó que su padre hubiera cambiado de fisonomía: tenía la cara desencajada, la expresión aguda, sutil, de tristeza y de inteligencia.

—Alvarito, hijo mío —murmuró, sin poder hablar por la fatiga—, tengo que decirte una cosa.

—Diga usted.

—Tengo que decirte..., Alvarito..., que todo esto de la nobleza de mi familia..., de la alcurnia de los Sánchez de Mendoza..., está inventado por mí.

—Cómo; ¿pero es posible? —preguntó su hijo.

—Sí; no es necesario que se lo digas a nadie..., pero es verdad. Yo no comprendo la locura que he tenido durante tantos años... Ha debido de ser una cosa enfermiza..., una mascarada carnavalesca de mi alma... Te lo digo para que no tengas escrúpulo en trabajar donde sea, como hasta ahora, y en sostener a la familia... Has sido un buen hijo, demasiado bueno para como yo te he educado.

—No, padre.

—Sí; yo no te he inculcado más que necedades... Yo he vivido como un holgazán, como un parásito a vuestra costa.

—Usted también ha trabajado como ha podido.

—Me quieres consolar, y te lo agradezco mucho, Alvaro... En este momento, para mí el mayor consuelo es decir la verdad... He sido un inútil.

—No, no.

—Sí, he sido un inútil... Y no se me ha ocurrido más que inventar mentiras.

—Es usted muy severo para con sí mismo, padre.

—Severo, no; justo nada más... He sido un mentiroso, un embustero ridículo.

—¿Así, que nuestra familia no es de la aristocracia? —preguntó Alvarito para sacarle del tema doloroso de su holgazanería, que mortificaba al enfermo—. ¿No tenemos parientes condes y marqueses?

—No —contestó el enfermo con energía.

—¿No tenemos escudos?

—No.

—¿Y el árbol genealógico?

—Falso, completamente falso —murmuró el enfermo con saña.

—¿Y la barra de la bastardía?

—También falsa.

—¿También falsa? Y, sin embargo, eso le hacía sufrir a usted de verdad.

—Sí; era una ilusión, una majadería, una impostura... Ahora no me lo explico... No comprendo por qué he inventado esas necedades... Si he encontrado buenas gentes, ha sido entre la clase humilde; tipos como Chipiteguy, tu protector... En cambio, entre los ricos y los aristócratas, no he conocido más que soberbios, vanidosos... majaderos... como yo... Y, sin embargo, ya ves... no he pensado más que en ellos.

—Es extraño —dijo Alvarito.

—Esto ha sido una enfermedad del espíritu, que se cura demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde, por qué?

—Porque, hijo mío... esto ya no tiene remedio.

—No diga usted eso.

—Es la verdad; no pasaré de esta noche.

—¡Bah! No tenga usted aprensión.

—No es aprensión. Estoy seguro. No pasaré de esta noche.

MUERTE

La madre de Alvarito, que había entrado en la alcoba, al oír la última frase de su marido, comenzó a llorar. El enfermo le pidió perdón varias veces.

—¿Perdón, de qué? ¿Por qué? —preguntó ella sollozando.

—Pido perdón —exclamó él mirando al techo— porque he sido inútil y perjudicial para la familia; todos os habéis sacrificado por mí, y yo no he hecho más que ser un charlatán y decir mentiras.

La madre de Alvarito quiso convencerle de que no era verdad lo que decía; de que había

sido siempre un marido excelente y un buen padre de familia.

El enfermo movía de cuando en cuando la cabeza, con un ademán negativo, al hablar su mujer, y afirmaba, siempre con violencia, su holgazanería, su charlatanería y su instinto de mentira.

—Déjele usted, madre —exclamó Alvarito—; déjele que descanse. Y no trate usted de convencerle de lo contrario que piensa.

Por la noche, el buen hidalgo empezó a ponerse torpe y soñoliento, y por la mañana se fué, dejando un hueco grande en la familia.

Cuando murió, la madre y la hermana de Alvarito abrazaron a éste llorando. Alvarito no estaba tan conmovido como ellas.

Se le hizo al hidalgo un buen entierro, que, de poderse enterar en el otro mundo, le hubiera dejado satisfecho; y se siguió adelante, como se sigue siempre en la vida.

PERSPECTIVA NUEVA

A los pocos días de la muerte de su padre, Alvaro sintió como si una perspectiva nueva se abriera ante sus ojos.

Los conceptos hidalguescos, con los cuales había vivido, tuvo que olvidarlos y abandonarlos, como la serpiente deja su piel en el camino.

Su padre había sido un iluso. Ahora comprendía que pudiese hablar de algunos poblachos de la Mancha con entusiasmo y considerarlos más ricos y mejores que las grandes ciudades antiguas y opulentas.

Alvarito llegó a tener durante algún tiempo la impresión de que lo confesado por su padre al morir era una fantasía, un sueño. El mejor día iba a despertar y a encontrarse con que no había nada de verdad en lo dicho por su padre: que era cierto que los Sánchez de Mendoza seguían siendo hidalgos y que gravitaba sobre ellos desde tiempo inmemorial el peso de la barra de bastardía.

La exoneración de la familia no produjo en Alvaro más que sorpresa. Le pareció algo absurdo, algo pintoresco que podía servir también de capítulo en la *Nave de los Locos,* el viejo libro ilustrado con estampas alemanas guardado por Chipiteguy.

Alvarito, a base de las ideas falsas de su padre, se había creado un carácter noble. Ya veía que su caballerosidad y su integridad de espíritu no podían pretender tener un antecedente fa-

miliar, aristocrático, de herencia; pero esto no era obstáculo para que él se sintiera un perfecto caballero, un hidalgo capaz de sacrificarse por el ideal y de rechazar toda acción baja e innoble.

¿Por qué habían de ser más caballeros, desde un punto de vista de nobleza moral, aquellos que tenían antepasados conocidos, que los que procedían de una masa humana obscura y anónima? ¿Qué valía tener antepasados conocidos, si éstos no se habían distinguido más que por ser bajos, miserables y serviles?

Alvarito tendió a pensar que la única superioridad posible era la del espíritu y la de la virtud, y él creía poseerla en proporciones modestas.

Después de la muerte de don Francisco Sánchez de Mendoza, Rosa Lissagaray y su madre ofrecieron a la viuda un cuarto en su casa de la avenida de Boufflers. La viuda aceptó con reconocimiento. Dolores compró algunos muebles, arregló la casa con comodidad y con cierta elegancia y fué a vivir a ella con su madre.

Alvarito no quería acercarse demasiado a Rosita, y dijo a su hermana que era imposible para él abandonar a Chipiteguy, y siguió viviendo con el viejo.

XXIV

SUEÑOS

Por aquellos tiempos, después de la muerte de su padre, Alvarito tuvo muchas pesadillas y sueños a cual más absurdos e insensatos.

Una vez soñó que marchaba por un altísimo viaducto de piedra. Andaba con alpargatas, porque había notado desde hacía muchísimo tiempo que en algunas partes con los tacones de las botas el suelo del viaducto se desmoronaba y se deshacía.

Este viaducto salvaba una hoz de un río fantástico, una hoz extraña, muy parecida a las del Cabriel, con rocas de todos colores.

Era de noche. Una noche tan clara, que parecía de día. Al final del viaducto, sobre una peña de la hoz, veía la silueta de una vieja enlutada.

—Ya está ahí —pensaba—; estoy perdido.

¿Por qué? No lo sabía.

La vieja tenía la cara tapada y le invitaba a seguirle. Él vacilaba un momento, pero se decidía al fin.

El camino, estrecho, se metía por una cueva húmeda y negra; la vieja entraba en ella; él iba detrás, subían y bajaban cuestas y escaleras, pasaban desfiladeros angostos, en los que soplaba un viento muy frío, y en donde, a lo lejos, se advertía una claridad de crepúsculo.

De pronto desembocaban en una plazoleta iluminada por la luz de la luna. Había en medio una casa grande, misteriosa, con una azotea adornada con jarrones; una casa parecida a la casa de juguete del bazar el Paraíso Terrenal.

La mujer de negro abría la puerta de un jardincillo y, por una calle de mirtos, pasaban a la huerta. Era una huerta absurda, con unos árboles retorcidos y enanos, y unos matorrales que parecían fantasmas.

La vieja subía por el tronco de una parra, con una rapidez y una agilidad de mono, a un balcón corrido de madera, lleno de musgo y con las tablas agujereadas y podridas.

Alvarito hacía lo mismo con una gran facilidad.

A este balcón corrido daba una ventanita cuadrada. La vieja le invitaba a contemplar desde allí el interior. Alvarito miraba por ella a través de una cortina y veía un cuarto iluminado por una lámpara y en él dos personas: un joven elegante y Manon, que apoyaba el brazo sobre su hombro; los dos en una actitud parecida a las figuras de una estampa vista por él hacía mucho tiempo en Bayona.

Alvarito lloraba de tristeza. El joven elegante miraba con furia a la ventana y la vieja de negro desaparecía.

CAMBIO DE DECORACIÓN

De repente cambiaba la decoración. Se encontraba en un pueblo desconocido, en una feria que se celebraba en un arenal, al borde del mar.

Todo estaba lleno de puestos sucios, de casas viejas y destrozadas. Estas casas se hallaban surcadas por letreros confusos, que temblaban como si fueran llamas. En los alrededores se veían cestas podridas, hierros, papeles y basuras. En aquella barriada harapienta había una porción de gente que iba y venía con extraños disfraces.

Era una mascarada general, una feria de todo el mundo, en donde se vendía lo peor de todas partes: los harapos sangrientos de la guerra, la miseria, los parásitos, los monstruos, la sarna, las enfermedades...

Había una enorme fila de barracas con figuras de cera; la gente paseaba por delante y los que transitaban por allí iban, en su mayoría, enmascarados. Algunos estaban disfrazados con elegancia, con caretas admirables, que imitaban la cara de los leones, de los osos, de los cocodrilos y de los lobos. Otros llevaban sobre la cara una arpillera sucia, con dos agujeros, como de máscara de disciplinante, a través de los cuales se veían una pupilas inquietas y negras.

Alvarito buscaba una posada donde había estado antes en una ocasión, pero no la podía encontrar.

Entonces preguntaba a unos municipales, que luego veía que eran también muñecos llenos de serrín, con antifaces negros, y ellos le daban indicaciones; pero, a pesar de ellas, no encontraba la posada.

De pronto se topaba con un hombre parecido a su padre, de color de cera, con un antifaz pequeño en el rostro. El hombre hablaba con voz

opaca y triste, y le mostraba una casa grande y decorativa, con un ancho portal.

—¿Qué casa es ésta? —preguntaba Alvaro a aquel señor parecido a su padre.

—Es la casa de la señora de Lissagaray, una querida amiga nuestra. Podemos pasar, nos recibirá muy bien.

Entraban en el portal y comenzaban a subir una escalera soberbia, de mármol blanco, con una tira de alfombra roja en medio, sostenida por varillas brillantes de latón. Los criados, de casaca y calzón corto, saludaban, inclinándose hasta el suelo; pero entre ellos había algunos harapientos. En el rellano se veía un hombre cuidando de un niño enfermo, desnudo, amarillo e hidrocéfalo.

Al llegar delante de una puerta, llamaban y preguntaban a una criada muy elegante, vestida de negro, con un peto y una cofia blanca, por la señora Lissagaray.

—¿A quién hay que anunciar? —decía la muchacha.

—Anuncie usted al señor Sánchez de Mendoza —contestaba el hombre parecido al padre de Alvarito con énfasis—. Somos muy amigos suyos.

Al poco tiempo volvía la criada y decía, con

un aire displicente y desdeñoso, que su señora no conocía a los tales Sánchez de Mendoza, que había unos Sánchez, unos verdaderos pelagatos, que no tenían escudo de nobleza, ni aun siquiera barra de bastardía; que estos Sánchez vivían en una casa miserable de la calle de los Vascos, en Bayona, propiedad de un trapero, y, por último, que la señora de Lissagaray no quería tener relaciones con gente tan andrajosa, harapienta y poco distinguida.

Alvarito estaba espantado, humillado. Los criados de pantalón corto y casaca se reían de medio lado, tapándose la boca con los dedos. De pronto, Alvaro veía una escalera de caracol, que hasta entonces no había notado, y empezaba a bajarla tan de prisa, que tropezaba, caía e iba rodando por un desfiladero hasta que se despertaba.

XXV

FANTASMAS EN LA CASA

Hacía ya más de un año que se había casado Manon. No se tenían noticias de ella. Alvarito seguía trabajando en el bazar de la señora Lissagaray. Era un buen empleado, cumplidor y puntual.

La madre y la hermana de Alvarito querían que el muchacho comiera con ellas en su casa y les acompañase; pero Chipiteguy, por su parte, suplicaba al muchacho que no le abandonara.

El viejo estaba muy débil y muy enfermo. Le había entrado gran cariño por Alvarito y quería muchas veces sincerarse con él, y persuadirle de que no le hubiese convenido casarse con Manon, porque ésta, a pesar de su gracia y de su encanto, tenía un carácter díscolo, desigual y

caprichoso. Alvaro movía la cabeza con tristeza, convencido de que el argumento del viejo no tenía ningún valor.

RUIDOS DE NOCHE

Una tarde, al obscurecer, estaba Alvarito en compañía del viejo, cuando oyeron ruidos y luego un rumor como de voces en el patio.

—Es extraño —murmuró Chipiteguy—; está todo cerrado.

—Y, sin embargo, parece que anda gente.

—¿De dónde han podido entrar?

—No sé.

—A ver, llama a la Tomascha.

Alvaro llamó a la Tomasa, que se presentó con la Mazou. Estas no comprendían lo que podía pasar, pero era evidente que se oían ruidos.

—¿Qué hacemos? —dijo la Mazou.

—Avisadle a Castegnaux.

Le avisaron al sargento, que subió al cuarto de Chipiteguy, y se le dijo cómo se habían notado voces y ruido de gente en el patio.

A pesar de su valor, el sargento se asustó, y, sin duda, como no tenía la cabeza muy fuerte, pensó si se trataría de brujerías.

—¿Tú te acuerdas de haber cerrado la puerta? —le preguntó Chipiteguy.

—Sí, lo recuerdo. Estoy seguro de que en el patio no había nadie cuando yo he cerrado la puerta que da al portal y la de la casa.

—Pues alguien ha entrado, aunque no se comprende de dónde.

Chipiteguy estaba asustadísimo y Castegnaux no lo estaba menos.

EL SUBTERRÁNEO

Alvarito, que desde hacía tiempo se sentía valiente, dijo de pronto con serenidad que iba a ver lo que pasaba.

—Es una vergüenza que estemos así asustados, quizá porque algunos gatos de la vecindad han entrado en el patio.

La Mazou afirmó que ella le acompañaría llevando el farol; el sargento Castegnaux no tuvo más remedio que decir que les seguiría.

La Mazou trajo una linterna sorda.

Alvarito encendió un fósforo y con él la linterna, que tenía la criada; bajó la escalera, seguido por la Mazou y el sargento Castegnaux.

Después abrió bruscamente la puerta que del zaguán daba al patio.

—¡ Adelante! —exclamó—. Vamos a ver lo que hay aquí.

Avanzaron los tres. No parecía que hubiese nadie. Al pasear la luz por todas partes, entre los montones de chatarra, en un rincón hasta entonces tapado por calderas y planchas de hierro viejo, vieron una poterna, roñosa, abierta.

Al encontrar aquella entrada no sospechada por nadie, se detuvieron la mujer y los dos hombres sorprendidos.

—¿ Habrá subterráneos en alguna parte, además de los que aparecen en las novelas de Ana Radcliffe? —se preguntó Alvarito.

—¿ Se conoce adónde sale esto? —dijo Castegnaux.

—Yo no lo había visto nunca —contestó Alvarito—; el patrón no sabía tampoco que existiera este paso.

—Pues, sin duda, por aquí han entrado los ladrones.

Castegnaux, que había visto que no existía misterio ni brujería, sino una comunicación subterránea, por donde habían entrado algunos probablemente a robar, recobró su presencia de ánimo.

—Hay que explorar este agujero —dijo.

—¿Usted va a entrar? —le preguntó Alvarito.

—Sí.

Castegnaux se metió en el agujero, bajó unos escalones y encontró un paso subterráneo, resbaladizo y húmedo.

Había, sin duda, una comunicación por debajo del nivel de la calle, que salía quizá al Adour, cerca del puente de barcas.

—¿Se puede andar por ahí? —preguntó Alvarito.

—En este trecho, sí. ¿Quiere usted entrar?

—Sí. ¿Por qué no?

—Entonces, vamos adelante.

—Vamos.

—Hay que tomar precauciones. Usted alumbra con la linterna, pero no constantemente; cuando veamos un trozo recto y sin agujeros, avanzaremos, tanteando el suelo, a obscuras. Yo llevaré una pistola. Tome usted otra. No vaya a haber alguien que nos quiera dar un disgusto.

Alvarito tomó la linterna de manos de la Mazou, bajó unos cuantos escalones, entró en el subterráneo, y el sargento y él comenzaron a avanzar.

Siguieron treinta o cuarenta pasos, marchando con prudencia, tanteando en el terreno resbaladizo, mirando si había agujeros y echando la luz de la linterna a las paredes y al suelo, por si encontraban algún obstáculo o estaba alguien acechándoles.

En esto, en una vuelta, vieron una sombra blanca que huía.

—Quite usted la luz —gritó el sargento.

Alvarito tardó bastante en tapar el cristal de la linterna sorda con su portezuela de hoja de lata. Los dos hombres quedaron a obscuras. La sombra blanca se volvió y se vió que llevaba una linterna en el pecho.

—¡Al suelo! —dijo el sargento a Alvarito, poniéndole la mano en el hombro y empujándole para abajo.

El sargento y Alvaro se agacharon y se tendieron en la tierra.

La sombra blanca echó la luz de la linterna hacia ellos, buscando a sus perseguidores; sin duda no les vió, y disparó un tiro. Pasó la bala por encima del sargento y de Alvaro y fué a incrustarse en el techo del subterráneo.

A la luz de la linterna y del fogonazo del arma de fuego, Alvaro creyó reconocer a Frechón, vestido de blanco, con barbas y bigotes postizos.

—¿Qué extravagancia será ésta? —se preguntó.

—¿Hay herida? —preguntó el sargento en voz baja.

—Nada.

—La bala ha dado en el techo. ¿Qué hacemos?

—¡Adelante!

Siguieron avanzando. Frechón debía de alejarse corriendo. Se comenzaba a ver la salida del subterráneo, una ligera claridad oval, en la que se destacaba una sombra negra.

—¡Alto a la justicia! —gritó Castegnaux—. ¡Fuego!

Castegnaux y Alvarito dispararon al mismo tiempo, pero Alvarito disparó al techo.

El hombre, Frechón, lanzó un grito, quizá de rabia o quizá de dolor; se destacó claramente, con su traje blanco, en la claridad de la salida

del subterráneo. Luego se le vió sacar el cuerpo hacia fuera y forcejear. Se oyó el ruido de un cuerpo que caía en el agua. Castegnaux se acercó con precaución a la abertura del subterráneo, que daba al río; ya no se veía nada.

COMO UN SUEÑO

Había sido todo aquello tan rápido, y tan parecido a muchas escenas de sus sueños, que a Alvaro le dejó una impresión más vaga y más irreal que sus pesadillas.

Alvarito y Castegnaux quedaron un momento inmóviles y sin saber qué hacer.

—Abra usted de nuevo la linterna —dijo Castegnaux.

La abrió Alvarito y, tomando grandes precauciones para no resbalarse, avanzaron los dos hasta la salida misma del subterráneo, donde había una reja abierta, medio podrida. La abertura daba al río, a la orilla izquierda del Adour, antes de reunirse con el Nive.

Volvieron de nuevo al patio de la casa, donde les esperaba la Mazou, que se hallaba muy inquieta, porque había oído los disparos en el interior del subterráneo.

Alvarito fué a contar a Chipiteguy lo ocurrido, y, mientras tanto, Castegnaux marchó a avisar a la guardia del Reducto. Volvió poco después.

—He explicado al sargento de la guardia lo que ha pasado; éste ha mandado dos gendarmes a que vigilen la orilla del río, cerca del puente de barcas, y a otros dos que vendrán ahora en seguida a registrar la casa.

Efectivamente, al momento llegaron éstos; reconocieron primero el subterráneo, registraron minuciosamente el patio y los almacenes y encontraron al antiguo mozo de la casa, a Claquemain, con un camisón blanco y la cara pintada de corcho quemado, escondido entre las figuras de cera del grupo de los Asesinos. Hubo una gran algazara al verle. Se supo la noticia en la calle y los vecinos quisieron entrar a contemplar al antiguo criado vestido de mamarracho.

Al principio, Claquemain no quiso decir nada; pero, viendo que no adelantaba la menor cosa con el silencio, confesó de plano.

A Chipiteguy le dijeron que bajara al patio para oír la declaración.

—¿Así, que usted confiesa que ha venido aquí a robar? —le preguntó el gendarme.

—Sí, hemos venido Frechón y yo —masculló con aire de mal humor Claquemain—. Queríamos ver si nos apoderábamos de un tesoro que este viejo tiene enterrado en la bodega, y que nos pertenece tanto como a él, porque entre los tres lo sacamos de Pamplona.

—¿Y por dónde han venido ustedes? ¿Por ese subterráneo?

—Sí.

—¿Y usted no sabía, señor Chipiteguy, que había esa comunicación de la casa con el río? —preguntó el gendarme al dueño.

—Yo, no.

—Frechón lo sabía —dijo Claquemain—, porque un guarda de consumos le había contado que hacía ya muchísimo tiempo se había hecho contrabando llevando fardos en barcas por la noche hasta cerca del puente y pasando por el subterráneo a la casa. El guarda parece que miró dos o tres veces, marchando en un bote por la orilla para encontrar la comunicación desde fuera; pero, como no la vió, supuso que estaría cerrada y, como no tenía grandes ventajas

en ello, lo dejó. Frechón insistió más. Abrió la puerta del patio, que parecía de un sumidero y que estaba oculta desde hacía años por un montón de chatarra y de latas, bajó por unas escaleras al subteráneo y vió que éste salía al río por una abertura que tenía una verja medio podrida, tapada con maderas y con hierbajos.

—¿Y por ahí han pasado ustedes? —preguntó el gendarme.

—Sí, por ahí hemos pasado —contestó Claquemain.

—¿Y a qué viene este disfraz?

—Esto se le ha ocurrido a Frechón; ha dicho que, viéndonos así, con túnicas blancas, nos tomarían por fantasmas.

—Ese hombre siempre ideando majaderías —dijo el viejo Chipiteguy, a quien las ocurrencias de su antiguo dependiente indignaban por el aire falsamente genial y de mala literatura que tenían.

—A pesar de esto —siguió Claquemain—, él lo ha echado todo a perder, porque ha venido borracho y, al entrar en la bodega, ha dado un grito de susto. Yo le he preguntado en voz alta lo que le pasaba. Nuestras voces son las que se han debido oír en la casa.

—¿Y por qué ha sido el susto? —preguntó el gendarme.

—Porque Frechón ha tomado por personas a dos figuras de cera —contestó Claquemain.

Al parecer, al grupo de los Asesinos, a quien Alvaro cambió de sitio días antes, se les cayó la tela de saco que los cubría, y Frechón, sorprendido al verlos, se asustó.

—Siempre majadero ese hombre —exclamó Chipiteguy.

Claquemain insistió en que él y Frechón habían bebido de más. Sabía, sin duda, que esto era una circustancia atenuante.

Entraron los gendarmes en el patio y en el almacén para comprobar lo dicho por Claquemain y seguir sus pasos. Efectivamente, el Asesino joven, con su puñal en la mano, y el Voceador, que gritaba envuelto en su paletó gris, estaban al descubierto al caérseles la arpillera que les tapaba. Además, Alvarito les había cambiado de sitio, lo que explicaba la sorpresa de Frechón, y más si éste se encontraba borracho, como aseguraba Claquemain.

TEMORES

Por la mañana, los gendarmes llevaron a Claquemain, convenientemente atado, a la guardia del Reducto y de allí lo condujeron a la cárcel.

Uno de los gendarmes pidió a Alvarito que fuese con ellos y les mostrara hacia dónde estaba la abertura del subterráneo que daba al río.

Entraron los dos gendarmes y Alvarito en una barca y tardaron bastante en encontrar la salida del subterráneo.

Cerca flotaba la lancha abandonada en la cual fueron, sin duda, Frechón y Claquemain a escalar la casa. Frechón no apareció. Alvaro supuso si habría caído al río; cabía la posibilidad de que se hubiese salvado nadando hasta acercarse al puente o ganando la otra orilla; pero lo más probable es que se le hubiese llevado el agua.

Alvarito, en los días posteriores, tuvo gran interés en que se encontrara a Frechón. Temía haberle matado del pistoletazo que disparó, a pesar de que estaba seguro de haber tirado al techo del subterráneo.

XXVI

MÁS SUEÑOS

Pasado este suceso, Alvarito tuvo una época de gran nerviosidad; se despertaba temblando, asustado, y padecía una serie de pesadillas a cual más extravagantes.

Una de las veces soñó que se hacía muy pequeño, como Gulliver en el país de los gigantes, y andaba por una casa que le parecía enorme, y encontraba moscas gigantescas, y se subía a los juguetes del bazar de la señora de Lissagaray, y daba la vuelta a la esfera de un reloj agarrado a su minutero.

Muchos de estos sueños, sin que por su carácter fueran espeluznantes, le producían siempre gran terror.

Casi todas las pesadillas se caracterizaban por que partían de un supuesto absurdo e inverosí-

mil, y seguían con una gran precisión en los accidentes, contrastando lo disparatado del fondo con lo completamente lógico, natural y posible de los detalles.

—Quizá sea así toda mi vida —pensaba a veces Alvarito al despertar.

LOS HOMBRES DE LA BARBA NEGRA

Una de aquellas noches de inquietud soñó que andaba paseándose por la plaza del Castillo, de Pamplona, con Chipiteguy.

Iba después con él a la calle del Carmen a corregir unas estampas viejas, cuando alguien le decía en voz baja:

—Aquí hay un hombre escondido en la guardilla.

La noticia, sin saber por qué, le producía gran inquietud y espanto. Subía decidido unas escaleras, hasta el desván; la puerta estaba cerrada, no había llave. Entonces él, con un clavo torcido, improvisaba la llave.

Ya iba a abrir el desván, cuando veía que, a pocos pasos, en otra puerta entornada, por la rendija, le miraba un hombre alto, grueso, de barba negra, algo parecido a Frechón.

Entonces notaba rápidamente que era un grave peligro permanecer allí. No sabía por qué. Y se montaba en el pasamanos de la escalera, como los chicos, e iba deslizándose y bajando un piso y otro piso; pero el hombre grande y de barba negra advertía todos sus movimientos.

Poco después se presentaba uno de la policía, subía las escaleras y se echaba sobre el hombre alto y barbudo, y le prendía; pero, al cabo de un momento, aparecía otro igual, y después otro, y, por último, toda la escalera se llenaba de hombres altos y barbudos.

Entonces Alvaro salía de su casa, echaba a andar y veía que el hombre de la barba negra le seguía y le miraba, unas veces a través de una reja de un jardín, otras por en medio de un grupo de soldados o por entre el follaje de unos árboles.

Alvaro, furioso, le esperaba, le daba un puñetazo en la cabeza, le tiraba al suelo con gran facilidad y seguía adelante.

Entonces pensaba que lo mejor que podía hacer era marchar a Bayona, y se le ocurría preguntar el camino a la gente.

A una familia, vestida de luto, con chicos y chicas, todos muy tristes, se les acercaba y les preguntaba con gran finura:

—¿Quieren ustedes decirme si es éste el camino de Bayona?

La familia, al oírle, echaba a correr en todas direcciones, gritando, con la boca abierta, tropezando unos con otros, presa del mayor terror.

—Pues sí que es una gente amable y cortés —se dijo Alvarito.

En esto se le acercó un viejo vestido de negro, con una sonrisa muy falsa, que le hizo muchas ceremonias y le habló confidencialmente:

—Sabe usted. Estas gentes le tienen miedo, porque dicen que usted es el que ha matado a Frechón de un tiro de pistola.

—¿Y cómo lo saben? ¿Quién se lo ha dicho?

—Todo el mundo lo sabe.

Alvarito sintió una gran antipatía por aquel viejo zalamero y estuvo a punto de atacarle.

Se iba acercando a Bayona con una rapidez inconcebible.

—No creía yo —se dijo Alvarito— que así, de paseo y sin cansarse, se pudiera ir de Pamplona a Bayona tan rápidamente.

A ratos se le ocurría la idea de que estaba soñando.

En esto, en una ventana alta, apareció la silueta de un hombre que empezó a saludarle, a

hacer muecas y señales de burla, de cómico asentimiento. Era el hombre de la barba que se parecía a Frechón.

Alvarito sacó una pistola y quiso disparar, pero no pudo; entonces cogió el arma, la tiró a la ventana y, al esfuerzo que hizo, se despertó.

XXVII

EN LA TABERNA DE OCHANDABARATZ

Los sucesos de casa de Chipiteguy dieron pábulo a muchas conversaciones en el pueblo. Una semana después se contó en Bayona cómo se había encontrado el cadáver de Frechón en el río, hacia la salida del Adour, y cómo lo trajeron en lancha y lo tuvieron en el depósito de cadáveres hasta enterrarle.

Le chocó a Alvarito que el juez no le llamara a él a declarar. No supo si habían visto o no en el cadáver alguna herida. A Castegnaux no le avisaron tampoco para nada.

Alvarito preguntó en varios sitios y se enteró

de que Patrich, el sepulturero, fué el encargado de enterrar al antiguo dependiente de Chipiteguy. Alvaro conocía a Patrich; últimamente le había pagado el entierro de Paco Maluenda. Sabía dónde encontrarle, y fué en su busca a la taberna de Ochandabaratz.

Estaban allí Bidagorri, con su pierna de palo; Patrich, el maestro de baile Cuyala y Barneche el marino, con otro piloto bearnés que solía venir en una chalana por el río Adour.

Alvarito llamó al sepulturero y le convidó a una copa.

—¿Al fin, encontraron ustedes a Frechón? —le preguntó.

—Sí.

—¿En el río?

—Sí, estaba en el Boucau, flotando hacia la barra; lo trajeron en lancha y lo hemos tenido en el depósito veinticuatro horas. Se le ha hecho un entierro de segunda, muy decente.

—¿Cómo estaba el muerto?

—¿Cómo iba a estar? Hecho una porquería. Olía a perros.

—¿Tenía alguna herida?

—No. ¡Qué iba a tener!

—¿Pero usted le vió bien?

—¡No le iba a ver! Como le veo a usted.

—¿Le vió usted desnudo?

—Naturalmente, y el juez y el médico le vieron también. No era un espectáculo agradable. El viejo Frechón estaba hinchado y gordo, con el vientre abultado y verde. Lo que nos chocó es que llevara una medallita y un escapulario.

—Es raro. Él que se las echaba de incrédulo y de volteriano.

—Vaya usted a fiarse de la gente.

—¿Y no tenía ninguna herida?

—Ninguna.

Alvarito, satisfecho con la noticia, dijo al sepulturero que convidaba a los que estaban allí a beber lo que quisieran.

Patrich se llenó de entusiasmo.

—Ahora vengo —dijo—. Tengo que dar un encargo en una funeraria; esperadme.

UNA CANCIÓN POLÍTICA

Bidagorri, Barneche, Cuyala y Ochandabaratz hablaron de las canciones que se habían cantado al final de la guerra carlista, y un chatarrero

vasco, que estaba subido sobre una barrica, cantó esta canción:

Zori gaiztoan
Aguertu izan zan.
Carlos quintoren copeta
Asheri zar bat
Balitz becela
Iduquí dute aseta
Oraiñ Franciaran
Iguesi eguindu
Bazterrac zorrez beteta.

(En mala hora apareció la jeta de Carlos Quinto. Como si fuera una zorra vieja, le han tenido harto de comida, y ahora se ha escapado a Francia, dejando deudas por todas partes.)

Esta canción produjo diversos comentarios en los comensales, según sus opiniones y tendencias. A Cuyala, maestro de baile, legitimista y tradicionalista, le pareció mal e irrespetuosa; pero, en cambio, Bidagorri la encontraba bien.

El bearnés de la chalana, protestando de esta relación que no comprendía, comenzó a recitar

para sí mismo la canción de Gastón Phebus, muy popular en el Bearn:

Aquestes muntines
Qui tan hautes sun
M'empechen de bede
Mes amurs un sun.

Bidagorri, que sentía gran antipatía por el romanticismo trovadoresco de los gascones, entonó una copla de los *Húsares de la Guardia*:

Toi qui connais les houssards de la garde
Connais-tu pas l'trombon du regiment?
Quel air aimable quand il vous regarde!
Eh bien, ma chere il etait mon amant.

LAS FANTASÍAS DE PATRICH, EL SEPULTURERO

Al volver Patrich, y al enterarse de lo que se cantaba, se incomodó, sobre todo al oír los comentarios que se hacían.

—¡Qué tonterías! ¿Qué les importa a ustedes las cosas de la guerra, ni las de Bearn? Allá ellos, que se arreglen como puedan los militares y los bearneses.

A pesar del gusto por las bufonadas, Pa-

trich era hombre de gran soberbia; se sentía rival de los políticos y de los generales célebres. Probablemente, la misma fama de Napoleón le parecía una impertinencia.

Patrich, después de comentar con ironía agresiva los comentarios políticos que se hacían sin su permiso, en su centro, en el cenáculo que él animaba con el fuego sagrado de la inspiración, dijo que por una vez lo pasaba; luego cogió un plato viejo, lo rompió en varios pedazos, separó dos trozos, que ensayó como castañuelas, y, plantándose delante de Alvarito con aire insolente y provocador, cantó una canción donostiarra:

Naibadezute edo ezbadezute
Ec det ichillic egongo
Plaza zarreco dama gazteac
Ez dira monja zartuco.

(Que queráis, o no queráis, no estaré callado. Las muchachas jóvenes de la plaza vieja no se meterán monjas.)

El estribillo de la canción era éste:

Jea, jea torito jea
¡Ay cer toreadoria!

(Jea, jea, torito, jea. ¡Ay, qué toreador!)

—Bravo, Patrich —gritó Bidagorri, que no había oído nunca esta canción, y que, sin duda, le parecía todo un hallazgo.

—¡Bravo, Patrich! —exclamaron los demás, entusiasmados.

Aprendieron los comensales de la taberna la tonada, y cuando llegaba el estribillo de: ¡Jea, jea, torito jea!, lo cantaban a coro entre carcajadas, exclamaciones y gritos.

Patrich, el jorobado, no sólo cantaba, sino que bailaba, y de una manera tan dislocada, tan extravagante y tan grotesca, que hacía morir de risa a los espectadores, sobre todo cuando se dedicaba a hacer suertes de toreo con un pañuelo grande de color, como si fuera una muleta.

Los espectadores pidieron que subiera a la mesa para poder verle bailar mejor.

APOLO Y DIONISIOS

El maestro Cuyala, que sin duda no estaba muy conforme con el aire dionisíaco y el poco academicismo del sepulturero, subió también encima de la mesa, y cuando llegaba el estribi-

llo de: ¡Jea, jea, torito jea!, hacía unos movimientos elegantísimos, que contrastaban con las violencias furiosas y macabras del sepulturero. Eran dos estilos de toreo de salón, traducidos al francés: el báquico y el apolínico, el funerario y el versallesco.

Después Patrich, que guardaba siempre sorpresas, sacó a relucir una canción caricaturesca, medio gascona, medio vasca, que decía así:

Susenati di comprachi
Ca comprachi una perruca
Que me cueste ma merruca
Di bará con la condichion
Reverv' isi
Ma robati il corasi
Esperenchibiurne
André boliviurne
Con el quequerrequé
Con el faindirulá
Urranda mina, mineta
Ni vers par piur pená
Ni vers par piur pená.

—¡Aufa! ¡Aufa! —gritaron todos, después de alargar el último calderón de la canción extravagante con gran entusiasmo.

Todavía Patrich encontró un final para sus ejercicios musicales, casi más grotesco, entre vasco y gitano, que cantó con aire de fandango y tocando furiosamente las castañuelas. Era así:

Churrumbin churrumban
churrumbela.
¡Ay beti bici baguiña onela!
Curruqui quirriqui carraca
Onelacoac... dira banaca.

La canción, en lo que se podía entender, decía: Ojalá viviéramos siempre así, y al final aseguraba que de este modo son todas, una a una.

Ante esta riqueza de canciones extravagantes y barrocas, el maestro de baile, Cuyala, se consideró vencido y dejó que el sepulturero disfrutara en paz de su triunfo.

Patrich, después de su baile y de su contoneo macabro, se balanceó como una bailarina y concluyó, como era su costumbre, poniendo la cabeza en el suelo, dando una voltereta y quedándose sentado.

Alvarito pagó lo que habían bebido todos y se levantó para salir.

—¡Adiós, primo! —le dijo Patrich.

Alvarito salió de la taberna y marchó, entre melancólico y contento, por el muelle de los Vascos y la orilla del Nive, hacia el centro de Bayona.

El día, de otoño, estaba triste; el agua del Adour, turbia y de color de barro; las gotas de lluvia saltaban y parecían hervir en la superficie del río, y el viento formaba pequeñas olas en el agua...

XXVIII

EL ÚLTIMO VIAJE DE CHIPITEGUY

En el otoño de aquel año, en las proximidades del invierno, Chipiteguy se agravó de sus dolencias y, al agravarse, aparecieron en la casa del Reducto algunos parientes, y principalmente un sobrino de su mujer, cura, que se presentó a última hora.

El cura, cuando se enteró de que su tío había traído de España objetos de plata y de oro, robados de las iglesias, le recomendó que los restituyera.

Chipiteguy no tenía inconveniente en ello; pero era muy difícil saber a quien tenía que restituir.

El cura, haciéndose cargo, dijo que podía sustituir la restitución por una manda a la Iglesia, y como ésta es universal y no distingue de

naciones, Chipiteguy dió una cantidad a la iglesia en donde oficiaba su sobrino.

Un día Chipiteguy llamó a Alvarito y quiso que le acompañara a la cueva.

Chipiteguy le mandó que machacara con el martillo algunas cabezas de figuras de cera que todavía quedaban en el almacén y que estaban descascarilladas y medio rotas.

Después, el viejo quiso que rompiera las tres figuras del grupo de los Asesinos.

Alvarito tomó el martillo, las rompió y, siguiendo la orden de Chipiteguy, quemó los restos en el patio con papel de periódicos y virutas.

Luego el viejo le indicó que sacara del suelo la olla enterrada, donde todavía quedaban algunas piedras preciosas, en su mayoría falsas.

Cuando Chipiteguy vió cómo se consumían los restos de sus figuras de cera, tuvo todavía el humor de cantar su canción de bravura:

Atera atera
Trapua saltzera.
Eta burni zarra
Champonian.

Poco después de este auto de fe, a Chipiteguy le encontraron desmayado en la cueva.

Entre Alvarito y la Tomascha le subieron a su cuarto y lo metieron en la cama. Pasados unos días, el enfermo pareció mejorar lentamente.

Una semana más tarde, al ir la Andre-Mari a entrar en su cuarto y abrir la ventana, se encontró al viejo trapero muerto.

Al día siguiente, Claquemain se suicidaba en la cárcel, colgándose con un cordel desde la reja de la ventana. Por lo que dijeron, había tomado esta resolución al saber la muerte de su antiguo amo.

El testamento de Chipiteguy dió mucho que hablar en la vecindad. La fortuna, casi íntegra, iba a manos de Manon. La Andre-Mari, la Tomascha y Castegnaux tenían mandas, y a Alvarito le dejaba treinta mil francos.

XXIX

ALVARITO Y SU BODA

Alvarito, después de la muerte de Chipiteguy, fué a vivir con su madre y con su hermana a la avenida de Boufflers, a casa de la señora de Lissagaray.

Desde entonces, Dolores, su hermana, comenzó a hablarle constantemente de Rosa; quería convencer a Alvaro de que debía pretenderla. Él se resistía y aseguraba que Rosa no querría casarse con un hombre pobre como él.

—Pero tú ya no eres pobre —replicaba Dolores.

Dolores comprometió a Alvarito con la muchacha de tal manera, que tuvo que dar explicaciones.

Alvaro dijo a Rosa que no era verdad que su familia fuese aristocrática; su padre había creí-

do que tenían una genealogía ilustre y blasones; pero, al parecer, esto era un error.

A Rosa, la confidencia le pareció tan cómica, que pensó si Alvarito se estaría riendo de ella.

Alvaro añadió que él mismo había llegado a pensar muchas veces que tendría que heredar una fortuna de su familia, pero no había tal. Él era un pobre que no pasaría de ser empleado toda su vida. Su único capital era el que le había dejado Chipiteguy. Lo de la fortuna le parecía cosa seria a Rosa; pero afirmó con insistencia que el dinero no le preocupaba y que teniendo para vivir no deseaba más.

Dolores volvió a la carga con Alvarito constantemente y a todas las horas. Era una estupidez lo que hacía; una muchacha guapa, buena, de posición, no se encontraba, ni mucho menos, a la vuelta de una esquina. Bien veía Alvarito que Rosa no le rechazaría, y al último hizo su petición; fué aceptado, y se fijó el día de la boda para la primavera próxima.

EL ÚLTIMO SUEÑO

¿Vendría Manon a la boda? ¿No vendría? Esto le preocupaba mucho a Alvarito. Ya de-

seaba que no viniera. Rosa tampoco quería que llegara su prima. Pensaba que con su belleza, con su prestancia, le eclipsaría a ella por completo.

La boda fué muy elegante. Estuvieron todos los parientes y amigos. La familia de Lissagaray, la de Alvarito, los d'Arthez, Aviraneta y la condesa de Hervilly.

Hubo gran banquete, con brindis, y después baile. Rosa era feliz; Alvarito parecía asombrado y preocupado.

Unos días después, Alvaro tuvo un sueño, que fué el último en que figuraban los muñecos de cera.

Marchaba paseando por el muelle del Adour, un día de otoño, de nubes pesadas; el cielo, de oro y de carmín, se reflejaba con sus esplendores en el río. En la orilla comenzó a ver todo un ejército de figuras de cera, tipos descascarillados, con una estúpida sonrisa, ojos de cristal y pelucas despegadas.

Al verlos, a Alvaro le entraba una terrible cólera contra los muñecos y, montando en un caballo blanco, iba furioso hacia ellos con un mandoble y empezaba a sablazos a diestro y siniestro, rajaba, hendía, destrozaba. Los hom-

bres de cera, con las cabezas abiertas, le miraban, sonriendo con una estulta satisfacción.

Después de esta sarracina, todos los restos iba echándolos al río, que quedaba tan lleno de pelucas y bigotes postizos, que, comprendiendo lo mucho que estorbaban, tenía que cogerlos con un palo y pegarles fuego en la orilla.

XXX

EL DESTINO TRISTE DE UNA FIGURA DE CERA

Poco después de la boda de Alvarito, Marcelo, el sobrino de Chipiteguy, se casó con Paquerette Recur.

El matrimonio fué el motivo del final pintoresco de una de las figuras de cera de Chipiteguy. Aquella figura había ido a parar a casa de la maldiciente y temible señorita Bizot, a quien se la habían ofrecido. Esta señorita era partidaria del refrán que dice que en el tomar no hay engaño. La figura que la regalaron no se sabía si era de la Brinvilliers o de Madama Roland; no tenía más que el busto, y éste se hallaba un poco maltratado por los Curtius de la época y por los demás explotadores de la ceroplastia.

La señorita Verónica Bizot gozaba fama, al

parecer merecida, de mala, de chismosa y de cruel. La señorita Bizot, cuando tenía criada, era alguna muchachita de pocos años, a quien prometía cosas fantásticas y a la que pegaba y no pagaba.

Se decía que a veces los vecinos tenían que ir, alarmados, a la casa de la Bizot al oír gritos, y se encontraban a ésta que zarandeaba violentamente a la muchacha o le tiraba de los pelos. La Bizot era, además de mala y cruel, despótica, soberbia y supersticiosa.

La Bizot estaba, al parecer, enamorada de Marcelo, el sobrino de Chipiteguy, y cuando supo que éste se casaba con Paquerette, sintió avivarse profundamente su odio por la vaporosa señorita de Recur.

MANIOBRAS DE LA BIZOT

La indignación la hizo dejar de frecuentar algunas tertulias, para no ver a los recién casados.

Ella y su amiga Nené fueron por entonces a vivir a una casa pequeña, aislada, de la misma calle de la Carnicería Vieja, cerca del Rempart

Lachepaillet, sitio retirado, al lado de un prostíbulo, donde la Nené podía recibir, sin que nadie se enterara ni se escandalizara, a sus viejos amantes.

La casa era sórdida, de ladrillo, con la pared decorada con entramado de madera negra y el tejado en forma de piñón; estaba entre otras más altas; tenía delante un jardín enlosado, sombrío, con una fuente y un rosal trepador, que en primavera daba rosas pálidas, como anémicas. Todo el jardín estaba lleno de musgo por la humedad y la sombra. El jardincillo comunicaba con un patio obscuro próximo a la muralla.

Al piso principal fué a vivir la Nené, con su padre y dos criadas, y en el piso alto, en unos cuartuchos aguardillados, con una cocina, se instaló la señorita Bizot.

La casa de la Bizot era húmeda, sombría y baja de techo. Lo único que tenía menos malo era un balcón corrido hacia el patio. La solterona puso unos tiestos con enredaderas y pensó que aquel balcón sería un pequeño jardín romántico como el de Jenny l'Ouvriere.

A la Bizot jamás se le ocurrió que por aquel lado, húmedo y obscuro, que daba a un patio con ventanillos pequeños, pudiese haber alguien

que le estuviese observando, y, sin embargo, hubo unos ojos que contemplaron con curiosidad lo que hizo la solterona durante una temporada.

Verdad es que las maniobras de la vieja señorita no dejaban de tener interés. Estos ojos eran los del grabador Meyer, amigo de Aviraneta.

Un día Meyer fué a la guardilla de su casa, donde guardaba papel, y vió con asombro que la Bizot hacía una serie de operaciones misteriosas con una figura de cera. El grabador se agazapó para mirar y tomó unos gemelos para ver con más detalle.

PEQUEÑA ERUDICIÓN

Las maniobras que hacía la solterona constituían una clásica operación de magia, frecuente en los tiempos medioevales: un levantamiento de figura; la misma operación que hacía el astrólogo florentino Cosme Ruggieri en tiempo de Catalina de Médicis; la que hizo el conde de Etampes contra el de Charolais, ayudado por un fraile negro, y la que practicaba también Leonor Galigay, la mujer de Concini.

Esta operación, el levantamiento de figura, Vultus, era ya conocida en la antigüedad.

El jurisconsulto francés I. Bodin, nacido en Angers, que hizo, en el siglo XVI, un libro bastante curioso, titulado *La Demonomanía de los Brujos,* casi tan sabio como las *Disquisitionum Magicarum,* de Martín Delrío, y el *Malleus Malleficorum,* del padre Sprænger, habla con frecuencia del encanto practicado por figuras de cera, estatuas fatales cuya eficacia se ha defendido hasta en nuestros tiempos.

El señor Bodin, quejándose a cada paso de la lenidad con que se trataba en su tiempo a brujos y a brujas, examina el sortilegio hecho por levantamientos de figura.

Así se expresa en el Prólogo de su libro:

"Y aún Platón, aunque fué gran personaje, como que ha sido calificado de divino, cuando comienza a discurrir sobre las acciones de las brujas que él había diligentemente investigado y examinado en el undécimo libro de las leyes, dice: que es cosa difícil de persuadir a muchos que se burlan de ello que los brujos usan imágenes de cera, que ponen en los sepulcros, en las encrucijadas, entierran bajo las puertas y por encantos, encantamientos y otras operaciones hacen cosas maravillosas. Nuestras brujas —aña-

de el jurisconsulto angerino— no han estado en Grecia, ni leído a Platón, para hacer imágenes de cera; pero, por conjuros que practican, matan a las personas con ayuda de Satán, como se ha comprobado en infinitos procesos, y entre ellos el de las brujas de Alenzon y el de Enguerrand de Marigny, que estaba fundado en imágenes de cera conjuradas, por medio de las cuales se quería matar al rey."

Después, el buen señor Bodin, a pesar de ser un francés humanitario, se queja de que no se matase y quemase vivas a las brujas, y recuerda en el libro segundo de su obra, además de los casos citados en el Prólogo, otros: el de un gentilhombre que fué decapitado en París y a quien se le encontró una imagen de cera con la cabeza y el corazón agujereado; el de las tres imágenes de cera, con el nombre de la reina de Inglaterra, que se hallaron en Francia, en un estercolero, y el caso de Duffus, rey de Escocia, que estuvo enfermo de languidez, hasta que se supo que unas brujas de Moravia, enemigas del rey, tenían una estatua de cera con el nombre de éste, sobre la que derramaban un líquido misterioso. Cogidas las brujas y quemadas vivas, para mayor gloria de Dios, el rey recobró la salud.

Como se ve, la señorita Bizot tenía precedentes en sus operaciones mágicas.

EL VULTUS INEFICAZ

La Bizot colocó la figura de cera que había pertenecido a Chipiteguy en un velador, puso sobre ella una manteleta, un sombrerito, y hasta un letrero en la frente, en el cual podía leerse el nombre de Paquerette Recur.

Unos días después, una noche de luna, Meyer presenció una ceremonia como de bautizo, en que la solterona echaba agua con una concha sobre la cabeza del busto de cera. Probablemente era agua bendita sacada de la iglesia.

Al día siguiente, el grabador vió que en el sitio del corazón la figura tenía hundida una larga aguja. Así estuvo el busto durante una semana. El grabador contó lo ocurrido a algunos amigos que fueron a su casa, y después divulgaron las operaciones mágicas de la solterona.

La noticia corrió por todo el pueblo, y muchos llamaron a la casa la casa del encanto.

La solterona no se enteró, al principio, de que

la gente hablaba y se burlaba de ella; luego, más tarde, se lo dijeron de viva voz y por carta. La solterona era antipática en todas partes.

Un mes después, en vista sin duda de que Paquerette no enfermaba ni se moría, la solterona volvió a pinchar la figura con un cuchillo y la chamuscó con una vela encendida. El muñeco, con el calor, tomó un aspecto verdaderamente terrible y asqueroso.

La Bizot esperó unas semanas más el efecto del levantamiento de figura, pero este efecto no se notó. Al revés, Paquerette, después de casada, no seguramente a consecuencia del Vultus, se remozó y al año tuvo un niño.

La Bizot pareció más vieja, y hasta le salió una erupción en la cara y una inflamación en los ojos. Sus operaciones mágicas, divulgadas por el pueblo, hicieron que la gente se riera de ella y que nadie quisiera recibirla en su casa.

La Bizot, enferma de los ojos, fué a la fuente próxima al río Nive, que hizo brotar, según la tradición pública, San León; pero esta agua milagrosa a ella no le hizo ningún efecto y quedó más fea que nunca.

Poco tiempo después, el padre de la Nené murió, y esta muchacha tomó una actitud honesta y recogida; comenzó a vestir siempre de

negro y fué pretendida por el herbolario Joliveau, que sabía que era rica.

La Nené, al parecer, vaciló; puso condiciones, se sintió muy pudorosa y remilgada y, a lo último, se decidió a casarse con el Bello Becerro y a hacerse dueña de la herboristería, tan peligrosa, según Frechón. En la vecindad y en el pueblo se comentó mucho el que la Nené fuera a la boda con traje blanco y corona de azahar.

—¡Qué descaro, qué falta de vergüenza! —decían las mujeres de la vecindad.

—¡Pse! —replicaba algún filósofo—. Eso, qué importa.

Marcharon los recién casados en un coche engalanado, con el cochero y el lacayo de librea, y el cochero con un ramo blanco en el látigo.

Joliveau y la Néné formaron un matrimonio modelo y casi respetable, sobre todo en orden de ahorro y de economía.

La fama del herbolario siguió siendo ambigua, y cuando murió el antiguo relojero y minero Doyambere, el hombre de las minas y de los tesoros, a quien tenía acogido en la casa, se dijo con insistencia que Joliveau le había envenenado con sus hierbas.

La Bizot lloró al ver a la Nené que marchaba

a la iglesia a casarse. Se le iba la única manera de comer y de tomar postres gratis. La soltero-na siguió viviendo miserablemente en el cuartucho de la casa próxima a la muralla, que algunos chuscos, y en vista del fracaso de las operaciones mágicas intentadas por la Bizot, llamaron, no la casa del encanto, sino la casa del desencanto.

XXXI

AÑOS DESPUÉS

Alvarito y Rosa tuvieron varios hijos. Dolores siguió en su tienda, trabajando cada vez más. A la muchacha se le ofrecieron algunas proposiciones de matrimonio de conveniencia; pero las rechazó, quería casarse únicamente por amor. Dolores era cariñosa y se dedicó a cuidar de sus sobrinos, que sentían por ella gran entusiasmo.

La madre de Alvarito estaba entregada a la iglesia; vivía muy bien, como no había vivido nunca: sin inquietudes, ni apuros.

Varios años después del matrimonio de Alvaro, apareció Manon en Bayona. Volvía de París. La vizcondesa de Saint Paul estaba muy guapa, muy elegante, con la prestancia de una gran señora. Tenía tres hijos, la mayor una niña de ocho años.

Manon se manifestó desengañada, desencantada, con muy poco entusiasmo por todo.

El vizconde de Saint-Paul era, al parecer, un hombre mundano, que gastaba el dinero y no se cuidaba de ella.

—Que gaste nuestra fortuna —dijo una vez Manon—, me parece bien; no en balde se ha casado con la nieta de un trapero. Que sea un egoísta, un fatuo, me parece también bien; ahora, que haga poco caso de sus hijos, me parece mal; porque los tontos también suelen querer a sus hijos.

Alvarito, al encontrarse con Manon, sintió renacer de nuevo su entusiasmo amoroso por ella; pero, disimuló tan bien, que su misma mujer no lo notó.

Manon tenía indudablemente deseo de hablar a solas con Alvaro, de explicarse y de sincerarse; pero Rosa no se separaba un momento de su marido, y aunque la vizcondesa pretendió hablar varias veces con Alvaro, Rosa se las arregló para impedirlo, y Manon volvió a París sin llegar a tener explicación alguna con su antiguo adorador.

CINCO AÑOS MÁS TARDE

Cinco años más tarde, Alvaro recibió una carta del vizconde de Saint-Paul, el marido de Manon. En esta carta, el vizconde le rogaba que fuera a París a hablar con él de asuntos de familia.

Alvaro enseñó la carta a su mujer y a su suegra, y las dos accedieron a que hiciera el viaje.

Alvarito marchó a París. Al llegar, le esperaba en la estación un criado con un coche, que le llevó a una casa de la orilla izquierda del Sena, en el faubourg Saint-Germain.

Al entrar en la casa, un ayuda de cámara le acompañó a un cuarto elegante, donde pudo lavarse y arreglarse, y después a una sala, en la que encontró a Manon, sentada en un sofá con aire de desafío y de abatimiento, y a su marido, el vizconde, paseándose por el cuarto, con el aspecto de un hombre furioso y soberbio.

Se trataba de que Manon y su marido querían separarse.

—Le estábamos a usted esperando con impaciencia —dijo el vizconde.

—Usted dirá —repuso Alvarito.

—Esta mujer quiere enfurecerme —exclamó el vizconde—; tiene una correspondencia con un hombre que es su amante.

—No es verdad —exclamó Manon—; no es mi amante, pero puede llegar a serlo.

—Esta mujer no tiene vergüenza.

—Si usted tiene queridas, yo puedo tener amantes.

—No sé cómo me contengo —gritó el vizconde—, no sé cómo no la mato.

El marido se acercó a ella con el puño cerrado. Alvaro se levantó para defenderla, y ella se irguió al mismo tiempo, radiante de orgullo y de cólera. Entonces el marido retrocedió.

Comenzó de nuevo la discusión, que sin duda en ellos era habitual. El vizconde afirmaba que tenía pruebas de la mala conducta de su mujer y que la separaría de sus hijos. Manon replicaba que mostrara las pruebas, y afirmaba que de ninguna manera se separaría de sus hijos.

—Al proceso y al escándalo —añadía ella—; no me importa nada la opinión; lo que sé es que no dejaré a mis hijos.

—Se exasperan ustedes uno a otro —dijo Alvarito—; si ustedes quieren, yo intentaré el arreglo. Hablaré primero con uno y después

con el otro, y haré lo posible para que lleguen ustedes a un acuerdo.

Efectivamente, Alvarito conferenció varias veces con marido y mujer, intentó suavizar las asperezas y llevó el asunto a una solución decorosa.

Manon y el vizconde quedaron de acuerdo en separarse amistosamente. Ella se llevaría los hijos a Bayona, él seguiría en su casa de París, administraría la fortuna y pasaría a su mujer una pensión. Cuando los hijos fueran mayores irían a París.

Para no dar que hablar a sus amistades, se diría que ella estaba enferma y que necesitaba cambiar de aires. El marido aceptó las condiciones que propuso Alvaro en nombre de Manon.

Inmediatamente de arreglar el asunto, Alvarito volvió a Bayona y contó a su mujer y a su suegra lo ocurrido. Las dos encontraron que había obrado muy bien, con gran discreción y acierto.

EPÍLOGO

Unos días después, Manon fué a vivir con sus hijos a su hotel de los alrededores de Bayona. Si no había perdido completamente su belleza, ya no tenía la vivacidad y la frescura de antes.

Manon se dedicó a educar a sus hijos y a leer constantemente.

Se mostraba seria, triste e insociable. Rosa no se sentía ya celosa y Alvaro pudo hablar con Manon largo rato. Alvaro vió que hubiera podido casarse con ella, pero la suerte lo había dispuesto de otra manera.

Alvaro seguía sintiendo casi el mismo entusiasmo que en su juventud.

Por entonces tiraron la casa del Reducto. Alvarito recogió los papeles, muebles y estampas de Chipiteguy y los llevó al hotel de los alrededores de Bayona.

Manon colocó los cuadros, las estampas y los muebles de su abuelo en su casa de campo, que era grande y tenía hermosos salones. El sol de la tarde daba en estas salas, y entraba hasta el fondo de los cuartos.

La luz se descomponía en los prismas y colgantes de cristal de las arañas del techo y pintaba magníficos arcos iris en el papel, en el suelo y en el asiento de las sillas de viejo damasco.

Alvaro entonces sentía una gran melancolía, como si estuviera delante de la vida pasada, y como si el sol, pálido, iluminando los marcos dorados, de un dorado sin brillo, y los terciopelos ajados de los sillones, iluminara sus ilusiones marchitas.

Manon no tenía un retrato de su abuelo; si lo hubiese tenido, lo hubiera puesto; pero allí estaban los muebles, los libros, los cuadros y las estampas de la casa del Reducto, donde había pasado la infancia.

Alvaro se sentía allí mejor que en su casa. Tenía buena amistad y cariño por su mujer, por Rosa; pero su entusiasmo seguía siendo Manon. A veces estaba tentado del deseo de confesárselo.

Un día, sobre todo, la tentación fué mayor.

Era en el jardín de la casa de campo de Bayona, una tarde de otoño, de viento Sur, que le recordó a Alvarito la vez que estuvo, con Manon y Rosa, hacía ya muchísimos años, en el castillo de Urtubi.

Los árboles, muy altos, que daban hacia la carretera, iban quedando rojos y amarillentos; hacia el lado de España se extendía azul la cadena de los Pirineos.

El jardín vibraba con el viento seco, con un aire de alucinación; el cielo se mostraba lleno de nubes rojas, los heliantos brillaban al sol y llegaban oleadas perfumadas de heno...

Manon habló del viejo Chipiteguy con cariño y con entusiasmo, lamentándose de que por su excesivo amor le hubiese desviado a ella de su destino natural.

Alvaro estuvo a punto de confesarle que le seguía queriendo lo mismo que antiguamente; pero, al ver a los hijos de Manon, se contuvo.

Alvaro no había caído en el egoísmo del matrimonio, pero sentía la responsabilidad de ser padre.

De los chicos de Manon, uno de los varones se parecía al vizconde; otro de los chicos y la niña mayor eran casi iguales a su madre.

Esta niña, ya de trece años, tenía gran cariño

por su tío Alvaro, como le llamaba, y él, al contemplarla, recordaba a Manon en el esplendor de su juventud.

Cuando Alvaro llegó a la vejez, en vez de hacerse indiferente y egoísta, como la mayoría de los viejos, se hizo más sentimental.

Solía hablar a sus hijos y a sus sobrinos de cómo había vivido en su juventud, y de sus primeras impresiones en casa de Chipiteguy. Al hablar del trapero, muchas veces se conmovía y le solían saltar las lágrimas.

Zarauz, Casa de Narros: septiembre 1927.

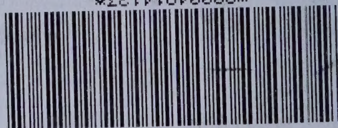
FIN DE LAS MASCARADAS SANGRIENTAS

INDICE

Páginas.






00004914123
UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL